

ANA BALLABRIGA  
DAVID ZAPLANA



**CRUZADOS  
EN EL  
TIEMPO**

Lectulandia

La invención de la máquina del tiempo permite la creación de varios equipos que se dedican a estudiar la historia pasada y futura.

Estos viajes desvelan que el planeta Tierra se destruirá a finales del S.xxv y que la causa de su deterioro es la extinción de los unicornios en la Edad Media. Los unicornios eran los guardianes de la naturaleza, los que mantenían el equilibrio, y fueron exterminados por sus peores enemigos, unos monstruos feroces llamados nokens.

La alianza de los países más importantes de la época elegirá a cinco héroes para que viajen al pasado y eviten el exterminio de los unicornios.

La guerra entre el Bien y el Mal aún no ha terminado.

**Lectulandia**

Ana Ballabriga & David Zaplana

# **Cruzados en el tiempo**

ePub r1.0

Titivillus 19.01.2017

Título original: *Cruzados en el tiempo*  
Ana Ballabriga & David Zaplana, 2015

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Solo cada persona  
vive su propio destino,  
solo su propio destino  
mata a cada persona.

# **Cruzados en el tiempo**

Gaia Sanmartín

# PRÓLOGO

## Extractos del diario de Gaia Sanmartín

### **NOTA A POSTERIORI:**

Quiero que quede claro que este diario es para uso exclusivo de GAIA SANMARTÍN y nadie más (bajo ningún pretexto) podrá leerlo sin su consentimiento expreso. Yo (Gaia) escribo el diario para tener una relación de los acontecimientos más importantes de mi vida y poder leerlo cuando me apetezca, recordando momentos buenos y malos de mi pasado.

Se podrá observar que en algunas ocasiones me dirijo a alguien en segunda persona. Pues bien, ese alguien no es otro que yo mismo dentro de algún tiempo, cuando decida leerlo.

Por lo tanto, si ahora lo estás leyendo espero que lo disfrutes y que sea bueno todo lo que encuentres, puesto que lo que para ti son recuerdos de una vida pasada, para mí es el futuro que me espera y, la verdad, no te envidio por ello.

### **28-3-89 - MARTES.**

EN ESTE DÍA COMIENZO MI DIARIO.

¡Hoy cumpla 11 años! Sí, es mi cumpleaños. Me gusta mucho que sea mi cumpleaños porque, como no tengo santo, en mi cumpleaños recibo regalo doble. Esto se lo debo a mi padre que es muy aficionado a las mitologías y gracias a eso me puso el nombre del espíritu de la tierra. A mí me encanta que mi padre me cuente historias de mitologías, pero sobre todo me gusta jugar con él y con las figuras de dioses y héroes mitológicos, simulando que se lanzan rayos de unas a otras y maleficios que los convierten en seres extraños. Confío en que mi regalo doble de hoy sean un par de esas figuras, por ejemplo Atlas, el titán, y Marte, Dios de la guerra, o Perseo y Jasón, que no los tengo todavía. Así, mi padre y yo nos podríamos pasar toda la tarde jugando.

### **18-05-90 - VIERNES.**

Hoy he ido con Guille hasta el Convento Maldito. Nos hemos acercado hasta unos veinte metros de la reja y hemos tirado una piedra dentro. Guille dice que mañana quiere volver y acercarse un poco más, pero yo no quiero, ¡me da mucho miedo! El lugubre Convento lleva ya cerrado más de 60 años, pero es como si algo

viviera aún allí dentro. A mí me da mucho miedo e intento no acercarme. Según cuentan el convento y las monjas que vivían en él eran usados como tapadera para encubrir lo que realmente hacían. ¿Qué es lo que hacían allí? Eso es algo que nadie parece recordar con claridad, pero si insistes un poco, las viejas del pueblo no dudarán en contarte algunas historias sobre el lugubre convento. Unas dicen que las monjas no eran monjas en realidad, sino que pertenecían a una secta satánica y se prostituían para sacar dinero para la secta; otras cuentan que eran bampiresas que salían por la noche a chupar la sangre a los niños recién nacidos; e incluso algunas llegan a decir que el mismo diablo vivía en el convento (que es muy lugubre) y las monjas lo contentaban con sacrificios de vírgenes. Yo creo que nadie sabe exactamente lo que pasó allí. Todos cuentan algo sobre unos horribles asesinatos, pero no llegan a recordar lo que realmente sucedió. Sin embargo, una cosa sí parece tener clara la gente del pueblo: «¡No entres en el lugubre convento si no quieres morir lenta y dolorosamente!! Está embrujado, ¿sabes? Si entras en él nunca volverás a ver la luz del sol, ¡no lo olvides!». Nadie sabe si estas creencias son ciertas o no puesto que desde que sucedieron los extraños acontecimientos nadie se a atrevido a poner un pie en el interior del patio que rodea al lugubre edificio (y yo menos que ninguno).

Espero que Guille cambie de opinión y no quiera volver allí. Bueno, ya te seguiré contando lo que a sucedido.

Mi padre me a enseñado esta tarde la palabra «lugubre», cuando le he preguntado la historia del convento. ¿A que mola? Al principio me costaba mucho pronunciarla, pero cada vez me gusta más. Además, me ha dicho que me lea un libro que dice que tiene mucho que ver con esta palabra. Se llama «El jefe de los anillos» o algo así. Dice que si realmente quiero enterarme del significado de esta palabra lo mejor que puedo hacer es leerme el libro.

## **7-8-91 - MIÉRCOLES.**

¡Ya soy un hombre! Hoy, por fin, he dejado de tener miedo. Ya no temo a los monstruos, ni a los vampiros, ni a los espíritus. Por fin me he librado de mis tontos temores.

Sucedió ayer. Mi hermana fue al video club y se trajo dos películas. Una de ellas era «Un hombre lobo americano en Londres», la famosa película de Yon Landis. Por la tarde vimos la película y por la noche, claro está, no pude pegar ojo. Me acosté en mi cama y lo primero que hice fue clavar los ojos en el armario, iluminado por la luz que entraba de la calle, y, en un jesto de agonía, taparme con la sábana hasta el cuello, confiando en que esta fuera suficiente para detener los mordiscos del descomunal lobo que de un momento a otro saldría de aquel armario e intentaría que le sirbiera de cena. La escena del protagonista rodeado de zombis en el cine y la transformación

(realmente excelente, por cierto) de este en lobo no dejaba de rondarme la cabeza mientras el sudor y el agobiante calor no me permitían conciliar el sueño. Pensé varias veces en llamar a mis padres y usar mi preciada excusa: «¡Tengo angustia!». Pero este pensamiento fue descartado cada vez por la misma lógica: «Ya soy demasiado mayor para eso». Después de permanecer más de cinco horas en la cama, aterrado y bañándome en sudor, un pensamiento de lucidez surcó mi mente: «¿Qué es peor vivir aterrado y no poder ni dormir o morir devorado por un hombre lobo?». La respuesta estaba clara, morir entre las feroces mandíbulas del lobo era peor que estar en aquella situación, aunque esta ya era bastante mala. Quizás no fuese un pensamiento precisamente lúcido, así que decidí plantearlo de otra forma: «Cuando ves una película de Superman, ¿crees luego que Superman pueda existir? No, ¿verdad? ¿Por qué, entonces, cuando ves una de monstruos siempre crees que esos monstruos sí que existen y que además te van a hacer daño justo a ti?». Este fue el pensamiento que me permitió echar la sábana hacia los pies de la cama y dormir tranquilamente las pocas horas de oscuridad que me quedaban.

Esta mañana me sentía ya un hombre, sin miedo a nada. Así que he cogido la bici y me he dirigido al convento dispuesto a entrar y demostrar que son falsas todas esas historias sobre brujas y demonios. A sido un gran día para mí. Incluso he llegado a tocar la reja del patio del convento. ¡¡Sí señor, la toqué!! A pesar de que a sido uno de los días más calurosos de todo el verano el tacto de la reja era frío y resbaladizo (como si estuviera tocando un barrote de hielo). Una sensación de angustia y ardor de estómago invadió mi cuerpo y sin poder evitarlo retiré la mano rápidamente, como en un espasmo muscular, notando un pequeño tirón en la piel que había comenzado a quedar adherida al hierro. Así que, he decidido que no necesitaba entrar, porque ahora ya sé que no existen los monstruos y el entrar para comprobarlo no sería más que una pérdida de tiempo. Creo que he hecho bien, porque me he ido a leer y me he terminado el libro de Papillón. Es de aventuras, y aunque la historia es buena no está demasiado bien escrito. Además el tío es un auténtico farolero. Ya me dijo mi padre que a pesar de que la historia es real, por la forma de contarla se podría incluir en el género de ciencia ficción. Pero merece la pena leerlo.

### **30-7-92 - JUEVES.**

Como bien sabes los estudios me han ido fatal. Era un buen estudiante en la E.G.B., pero en el Instituto he conocido la juerga, los efectos del alcohol e incluso los de algunas drogas blandas, como la marihuana, y esto me ha hecho perder las ganas de estudiar. La única asignatura que he aprobado ha sido Lenguaje. La verdad es que me gustaba el estudio de la lengua, de hecho sin un idioma no podríamos pensar y a mí me encanta ponerme a pensar en mis cosas. Menos mal que ya no tengo tantas faltas de ortografía. Ha sido una pena que en este curso aún no se dé literatura. Creo

que esta asignatura me habría encantado. Los dos últimos libros que me he leído son las *Rimas y Leyendas* de Bécquer y *Carrie* de Stephen King. Cada vez me gusta más leer y he descubierto que alternando literatura antigua con algún libro moderno la lectura se hace mucho más amena.

Bueno, como ya sabrás mi padre se ha cansado de mi actitud y ha dicho que me va a poner a trabajar en la carpintería de mi tío, para que al menos aprenda un oficio. Mejor así, porque ya estoy harto de estar siempre con preocupaciones de exámenes y deberes por hacer. Ahora tendré dinero propio y más tiempo para divertirme.

Espero que estés de acuerdo conmigo en que es lo mejor que me podía pasar.

## **25-11-92 - MIÉRCOLES.**

**¡HE DESCUBIERTO EL SENTIDO DE LA VIDA!**

Ingenuo de mí, ¡y pensar que hasta ahora había creído en Dios! Ha sido realmente fácil, tan solo me ha hecho falta pensar un poco. Se me ocurrió mientras leía «El origen de las especies» de Darwin. Voy a responder algunas preguntas en lo que yo he llamado:

### **TRATADO SOBRE LA VERDAD.**

¿Por qué estamos aquí? Pues, porque una masa de energía en desequilibrio explotó y de ella surgieron las galaxias y los planetas.

¿Es el hombre especial en algún sentido? NO. Es solo un animal más, cuyo origen es el mismo que el del resto de los animales. Su única característica peculiar es que la evolución le ha dotado de una inteligencia superior a la del resto de animales, pero no olvidemos que proviene del mono y cuando era tal, su inteligencia no era superior a la de los monos de hoy en día. Por tanto, puesto que no creo que nadie me discuta que los animales no tienen alma, el hombre tampoco.

¿Existe Dios, el Cielo y todas esas cosas? Evidentemente, NO. Es un invento del hombre, que debido a su inteligencia, tiene miedo a morir e intenta engañarse a sí mismo, obligándose a creer en una falsa vida mejor que nos espera tras la muerte. Es una tontería. Tras la muerte no hay nada, es el final de todo.

¿Cuál es el sentido de la vida? Absolutamente ninguno. Estamos aquí por pura casualidad. Porque las condiciones ambientales han propiciado que unas cuantas células reaccionasen entre sí y surgieran otras más complejas, dando lugar (después de muchos millones de años de evolución) a lo que somos hoy en día.

**CONCLUSIÓN: QUIZÁS ME EQUIVOQUE, PERO POR SI ACASO, VIVE LO MEJOR QUE PUEDES. DISFRUTA LA VIDA POR SI NO HAY OTRA ESPERANDO.**

## **28-3-93 - DOMINGO.**

Hace dos semanas que mis padres se divorciaron. ¡Menudo regalo de cumpleaños!

Perdona que haya tardado tanto en escribir, no me apetecía abordar el tema, aunque creo que no tengo otra alternativa. Ha llegado el día de hacerle frente.

Mi madre se fugó hace dos meses con su peluquero (al que le había tocado la primitiva) y desde entonces lo único que sabemos de ella es por las postales que nos envía de vez en cuando, cada una desde una parte distinta del mundo. ¿Suenan a chiste verdad? Dímelo a mí que tengo que vivir con ello.

Mi padre se encargó de tramitar los papeles de divorcio. Por supuesto, no hubo peleas ni discusiones: mi madre no pedía nada, ¡NI SIQUIERA INTENTÓ PELEAR POR LA CUSTODIA DE SUS HIJOS! Parece ser que ese maldito peluquero le da todo lo que necesita (al menos por el momento) y yo la odio por eso, la odio y la desprecio con toda mi alma.

Supongo que las cosas ya marchaban mal desde hacía tiempo, pero nunca la perdonaré por habernos abandonado. No he leído aún ninguna de sus malditas postales y pienso seguir sin hacerlo. Rosa no parece enfadada con ella y espera con ansia que llegue alguna noticia suya. A ella tampoco la entiendo.

Ahora vivo con mi hermana Rosa, mi padre y sus numerosas novias. Cuando me empiezo a acostumbrar a una (que no digo que me caigan bien ya que ninguna ha pasado del 4 en mi escala de valores) llega un día y nos presenta a la que seguramente tampoco va a ser nuestra madrastra.

Me pregunto si se acordará de que hoy es mi cumpleaños.

## **14-5-94 - SÁBADO.**

Hoy me he peleado con Beatriz. La relación ha funcionado bien los tres primeros meses, pasados los cuales he empezado a impacientarme y a exigirle satisfacciones sexuales. Hace ya más de dos años que me masturbé por primera vez y ya es hora de compartir esa experiencia. La propuesta no ha sido muy bien recibida por su parte y ha empezado a ponerme excusas tontas: que si era muy joven todavía; que si no estaba preparada; que si sus padres no lo habían hecho hasta estar casados. Así que al final hemos decidido dejarlo.

## **28-9-96 - SÁBADO.**

¡POR FIN LO HE HECHO! Me ha costado quince días convencer a Sonia, pero, la verdad, HA MERECIDO LA PENA.

Hemos ido al cine a ver la película «La Roca», con Sean Connery, Nicholas Cage y Ed Harris, una de las mejores películas de acción que he visto últimamente. Hemos salido con los nervios a flor de piel y hemos ido a bailar. En el *pub* hemos empezado a besarnos y toquetearnos y, a la vez que la temperatura, algo descomunal ha empezado a subir dentro de mis pantalones. No he tenido que proponérselo dos veces. Nos hemos perdido con el coche en un descampado donde las parejas se meten mano. Sonia se ha puesto a cien, casi se derrite la ropa sobre su piel, claro que yo no he esperado para comprobar si era posible. La he desnudado zarandeándola de un lado para otro (le encanta que haga el bestia), hemos echado para atrás los asientos del Seat Panda y... Bueno, no hace falta dar detalles.

### **10-12-96 - MARTES.**

Me he peleado con Marta.

No entiendo a las mujeres. Primero Sonia, luego Raquel, Bea, Taki y ahora Marta. He salido con cinco chicas en tres meses y a todas las he dejado por lo mismo. A parte del sexo no tenemos nada en común. Las chicas son simples cuerpos vacíos de contenido, de aspiraciones, de sueños. Aún no he encontrado a una capaz de aplacar el vacío que se abre en mi interior, que me resulte un poco interesante.

Las mujeres son una mierda.

### **21-12-97 - DOMINGO.**

Empiezo a estar un poco desquiciado.

Me canso ya de trabajar con mi tío, de aguantar sus broncas y que se aproveche de mí. ¡Soy su sobrino, joder! Claro que a él le da igual. Encima, mi padre se pone de su parte y no se cree nada de lo que le cuento.

Desde los 14 años hasta hoy he vivido solo para dos cosas: las juergas y el sexo. Ahora me arrepiento de ello. Ya no me divierto tanto cuando salgo de fiesta por ahí. Encuentro a mis amigos vacíos, sin aspiraciones, no son conscientes de que han alcanzado una edad en la que tienen que empezar a tomarse la vida en serio. No sé qué me pasa, quizás haya madurado de repente, quizás me he cansado de esta vida sin sentido.

Tengo 19 años, he salido con más de veinte mujeres y ninguna de ellas me ha llenado de verdad. ¿El amor? ¿Qué es el amor? Lo único bueno que he encontrado en las mujeres ha sido el sexo... y tampoco ha sido para tanto. Quizás sea por eso que nunca he conseguido enamorarme. Quizás sea por eso que ninguna ha llegado a ser para mí nada más que un mero juguete sexual. Quizás sea por eso que me siento hastiado de todo, de la vida, de las mujeres, de mis amigos. Quizás sea por eso que la

idea de suicidio inunda mi mente cada vez con más frecuencia.

Sí, he pensado varias veces en el suicidio como un buen final, incluso me he planteado en serio entrar en el famoso convento. Si he de morir, por lo menos me enteraré de la veracidad de la leyenda que lo rodea. Al final, estos pensamientos siempre desaparecen en un alarde de cordura. *El suicidio es la salida de los cobardes y yo no soy ningún cobarde.*

*El suicidio es la salida de los cobardes y yo no soy ningún cobarde.* Me repito esta frase una y otra vez, siempre que estoy deprimido, últimamente casi a diario. Me sirve para alejar los malos pensamientos, tal y como lo hice de niño con el temor a los monstruos.

# PRIMERA PARTE

# CAPÍTULO I

## LA REVISTA QUE VIAJÓ AL FUTURO

Hola, me llamo Gaia San Martín y tengo una interesante historia que contar a quien quiera escucharla (o leerla, claro). Si alguien alguna vez se ha preguntado por el sentido de la vida y cosas parecidas, quizás a lo largo de este relato se tropiece con algunas respuestas. Claro que tal vez se haga un lío aún mayor que el que ya tenía o simplemente no esté dispuesto a creerse mis palabras. En ese caso no me enfadaré. Cada uno tiene derecho a creer lo que le venga en gana.

Sucedió el 26 de Diciembre de 1997, el último viernes del año. Mi padre y mi hermana habían salido a divertirse con sus respectivas parejas, mientras que yo me quedaba solo en casa. Había vuelto de la carpintería hacia las siete de la tarde, ya que mi tío no quiso hacer puente con el día de Navidad. Después de cenar llamé a mis amigos para que no contaran conmigo esa noche, lo último que me apetecía era irme de juerga. Puse la peli porno que escondía en mi armario, saqué la Private nº 131 de debajo de la cama y me masturbé durante más de media hora, sentado en el sillón, viendo la película, mientras con la mano izquierda pasaba las hojas de la revista que mostraba a una sensual Anita Kelly en la portada. *¡Eso sí que es una tía!*, pensaba yo mientras me masturbaba. *¡Quizás me debería hacer actor porno!* Este era un pensamiento que también me rondaba de vez en cuando, aunque al igual que el del suicidio había descartado siempre.

Había guardado ya la película. En la tele repetían el programa especial de Navidad de la Primera en el que el Señor Barragán y otros similares recitaban malos chistes, alternando con canciones y concursos estúpidos, *Si sabe usted qué canal de Televisión Española está viendo llame al 906 tal... tal... tal y participará en el maravilloso sorteo de 100 000 pesetas*. Y lo peor era que la gente llamaba.

Me encontraba tirado en el sillón mirando la tele sin prestarle la más mínima atención, cuando oí unos pasos a mi espalda, seguidos de una voz que no reconocí.

—Bonita revista —la voz sonó grave y tan clara que creí que las palabras habían escapado de mi boca.

Pegué un salto del sillón, maldije mil veces mi descuidada cabeza por haberme olvidado de guardar la Private y me giré. Conseguí articular unas palabras que salieron a trompicones.

—¿Qui... quién es usted?

—Para mí es un gran honor conocerte en persona —bajó la cabeza para levantarla nuevamente—. Soy un amigo.

—¿Cómo que es un amigo? Yo no le conozco —mi tono era airado y mi mueca de indignación.

—Soy alguien que te va a hacer un favor. —Las palabras abandonaban su boca

lentamente, como si le costase trabajo vocalizar, y venían acompañadas de una inquietante sonrisa que casi parecía artificial. Sus ojos azules brillaban como dos luciérnagas en la oscuridad bajo un pelo rubio y corto, que se asemejaba a un campo de césped seco. No pude apreciar sus vestimentas, ya que una capa verde envolvía todo su cuerpo, excepto dos botas negras y brillantes que escapaban por abajo. Su oreja derecha iba acicalada por un pequeño dispositivo que me recordó a un audífono para sordos.

—¿Un favor?... ¿No intentaré violarme, verdad? Porque le advierto que si esa es su intención tendrá que matarme primero y además le ad...

—¡Tranquilo, Gaia! Ya te he dicho que soy un amigo y no tengo ninguna intención de hacerte daño, a no ser, claro, que no me dejes otra opción. —Un escalofrío recorrió mi cuerpo—. He venido para hacerte un favor. —Sus palabras fluían ahora con más suavidad.

—Eso ya lo ha dicho —rebatí enfadado—. Pero, ¿qué clase de favor? ¿Y cómo sabe mi nombre? ¿Cómo demonios ha entrado usted en mi casa?

—Si te callas y escuchas quizás puedas entender algo —su voz se había tornado amenazadora y la sonrisa inquietante abandonó sus labios.

—Está bien, explíquese.

—¿Puedo sentarme, por favor? —Sonrió de nuevo.

—Supongo que sí. —Tomó asiento en el sofá, acomodándose junto a la revista.

—Lo que te tengo que contar no es fácil de asumir, así que tendrás que poner un poco de tu parte. —Tras una pausa comenzó con voz suave—. Nací en Alemania, en el año 2262. Para que puedas seguirme resumiré en pocas palabras los principales acontecimientos de los próximos dos siglos y medio.

—¡Espere, espere! —repuse incrédulo—. ¿Me está diciendo que viene del futuro?

—Sí, efectivamente. Mira esto. —Su capa se abrió y de debajo surgió una mano grande y pálida que empuñaba una especie de mando a distancia. Era demasiado grande para ser el mando de una tele o un equipo de música y mostraba numerosos botones cada uno con una palabra a su lado que no podía entender, excepto diez que mostraban un número. En la parte superior presentaba una pantalla y un pequeño altavoz.

—¿Qué es eso? —me sentía cada vez más intrigado.

—Esto, Gaia, es una máquina del tiempo. Te lo mostraré. —Apretó un botón, el más grande de todos, y la pantalla se iluminó a la vez que un corto brazo articulado surgía de la parte de abajo mostrando una luz azul en el extremo—. En primer lugar hay que escanear aquello que va a viajar en el tiempo. Puede ser un solo objeto, varios, o incluso seres vivos, la única condición es escanearlo primero. —Elevó la revista para sumergirla en la luz azul. En la pantalla apareció un dibujo renderizado de la misma—. Después introduces la fecha y coordenadas a las que quieres que viajen. —Presionaba el teclado numérico alternando con alguna otra tecla—. También lo puedes hacer por voz, claro y, por último, debes indicarle a la máquina si

ella misma se debe incluir en el viaje. En este caso, evidentemente pondremos que no. Presionamos otra vez el botón grande y... —La revista se desintegró por arte de magia—. Las señoras de vida alegre se van de paseo.

—¡Vaya, es alucinante! —me quedé con la boca abierta—. ¿Qué ha pasado con la revista?

—La he enviado diez minutos hacia el futuro.

—¿Quiere decir que volverá a aparecer dentro de diez minutos?

—Evidentemente —murmuró, mientras su capa volvía a custodiar la máquina—. ¿Me crees ahora?

—Es todo un poco raro... aunque supongo que no hay otra explicación lógica. Está bien, ¿qué quiere de mí?

—Verás, aunque tú aún no lo sabes, dentro de unos años comenzarás a escribir. Llegarás a ser uno de los escritores más famosos del mundo y, con diferencia, mi favorito. Tus dos primeros libros, *Convento Maldito* y *La suerte no se repite*, se convertirán en sendos *bestsellers*, aunque no alcanzarás la madurez hasta una de tus mejores novelas, *Cuando la sangre no es roja*. El caso es que yo he participado en una aventura que podría dar lugar a una estupenda novela y como no me veo capaz de hacerlo yo mismo he venido a pedirte que la escribas. Así, cuando yo vuelva a mi época podré leer mi propia historia. —Sus ojos se tornaron amenazadores.

—Vaya, nunca imaginé que llegaría a ser famoso. Es... es increíble. —Aquel tipo de sonrisa perpetua había conseguido captar mi atención.

—Increíble pero cierto. Ahora, escucha. Los próximos siglos destacarán por los rápidos avances tecnológicos. Inventarán vehículos que funcionarán con electricidad, agua e incluso luz solar. Poco a poco se perfeccionarán hasta construir camiones y deportivos que no consumirán una sola gota de combustible. A principios del siglo XXII comenzarán los primeros trabajos de teletransportación en completo secreto y antes de mitad de siglo será casi la única forma de viajar. Se implantarán cabinas públicas en las calles de ciudades y pueblos, siguiendo una distribución parecida a la red telefónica que tenéis hoy en día. Se llamarán teletransportadores pues pagando la tarifa correspondiente podrás viajar en un instante de una de ellas a cualquier otra.

»Pronto desaparecerán las monedas y los billetes. Se creará un banco público en el que todo el mundo tendrá derecho a una cuenta gratuita desde la que se pagará haciendo transferencias instantáneas. Con esta medida se intentará acabar con las estafas y el dinero negro. Cualquier operación financiera quedará registrada.

»La televisión morirá con la implantación de Internet y los ordenadores se reducirán a pequeños dispositivos que permitirán el acceso a la red a través de la mente.

»En el año dos mil doscientos cuarenta y siete ocurrirá algo que supondrá un gran caos mundial —yo asentía embelesado—. Una plataforma espacial de origen desconocido se instalará en la luna. Como supongo que ya habrás adivinado se trata de una nave extraterrestre.

—¿Cómo? —ya no sabía si me estaba tomando el pelo—. ¿Extraterrestre?

—Sí, eso he dicho. No esperaba esa reacción, algunos de tus libros tratan precisamente sobre alienígenas.

—Sí, ya, libros que no he escrito todavía. Sigue, sigue, no puedo negar que estoy intrigado —me sentía mucho más tranquilo y comencé a tutearlo sin darme cuenta, como si nos conociéramos de toda la vida.

—De acuerdo. Los tripulantes de dicha nave se pondrán en contacto con La Tierra lanzando un comunicado a través de Internet. En él explicarán que llevan siglos enviando naves de reconocimiento a nuestro planeta con la esperanza de establecer buenas relaciones. Sin embargo, muchas de esas naves no han regresado, cayendo presas de un país que los ha utilizado para experimentar y copiar parte de su tecnología. El extraterrestre, muy parecido a los humanos, aunque calvo y con un cráneo de mayores dimensiones, exigirá a EE.UU. la liberación de todos sus efectivos antes de iniciar relaciones cordiales. Los americanos negarán haber tenido en cautividad a ningún ser de otro mundo, incluso haber conocido la existencia de los mismos hasta ese momento. Las negociaciones durarán varios meses, llegando incluso a un careo entre el presidente de EE.UU. y el líder extraterrestre que desembocará en una amenaza de guerra. Sin embargo, el conflicto se resolverá más rápido de lo que nadie hubiera imaginado. Los alienígenas introducirán un virus informático en los sistemas de defensa norteamericanos que disparará un misil nuclear contra cada una de las ciudades más importantes. Curioso, ¿verdad? EE.UU. destruido por el fuego de sus propias armas. En un gesto de amistad hacia el resto de los humanos, los alienígenas nos librarán de la nube radiactiva, evitando así que pueda afectar a otras zonas del planeta. Por lo visto, lo tenían todo muy bien estudiado antes de iniciar el contacto.

»Evidentemente no todo es tan sencillo como yo te lo estoy contando, pero lo único que necesito es que te hagas una idea de la situación mundial en mi época. Por supuesto, la desaparición de EE.UU. tendrá graves consecuencias económicas y políticas, aunque todo volverá a la normalidad en unos cuantos años.

»Después de eso, las relaciones entre ambos planetas serán bastante buenas. Algunos extraterrestres vendrán a La Tierra mientras que algunos terrícolas se mudarán a Ictenon, en la Galaxia Xiris. Pocos años después será común tropezarse con un icteniano en la Gran Vía. Incluso habrá parejas de humanos y extraterrestres, cuyos hijos se llamarán terricianos. Nuestras relaciones se convertirán en una simbiosis muy productiva en el plano tecnológico ya que ellos nos facilitarán nuevos materiales y lenguajes de programación, mientras que nosotros compartiremos nuestros mayores logros, como los teletransportadores. Será la era de la tecnología extraterrestre.

»Pero todos estos avances tendrán un coste muy elevado. Cada vez serán mayores las necesidades de materias primas y la humanidad dejará de lado sus responsabilidades ecológicas, dirigiéndose sin remedio al exterminio de animales y

plantas, cuyos últimos ejemplares se conservarán en pequeñas reservas. El deterioro de la capa de ozono y el aumento descontrolado de la contaminación llevarán a que a mediados del siglo XXIII las ciudades se cubran con unas cúpulas gigantescas que albergarán una atmósfera artificial. La Zona Exterior quedará prohibida y no se podrá transitar salvo con trajes especiales que preserven de las radiaciones y la contaminación. Las comidas, por supuesto, se reducirán a píldoras con los nutrientes necesarios para vivir.

»Gracias a la unión de nuestra tecnología con la extraterrestre, en el año dos mil doscientos setenta y seis una empresa alemana, Alientech, inventará la primera máquina del tiempo. Será un poco más grande y pesada que la que acabas de ver, aunque funcionará exactamente igual. Tras el éxito de las primeras pruebas con objetos, dos de los científicos partícipes en su diseño querrán ser los primeros en viajar a través de la cuarta dimensión y al no llegar a un acuerdo decidirán hacerlo juntos, sin consultar con el resto del equipo. Sin embargo, la máquina, después de desintegrar a los científicos, estallará en mil pedazos no pudiendo por lo tanto volver a integrarlos en el destino. Después del incidente, Alientech continuará con las investigaciones hasta descubrir que el fallo se encuentra en el mecanismo de autodesintegración, es decir, el haber incluido a la propia máquina en el viaje. Después de estudiar los planos durante varios meses, por fin encontrarán el error y lo subsanarán, creando el modelo definitivo. Tardarán casi un año en solucionar el problema de diseño y fabricar un nuevo prototipo. Esta vez se utilizarán androides para un testeo exhaustivo y una vez verificadas todas sus funciones comenzará *La Era de los Viajes en la Cuarta Dimensión*.

»A partir de este mo... —Bajo mi asombro, la revista apareció de repente y cayó sobre el sofá. Su sonrisa se intensificó con satisfacción—. ¿Me crees ahora?

—¡Sí! —le devolví la sonrisa—. ¿No será un truco de magia? —Me miró sin comprender—. No, supongo que no.

—Bien, me alegro de haberte convencido. Como te decía, a partir de este momento, los gobiernos de las cinco principales potencias mundiales, Alemania, Japón, Inglaterra, Francia y España, firmarán un pacto para realizar viajes al pasado y estudiar a ciencia cierta la historia mundial. A esta unión se la conocerá como *La Alianza de los Cinco*.

»Y después de esta larga introducción, en esta era de viajes temporales es donde comienza la historia que he venido a contarte.

—¿La Alianza de los Cinco? —Me quedé bastante sorprendido al oír esto. Ahora que Europa se disponía a unificarse me enteraba de que en el futuro el control mundial recaería en manos de tan solo cinco países. Y España estaba entre ellos, me asombré—. ¿Y qué pasa con la Unión Europea?

—Siento informarte que será un verdadero desastre. Aunque funcionará bien al principio, las numerosas crisis económicas y políticas que se darán a lo largo del siglo XXI desembocarán en la conocida como Guerra Civil Europea.

»Y sí, pasarán muchos años hasta que estos países se recuperen y se unan a Japón en La Alianza de los Cinco, aunque solo políticamente y con fines beneficiosos para la humanidad. Será un gran paso hacia la paz mundial.

—Cuesta un poco digerir todo esto, así, de sopetón —me mostré un poco decepcionado—. Ahora me siento como si acabara de despertar de un sueño.

—Será mejor que no consumas aún toda tu capacidad de asombro. Te quedan unas cuantas cosas que descubrir... Si quieres, claro.

—Por supuesto que quiero —desvié la vista hacia el audífono, era una de las cosas que me había llamado la atención al verlo—. ¿El aparato ese que llevas en la oreja es para...?

—¿Para oír? —parecía contento de mi curiosidad—. Más o menos. Es un traductor universal. Verás, en mi época todas las personas llevan un implante cerebral que les permite conectarse a la red solo con el pensamiento. Gracias a esto podemos acceder a cualquier información pública en un instante así como a traducciones instantáneas que derribarán cualquier barrera de comunicación. Sin embargo, cuando viajamos al pasado no podemos conectarnos a Internet. Por eso utilizamos este traductor que funciona potenciando la telepatía, un poder latente que reside en el Córtex cerebral de las personas, de forma que la comunicación se establece solo con la voluntad de enviar un mensaje. Yo ahora mismo estoy hablando en alemán y tú no te has dado cuenta porque mis palabras te llegan acompañadas de los pensamientos que quiero transmitir, por eso me entiendes perfectamente.

—Qué interesante —añadí satisfecho.

—Si no tienes más preguntas, comenzaré de una vez con la historia que me ha traído hoy aquí.

## CAPÍTULO II

### EL MOTIVO DE UNA IGLESIA INCONCLUSA

»La Alianza de los Cinco había creado diez grupos para el estudio de la historia mundial. Uno de estos grupos, el número seis, lo formaban el historiador inglés Peter Quake y el arqueólogo francés, especializado en cultura hispana, Paul Bernard. Su misión consistía en trasladarse a la Edad Media, a una villa llamada Ariete De Ansó, donde encontrarían una iglesia de estilo románico, en honor a San Miguel, que no había terminado de ser construida. Su misión consistía en averiguar quién había sido su promotor y por qué no se terminaría jamás. Esta información se incorporaría a un libro que estaba escribiendo el famoso Índigo Britz.

#### **3 de Abril de 1195. Ariete de Ansó. Reino de Aragón.**

Estaba nublado y el suelo que pisaban era un barrizal. Peter y Paul se arroparon bajo las ásperas ropas de lana y avanzaron por el camino que conducía al pueblo. Las instrucciones eran claras y disponían de toda la información que necesitaban. El pueblo nació durante la Reconquista, a los pies del castillo, un lugar estratégico para defenderse de los ataques. Conforme avanzaron los reinos cristianos hacia el sur, la seguridad del castillo dejó de ser imprescindible y la plebe abandonó las zonas altas para asentarse junto a los campos de cultivo, donde construyeron la primera iglesia en honor a San Agustín y el pueblo pudo crecer sin restricciones de espacio.

A finales del siglo XI se inició la construcción de otra iglesia en una colina cercana, la iglesia en honor a San Miguel, que no se llegaría a terminar nunca.

La ciudad gozó de su máximo esplendor en la época de Carlos V, cuando fue nombrada Villa. Después se fue abandonando poco a poco hasta que en el siglo XXII solo quedaban ruinas. Lo único que permanecía en pie era la iglesia inconclusa que fue trasladada a la ciudad de Huesca por ser considerada un monumento singular.

Llegaron a una bifurcación donde abandonaron el camino del pueblo para ganar la ladera que conducía a la iglesia. Ambos recordaban la particular forma del edificio, más o menos la misma que tenía en aquel momento. La entrada se situaba en uno de los laterales, en un extremo de lo que debería haber sido el transepto. Dejaría a mano derecha tres ábsides semicirculares, mientras que a la izquierda, las tres naves principales habían sido reemplazadas por un muro liso. Era como si a la cruz que debería haber formado la planta le hubieran amputado la parte de abajo del tramo vertical, justo en su intersección con el horizontal. El resultado sería un edificio extremadamente alto y ancho y escandalosamente corto.

Las dos figuras se dibujaban sobre el cielo gris y resistían las embestidas del viento seco y cortante que parecía querer arrancarles las pelucas. Por primera vez

Paul sintió miedo en una de sus misiones. Se apoderó de él un temor irracional, aquel viento parecía querer arrancarles las entrañas o, aún peor, el alma. Sintió miedo ante la posibilidad de no regresar, de no tener otra oportunidad con Juliette. Desechó estas ideas y se concentró en seguir el paso rápido que marcaba Peter.

Probablemente no hubiera nadie en la obra, resultaba casi imposible trabajar con tan mal tiempo. Si era así se dirigirían al pueblo. La misión era tan sencilla como preguntar y solo necesitaban dos respuestas para volver a su tiempo.

Al fin alcanzaron la cima y se detuvieron un instante para recuperar el aliento. Con un vistazo se percataron de que se había dispuesto todo para iniciar la construcción de las naves que partían de los ábsides. El suelo ya había sido marcado con el replanteo de la construcción y a un lado esperaba un arsenal de sillares para ocupar su lugar en aquel rompecabezas. Observaron desde lejos las piedras labradas que formaban los frisos de los ábsides, los capiteles de las columnas o el tímpano. Representaban fieros leones devorando a cabritillos, seres mitológicos, bailarinas sensuales y humanos destrozados por monstruos.

—Esta misión es estúpida, estoy pasando un frío del demonio para averiguar que no terminaron la iglesia porque se quedaron sin dinero. —Peter apretó la capa contra su cuerpo.

—Es posible, pero ya disponían de todos los materiales. Debe de haber otra razón. —Paul se mostraba preocupado.

Entre los montones de piedras acertaron a distinguir a dos hombres. Uno de ellos blandía un palo con el que dibujaba en el suelo. El otro era un muchacho que le escuchaba embelesado. Se acercaron a ellos.

—Tú debes de ser el maestro constructor de la iglesia —interrumpió Peter.

—Así es, soy Fernando Pedrero y este es mi aprendiz, Juan Largo —el hombre entregó el palo al muchacho y se puso en pie—. ¿Quiénes sois vosotros? No recuerdo haberos visto antes por aquí.

—Seguro que no, estamos de paso. Yo me llamo Peter y este es mi amigo Paul.

—¿Qué os trae por aquí, extranjeros?

—Íbamos en peregrinación hacia el oeste cuando hemos descubierto la iglesia que estáis construyendo. Estábamos admirando vuestro trabajo y sentíamos curiosidad.

—¿Qué queréis saber? —El constructor se mostró orgulloso.

—En primer lugar...

—¿Puedo hablar con vosotros un momento? —Una voz desagradable interrumpió a Peter justo en el momento menos oportuno.

Se giraron para descubrir a un hombre menudo, cubierto por una túnica andrajosa que le tapaba hasta la cabeza.

—¿Puedo hablar con vosotros? —la voz gutural arañó sus oídos. Sonaba como un ventrílocuo intentando hacer hablar a un perro.

Fernando Pedrero se adelantó.

—¡No tenemos nada que ofrecerte, mendigo! ¡Fuera de aquí! —Y sin esperar

respuesta le lanzó una patada al vientre. El andrajoso saltó hacia la derecha con una agilidad inesperada y quedó a la espalda del que era casi el doble de grande que él. Con otro salto rodeó el cuello del constructor que cayó fulminado al suelo nada más tocarlo, con una horrible mueca de terror grabada en la cara.

El aprendiz gritó de espanto al ver el cadáver de su maestro y echó a correr en dirección al pueblo.

—Ahora que nadie os entretiene, espero que aceptéis mi compañía —inquirió.

—¿Está muerto? —Paul se mantenía en guardia.

—Eso parece —la cara del mendigo se ocultaba tras la deshilachada túnica—. Yo solo quería evitar su ataque, en fin, hay personas muy sensibles. Será mejor olvidarnos ya de él.

—¿Quién eres? —tanteó el francés, cada vez más preocupado por la misión—. ¿Y por qué quieres hablar con nosotros?

—No soy más que un viejo sabio dispuesto a compartir sus conocimientos. Si os parece bien nos acomodaremos sobre estas piedras.

—Después de lo que te hemos visto hacer no creo que sea buena idea —Paul le manifestó su desconfianza con una profunda mirada de arriba a abajo.

—Sé que venís de otra época muy lejana y es por eso que necesito vuestra ayuda —Paul se sorprendió mucho al oírlo—. Estoy seguro de que estaréis muy interesados en lo que os tengo que contar.

—Está bien —se acomodaron sobre las piedras que se esparcían junto a ellos—. ¿De qué se trata?

—Sé que venís de una época de grandes inventos y adelantos, una época en la que el mundo animal y vegetal habrá desaparecido prácticamente. El deterioro del planeta seguirá su curso imparable y llegará un punto en el que ni vuestra avanzada tecnología conseguirá hacer viable la vida en La Tierra. A finales del siglo xxv os veréis obligados a abandonar el planeta, emigrando a Ictenon o a plataformas espaciales.

—Tienes razón —afirmó Paul asombrado—. Evidentemente no solo hemos viajado al pasado, sino también al futuro donde hemos descubierto exactamente lo que cuentas. La Tierra quedará desierta a finales del siglo xxv.

—Sin embargo, esto no tiene por qué suceder —exclamó el anciano soltando una risilla escalofriante—. Yo conozco la forma de salvar el planeta.

—¿Qué? —intervino Peter, que hasta entonces se había mantenido al margen—. ¿Lo dices en serio?

—Por supuesto —confirmó el sabio—. Escuchad. Al principio de todo, no al principio de los tiempos, sino antes de que el tiempo fuese concebido, no existía la vida ni la muerte, ni la materia ni el vacío. Tan solo dos fuerzas opuestas se enfrentaban en una batalla continua, el Bien y el Mal. Así las bautizamos los hombres cuando las conocimos, puesto que el Bien es la que actúa en beneficio de la vida. Sin embargo, la vida se creó por una casualidad y defender el producto de una casualidad

no tiene por qué ser mejor que destruirlo.

»En este enfrentamiento continuo no había ganador ni perdedor, tan solo un cúmulo de energía crecía cada vez más con cada choque de las dos fuerzas, aunque no de forma lineal, puesto que el tiempo no existía, sino de una manera que la mente humana es incapaz de concebir. Llegó un punto en que esta energía era tan grande que se produjo una gran explosión y a partir de esta se concibió el tiempo, se creó la materia y se dio lugar a las galaxias y los planetas. Las dos fuerzas descubrieron una nueva manera de enfrentarse, concibieron el Universo como un tablero de juego y seleccionaron unos cuantos planetas para que la vida se desarrollase en ellos. En cada planeta crearon un valle mágico donde cada fuerza engendró sus propias criaturas.

»El Bien concibió a los unicornios con el objeto de proteger la vida en cada planeta. Fueron dotados de dos poderes, la inmortalidad, a cambio de la cual no podían reproducirse, y la capacidad de teletransportación, que les serviría para vigilar la naturaleza y escapar de sus enemigos. La inmortalidad, sin embargo, no era absoluta, pues su poder residía en su cuerno y morirían si se separaba este de su cabeza.

»Entre todos ellos destacaba el unicornio del cuerno de oro, considerado como la representación más directa de la Fuerza del Bien en cada planeta. Gozaba de la virtud de controlar la vida, dándola o quitándola, y era el único capaz de mantener el equilibrio en la naturaleza, tanto dentro como fuera del valle. —Hizo una pausa para observar la cara de fascinación de sus oyentes—.

»Pero no todo era tan bonito. El Mal también creó sus propias criaturas, los nokens, con el único objetivo de destruir la vida. Su aspecto era grotesco y su ferocidad sobrepasaba los límites de la imaginación. Carecían de inteligencia y actuaban como una horda que arrasaba todo lo que se ponía en su camino. Aunque tenían una vida muy corta, cinco o diez años a lo sumo, se reproducían como ratas y su número podía incluso aumentar, mientras que el de los unicornios tan solo podía disminuir.

»La vida se desarrolló en los planetas mientras aparecían diferentes criaturas, todas ellas con el Bien y el Mal en su interior, aunque decantándose la balanza normalmente en una u otra dirección. Fuera del Valle la mayor parte de las criaturas que aparecieron, como el hombre, eran neutros, es decir, habían sido influenciados de igual manera por ambas fuerzas, aunque cada individuo particular podía decantarse hacia uno u otro lado. Por el contrario, el Valle de los Unicornios quedó dividido en dos zonas claramente diferenciadas, una para los unicornios y otra para los nokens, que dieron lugar a numerosos seres mágicos que se desarrollaron a su alrededor.

»Al principio, los nokens no fueron un problema para los unicornios pues atacaban sin ningún plan y era fácil evitarlos con el poder de teletransportación. Sin embargo, a mediados del S.XI, y esto solo ocurrió en La Tierra, apareció un nuevo líder de los nokens que demostró ser mucho más inteligente que el resto y los condujo a la victoria.

—¿Cómo lo hizo? —interrumpió Paul, fascinado con el relato.

—Parece ser que fabricaron una especie de perfume que adormecía la mente e impedía utilizar los poderes mágicos. No tardaron en atrapar al unicornio del cuerno de oro y sacrificarlo. Después de eso el valle mágico se secó y murieron todos los seres que vivían en él, incluidos los nokens y el resto de unicornios. La batalla había terminado. El planeta comenzó a deteriorarse de forma lenta y gradual, sin pausa ni tregua. El resto de criaturas, y principalmente los hombres, influenciados sin saberlo por el Mal, contribuyen a su destrucción que se producirá a finales del siglo xxv si no hacemos nada por evitarlo.

—¿Y qué podemos hacer? —Exclamó Peter.

—Pues muy sencillo, solo tenéis que viajar al valle mágico con vuestra máquina y salvar al unicornio del cuerno de oro. Eso salvará el planeta.

—Pero nunca hemos oído hablar del Valle de los Unicornios, ¿cómo vamos a viajar a él?

—El unicornio del cuerno de oro murió exactamente el quince de agosto del año mil sesenta y dos —continuó el viejo—. Debéis viajar unos cuantos días antes de esta fecha y visitar un templo habitado por una orden de monjes que rezan culto al Valle de los Unicornios. Ellos son los guardianes de su entrada y su prior, Anselmo de Otak, os indicará dónde se encuentra tras conocer vuestras intenciones.

—Has dicho que solo en La Tierra los nokens encontraron un jefe que los llevó a la victoria —intervino Paul—. ¿Significa eso que en los demás planetas con vida, incluido Ictenon, los unicornios siguen vivos?

—Exactamente —confirmó el sabio—. De ahí que la Naturaleza se conserve perfectamente, ¿o no has visto nunca imágenes de los maravillosos paisajes de Ictenon?

—Sí, las he visto —Paul se sentía emocionado—. No sé lo que podremos hacer, la decisión no está en nuestras manos. Ahora tenemos que volver a nuestra época y transmitir tu propuesta a nuestros gobiernos. De todas formas, supongo que aceptarán comprobarlo por lo menos. Dinos...

Un gran alboroto procedente del pueblo interrumpió la charla. Se giraron para ver qué sucedía.

—¡Vamos a lincharle! ¡Sí, sí, vamos a por él! ¡Hagámoslo pedazos! —Gritaba la muchedumbre, que se acercaba rápidamente armada con hachas, azadas y palos.

Se volvieron rápidamente hacia el sabio y se quedaron de piedra al descubrir que había desaparecido.

—¡Maldita sea! —Paul se sentía frustrado—. Iba a preguntarle por las coordenadas donde se encuentra el templo, sin ellas nunca podremos verificar toda esa información.

Los campesinos se acercaban a ellos y al descubrirlos junto a las piedras cambiaron sus gritos de guerra.

—¡Miradlos, allí están! —gritó uno—. ¡Son los compinches del mendigo!

¡Matémoslos también! ¡Vamos! ¡Que no se escapen!

—Vienen a por nosotros —Peter temió que no saldrían de allí con vida—. Saca la máquina, Paul, tenemos que desaparecer.

El francés obedeció, se escaneó a sí mismo y a su compañero, pronunció la fecha y coordenadas a las que quería viajar y se dispuso a apretar de nuevo el botón gordo.

—¡Espera! —Le interrumpió Peter—. Mira lo que hay en la piedra donde estaba sentado el sabio.

En la penumbra de aquel día gris, bajo la escasa luz de sol que atravesaba el cielo encapotado, Paul pudo distinguir unas palabras grabadas en la roca. *ANSELMO DE OTAK. 31 DE JULIO DE 1062. 42° 22' 30" NORTE. 0° 23' 23" ESTE.*

—¡Genial! —exclamó el francés—, son las coordenadas del templo —y sin más demora apretó el botón. Los vecinos del pueblo llegaron junto a ellos en ese momento y se quedaron boquiabiertos al verlos desaparecer por arte de magia. Se dieron la vuelta por donde habían venido, maldiciendo a los endemoniados brujos que habían acabado con la vida de su único maestro constructor.

## CAPÍTULO III

### CINCO PAÍSES, CINCO PERSONAS

**26 de Diciembre de 1997. 8:55 p.m. En casa de Gaia.**

—¿Y qué pasó después? —pregunté intrigadísimo al hombre, que aún seguía sentado en el sofá.

—Pues... —se detuvo un momento para pensar y después continuó—. ¿Me puedes traer un vaso de agua... o mejor aún, una cerveza? Tanto hablar me ha dejado la boca seca —explicó.

—Claro que sí —me dirigí a la cocina. Busqué alguna lata de cerveza en el frigorífico. Había Bitter-Kas, Coca-cola, Fanta, Sprite... ¡Buagh! ¡Aún seguían allí las sobras de las lentejas de la semana pasada! Aquella olla empezaba a apestar, pero a mí no se me ocurrió tocarla. ¡Que mi hermana se encargara de ella cuando quisiera! Era un machista, ¡sí!, ya me lo recordaba ella todos los días, pero las tareas de la cocina eran cosa suya. Yo como mucho me limitaría a recordarle que en el frigo había una olla llena de lentejas podridas. No me extrañaría que fuera capaz de ponerlas algún día para comer.

—No nos queda cerveza, pero si quieres te puedo preparar un cubata —recité el parte en voz alta, para que me pudiera oír desde la sala de estar.

—¿Tienes *whisky*?

—Me parece que sí. —Me dirigí de nuevo a la sala con una lata de Coca-Cola en una mano y un vaso con dos cubitos en la otra. Los coloqué encima de la pequeña mesa de cristal adornada con un florero y abrí el mueble-bar que estaba junto a la tele, de donde saqué una botella de Johnny Walker. Le entregué el cubata bien cargado.

—Gracias —agarró el vaso con ansia y propinó un sonoro trago que lo vació por la mitad. Sin pedir permiso se abalanzó sobre la botella de *whisky* y la lata de refresco que utilizó para rellenarlo hasta el borde—. Siempre que viajo aprovecho para probar vuestra comida o vuestras bebidas. En mi época no existen estas maravillas. —Volvió a beber. Yo me dejé caer en el sillón mientras él continuaba—. Pues bien, Paul y Peter regresaron al año dos mil doscientos noventa y seis, donde comparecieron de inmediato ante la junta directiva de la Alianza de los Cinco. Expusieron el encuentro con el anciano, la historia de los unicornios y la posibilidad de salvar el planeta. Defendieron la credibilidad del anciano, alegando que sabía muchas cosas sobre ellos y los acontecimientos del futuro. La junta directiva deliberó durante unas horas y al fin decidió comprobar si la historia era cierta.

**23 de Abril de 2296. 7:57 p.m. Bremen. Alemania.**

Adolf Shirer no era demasiado alto ni demasiado bajo, ni demasiado gordo ni demasiado flaco, ni demasiado guapo ni demasiado feo, pero su cabeza..., su cabeza sí que era demasiado grande. Esto le había supuesto un gran complejo que se fue afianzando durante su infancia, cuando los demás niños se reían de él y le llamaban *El Chincheta*, o en su adolescencia. Nunca olvidaría el día que uno de sus compañeros de universidad le dio las gracias por haberle desvelado el motivo de que los moros inventaran el arco de herradura.

Y no es que él fuera moro. Aunque su madre había emigrado a Alemania desde Marruecos, su padre era un alemán de pura cepa, de pelo rubio y ojos azules, los cuales le había dejado en herencia. Aún así, sus raíces árabes eran delatadas por su rizado pelo castaño y su piel sombreada.

Aquel día había abandonado el trabajo extraordinariamente pronto. Rara vez lo hacía antes de las diez de la noche y había sido posible porque le habían seleccionado para una misión muy distinta.

Llegó a su casa, su escondite del mundo. A parte del chip de su cabeza, en ella no había nada que lo comunicase con el mundo exterior, ni siquiera tenía ventanas. La gata ronroneó a sus pies, ella sí que añoraba la vida de las calles, se pasaba la vida sola en aquel piso. Acarició su blanco lomo con delicadeza, era el único ser vivo al que soportaba tocar.

Se duchó y se afeitó. A pesar de la perfección de las máquinas de afeitar a él siempre le había gustado usar la navaja. Era como salir de ese mundo de adelantos tecnológicos durante unos minutos y volver al S.xx sin necesidad de viajar.

Se sentó en el sofá. Pensó en la palabra *teléfono* y a continuación *mamá*. Al cabo de unos segundos la cara de su madre apareció en su mente.

—Hola, cariño —su madre se mostraba un poco indignada—. ¿Dónde te has metido? Te he llamado infinidad de veces esta semana y nunca te encontrabas disponible.

—Sí, mamá, ya sabes que tengo mucho trabajo en la empresa. Desde que inventamos la máquina del tiempo no nos dejan descansar, los jefes quieren reducir rápidamente costes y tiempo de fabricación, como si fuera tan sencillo.

—Bueno, hijo, tranquilo —ahora apareció la madre protectora—. ¿Cómo te encuentras? Pareces un poco cansado, aunque no tienes mala cara.

—Sí, estoy bien —Adolf dudó antes de continuar—, aunque no te llamaba por eso.

—¿Entonces para qué? —arrugó su negra frente a la espera de una respuesta—. Llevamos una semana sin hablar y resulta que no me llamas para ver cómo estoy sino para pedirme algo.

—Para eso está la familia, ¿no? Voy a estar un tiempo fuera y necesito que cuides mi gato.

—¿Fuera? —se sorprendió ella—. ¿A dónde vas que no puede ir Rhin? Hasta ahora nunca lo habías abandonado.

—Mamá, se trata de una misión de máximo secreto. —Respiró profundamente, sabía que su madre no comprendía el significado de esas palabras—. No te puedo contar nada de lo que voy a hacer, solamente necesito que cuides el gato.

—Adolf, no hay nada tan secreto que no le puedas contar a tu madre. ¿De qué se trata esta vez? ¿Es un viaje a Ictenon para dar una conferencia sobre la máquina del tiempo a esos tontos extraterrestres?

—Mamá, no insistas —Adolf empezaba a ponerse nervioso—. ¿Me cuidarás el gato o no?

—¿Y por qué no lo dejas con la criada electrónica? —Respondió de mala gana.

—Porque no sé cuanto tiempo pasaré fuera y ya sabes que algunas veces se bloquea. Aún no he tenido tiempo de repararla.

—Como mi abuela solía decir...

—Mamá, ¿lo vas a hacer o no?

—Está bien, te cuidaré el gato a pesar de que no confíes en tu propia madre.

—Gracias. Pasaré esta tarde por tu casa para despedirme. —Su cara se ensombreció—. ¿Cómo está papá?

—Sigue igual. Ya sabes lo que dicen los médicos...

—Sí, hoy en día se cura cualquier cosa excepto la vejez y las enfermedades de la mente. Iré a visitarle en cuanto vuelva de viaje.

—Venga, te espero esta tarde.

—De acuerdo, hasta luego.

### **23 de Abril de 2296. 10:01 p.m. Londres. Inglaterra.**

Londres se encontraba muy tranquilo aquella noche. Las calles desiertas eran flanqueadas por imponentes rascacielos que ascendían hasta rozar las nubes y las estrellas simuladas en la grandiosa cúpula. Ya no existía el día y la noche realmente, solo una ilusión que simulaba el sol, las nubes e incluso algún pájaro por el día, o la luna y las estrellas durante la noche. La realidad era muy distinta. En la zona exterior la contaminación y la radiación eran tan intensas que nadie sobreviviría más de un par de horas. La gente lo había aceptado. A excepción de los más viejos nadie había visto el auténtico cielo y ni ellos mismos eran ya capaces de describirlo. Al final, todos se acostumbraban y terminaban olvidando.

Sí, la gente sabía que era un mundo de ficción y Nicky Porter también lo sabía. Ahora se encontraba en la calle, caminando a paso ligero, echando de vez en cuando la mirada atrás. A ella también le gustaba observar ese cielo de ficción, perder horas y horas contando estrellas o intentando identificar las constelaciones, pero ahora no tenía tiempo para eso. Le quedaban quince minutos para realizar la entrega y confiaba

en que podría hacerlo, ella era la mejor.

Escuchó unos pasos al final de la calle. *¡Maldita sea!, si no fuera por estos zapatos de tacón y esta falda ceñida me libraría de ellos sin problemas... ¡Eh!, eso tiene fácil solución.* Sin dudar ni por un segundo se descalzó, se desabrochó la falda y la abandonó en el suelo, junto a su pie izquierdo. Lucía unas medias negras de encaje, ajustadas por un ligero del mismo color sobre unas braguitas rojas que resaltaban la perfecta curva de su trasero. *Ahora los pillaré por sorpresa,* pensó con una sonrisa en la boca. *Seguro que no esperan enfrentarse con una mujer medio desnuda. Esto los desconcertará y me dará los pocos segundos de ventaja que necesito.* Permaneció apoyada sobre la puerta número diez de la calle Cold Brothers. Respiraba lenta y profundamente mientras buscaba la pistola en su bolso. *Será mejor que empiece yo la fiesta.* Sus perseguidores se acercaban rápidamente. Los pasos más firmes debían de ser los de Bill. Seguro que iba el primero, querría ser él mismo quien la dejara echa un colador. No se movió del portal, todavía era pronto. No podía echar a perder varios meses de duro trabajo, espiando y acostándose con el cerdo de Bill hasta que consiguió robarle la información. A pesar de que los tiempos habían cambiado mucho, el sexo seguía siendo uno de los motores del mundo y ella sabía cómo hacer que arrancara.

*Bueno, Nicky, trabajar sola tiene pocos puntos buenos.* Llegó el momento. Tensó el brazo y abandonó su escondite. *Maldita sea,* su sorpresa fue mayúscula al contemplar el panorama. Había contado con enfrentarse a tres hombres y allí había diez. Sin embargo su plan ya había dado resultado. Los hombres quedaron petrificados mientras contemplaban el perfecto cuerpo de su enemiga. Sin pensarlo más Nicky disparó. La bala atravesó el pecho del que se encontraba a la derecha de Bill y salpicando sangre y vísceras a su alrededor continuó su trayecto para destrozar también al que se situaba detrás. Ambos cayeron fulminados al suelo, con un boquete como un puño en la caja torácica. Aquella bala había sido diseñada para destrozar la carne con solo rozarla, la absorbía, creando un agujero seis veces superior a sus dimensiones. Para la Z60 no había protección posible. Bill observó al hombre de su izquierda con asombro y rabia. No esperaba que ella utilizase un arma de esas características, solo el servicio secreto las tenía.

Nicky efectuó un segundo disparo, alcanzó en el cuello a otro de los esbirros y la cabeza cayó rodando al suelo, mientras su cuerpo se desplomaba envuelto en convulsiones. *Solo quedan ocho,* pensó Nicky mientras rodaba sobre el empedrado y se protegía tras la cabina de un teletransportador. Los disparos de sus enemigos retumbaron en la calle mientras se dispersaban y se protegían en los portales. *Podría entrar en el teletransportador y huir de aquí antes de que ellos se acerquen. No, seguro que me acribillarían antes de utilizar la tarjeta. Tendré que terminar con ellos para salir de esta.*

Disparó de nuevo, sin apuntar. Se sorprendió por el sonido atenuado de su arma bajo el fuego enemigo. Ahora se hallaban todos bien resguardados y el

teletransportador empezaba a parecer un queso gruyer. *Esto no me protegerá por mucho tiempo.* Reparó en que tres hombres se habían resguardado en el portal donde ella se había detenido antes. Era el más amplio que había en la calle y en él habrían cabido hasta cinco hombres sin dificultad. *Después de todo he tenido suerte de dejar ahí los zapatos.* Solo tuvo que pensarlo y... ¡BANG! Los zapatos explotaron, reventando en mil pedazos a los tres esbirros.

Ahora solo quedaban cinco. Tendría que echar un vistazo para localizarlos. Asomó la cabeza bajo la lluvia de balas y rayos láser. Dos hombres estaban escondidos en un portal, en la parte derecha de la calle, otros dos en el lado izquierdo y un último se protegía tras un desintegrador de basura. Este debía de ser Bill. Sí, de allí provenían los disparos láser y este tipo de armas eran sus favoritas.

—¡Ahhh! —gritó Nicky cuando un láser le alcanzó el pelo y le prendió fuego. Se tiró al suelo y consiguió apagarlo con las manos. Había sido muy arriesgado pero ahora conocía exactamente la situación de cada uno.

—¿Qué te pasa, cariño? —preguntó sarcásticamente Bill desde su escondrijo—. ¿Tienes calor? La verdad es que a mí siempre me has puesto muy caliente... ¡Pero hoy seré yo quien te caliente a ti! ¡Vas a arder, zorra!

—Primero tendrás que pillarme, Bill, antes de que yo te pille a ti —le desafió Nicky, furiosa. Se despojó del collar de oro que lucía alrededor del cuello. Tenía forma de luna al principio de su cuarto creciente, con las dos puntas sujetas a la cadena. Presionó en el centro y las puntas se soltaron, convirtiéndose su borde en una afilada cuchilla. Extrajo de su bolso un pequeño dispositivo que se ajustó a la oreja. Inmediatamente apareció a su lado un holograma que replicaba su forma exacta. *Bien, ya va siendo hora de dejarse de juegos.* Con solo pensarlo, dirigió el holograma dando volteretas por el suelo hasta el portal destrozado por la explosión. Al instante lo situó en guardia, respondiendo al fuego de sus enemigos.

La atención de los cinco hombres se centró en el holograma que creían que era Nicky. Los dos que se escondían en el portal de la derecha habían quedado completamente al descubierto. Dispararon sin piedad, asombrados al ver que erraban cada tiro, mientras Nicky centraba en ellos la mirada del holograma. Era esta la que haría que su arma alcanzase el blanco. Sujetó la afilada luna de oro por uno de los extremos y la lanzó al aire. La joya voló envuelta en una intensa luz azul, rodeó el teletransportador, giró en el portal donde se encontraban sus dos víctimas, se partió por la mitad e hizo impacto en ambas cabezas.

Solo quedaban tres y todos ellos centraban su atención en el holograma. Nicky sujetó con fuerza su Z60 y echó a correr hacia el portal donde acababa de matar a los dos hombres. Sus tres adversarios se sorprendieron al verla, mas no tardaron en reaccionar y dirigir sus disparos hacia ella. Casi había alcanzado ya el portal. Saltó dando una doble voltereta en el aire y cayó dentro del mismo. Apretó el gatillo de su pistola sin apuntar. No era necesario ya que los dos hombres al otro lado de la calle habían quedado al descubierto. La bala fue certera, haciendo de nuevo un impacto

doble. Uno quedó inmóvil, con el pecho destrozado. Al otro lo había alcanzado en un hombro, arrancándole de cuajo el brazo izquierdo. Sostenía su pistola con la mano que le quedaba y se disponía a dispararle. Nicky fue más rápida. Volvió a hacer rugir su Z60 y esta vez le acertó en la cabeza. El espectáculo fue horrible, pero ella no apartó la mirada.

—¡Bill, solo quedamos tú y yo! —gritó enfurecida—. ¡Voy a por ti, maldito maníaco!

—¡Aquí te espero, zorra! —disparaba como un loco, esperando que el azar le ayudara a acertar.

Nicky situó el holograma a su lado. Lo programó para que repitiera sus movimientos a una cierta distancia y se lanzó al ataque.

Bill vio dos Nickys salir del portal. Su nerviosismo aumentaba por momentos, tanto que no podía pensar con claridad. Las dos mujeres rodaban por el suelo, saltaban y hacían piruetas a una velocidad imposible. Ningún ser humano se podía mover tan rápido. ¡Maldita sea! ¿A qué se estaba enfrentando? Por fin, Nicky se situó a su lado dando un doble salto mortal por encima del desintegrador de basura. Le arrebató el arma láser y lo encañonó con su Z60.

—¿Quién eres? —Bill se mostraba aturdido.

—Me llamo Porter, Nicky Porter y soy agente del MI6. Me encargaron la misión de espiarte hace ya casi cuatro meses. Eres descuidado, Bill, el servicio secreto sospechaba que planeabas algo y arreglaron nuestro encuentro.

—¿Así que estos cuatro meses no han sido más que una farsa? —Bill observó el cuerpo semidesnudo de Nicky y pensó en los buenos momentos que habían pasado juntos. Mientras se esforzaba por aceptar la cruda realidad, reparó en el lunar que Nicky lucía junto al ombligo, aquel que imitaba la forma de un corazón, y recordó la cantidad de veces que lo había besado antes de bajar y perderse entre sus piernas. ¡Maldita zorra!

—Exactamente —confirmó ella—. Mi misión era averiguar tus planes y evitar que los llevaras a cabo. No me enteré de lo de las bombas hasta hace una semana, pero gracias a ti tengo la localización de cada una de ellas y la clave para desactivarlas. Nunca cobrarás el rescate.

Se acercó al desintegrador de basura y presionó un botón que retiró la tapa.

—Métete ahí dentro —le ordenó.

—¿Estás loca? Vamos Nicky, ¿qué vas a hacer? ¿Es que todo este tiempo juntos no ha significado nada para ti?

—He dicho que te metas ahí —le espetó de nuevo, desafiándolo con la mirada—. Al final, cada uno debe ocupar su lugar en la vida.

—Está bien —decidió Bill y obedeció lentamente—. ¿Qué esperas, que muera asfixiado ahí dentro? Tú no tienes llave para conectar el desintegrador y mañana cuando lo vaya a hacer el ordenador central, detectará que hay vida en el interior y me liberará.

—No habrá un mañana para ti —susurró Nicky mientras apretaba el botón para cerrar la tapa. Observó la pantalla, que arrojaba un aviso parpadeante: *DANGER - LIFE INSIDE*. Sacó su tarjeta de dinero y la despojó de una funda de plástico para convertirla en una tarjeta maestra, capaz de abrir cualquier puerta de un edificio público o de controlar cualquier aparato del Estado. Con ella tenía acceso al control manual de la iluminación de las calles, los dispositivos contra incendios, las redes de alcantarillado y, por supuesto, de los desintegradores de basura. Acercó la tarjeta a la pantalla, que le solicitó una última confirmación: *DESINTEGRATE? - LIFE INSIDE!* Deslizó el dedo sobre el *YES* y escuchó un pequeño zumbido.

—Adiós, Bill —de pronto se sintió mucho más tranquila.

Miró entonces su reloj. *¡Maldita sea! Quedan cinco minutos para que la primera bomba haga explosión.* Echó a correr hacia el teletransportador donde se había refugiado de los disparos. Estaba destrozado. Corrió de nuevo, giró en la primera esquina y encontró otra cabina a poca distancia. Entró en ella, colocó su tarjeta de dinero, buscó Scotland Yard en el plano de la ciudad y se teletransportó al instante. Nicky entregó la información a la policía y estos se encargaron del resto. Londres descansaba a salvo gracias a ella.

Caminó sin prisa en dirección a su casa, ataviada con unos pantalones y una chaqueta que le había prestado un policía. Al poco, se detuvo en un banco. Intentó dejar su mente en blanco estudiando el cielo estrellado que representaba su función diaria sobre la cúpula que protegía la ciudad. De repente sonó un timbre en su cabeza. Aceptó la llamada en su mente y la cara de su jefe apareció ante ella.

—Buen trabajo Nicky, aunque siento no poder dejarte descansar. Vuelve a casa. Tenemos una misión de extrema importancia para ti.

### **23 de Abril de 2296. 10:47 p.m. Palacio Imperial de Kyoto. Japón.**

El jardín era lujurioso. Un pequeño lago ocupaba la zona central, cuyas aguas cristalinas e inmóviles permitían apreciar los guijarros del fondo, escogidos muchos años atrás por el mismísimo emperador. Parecía que en aquel pequeño edén no hubiese pasado el tiempo y así era, el último paraíso sobre la Tierra, donde cada año se repetía el ciclo de la vida.

En aquel vergel se distribuían los pabellones que formaban el palacio imperial. Cuando el actual emperador accedió al trono se empeñó en trasladar el palacio a Kyoto, la única ciudad japonesa que no había sido nunca destruida por guerras, terremotos o tsunamis. Allí se encontraba el antiguo palacio del S.XIX que había sido acondicionado con todas las comodidades modernas. El emperador amaba las tradiciones y soñaba con recuperar todas aquellas que habían hecho de Japón un gran Imperio.

El palacio era uno de los sitios más seguros del mundo. Solo tres personas

conocían a fondo las medidas de seguridad y tenían completo acceso a su control, los ingenieros electrónicos que las diseñaron y se dedicaban exclusivamente a mantenerlas e introducir todas las mejoras posibles, y Yugo Taro, el capitán de la guardia personal del emperador.

Yugo se encontraba cansado después de un largo día de trabajo. Ya se había dirigido en otras ocasiones a hablar con el emperador en calidad de consejero y no como guardia de seguridad. Después de tantos años se había roto la barrera entre el monarca y el sirviente para considerarse simplemente amigos, por supuesto, sin olvidar el protocolo y las formas.

Yugo admiraba y compadecía a la vez a aquel hombre empeñado en que el pasado se adueñara del presente. Entendía a medias aquella obsesión. Su padre, capitán de la guardia antes que él, se había enamorado de una icteniana, lo que supuso un gran revuelo en un país de costumbres tan conservadoras. A pesar de todo, el emperador bendijo la unión ignorando a sus consejeros. Confiaba plenamente en el capitán de su guardia y en el fondo era consciente de que aquella unión podía aportar un soplo de aire fresco a un ambiente tan conservador que algunas veces impedía el avance. De ese matrimonio nació Yugo Taro, un terriciano, que fue educado por su padre según la tradición japonesa, siguiendo la filosofía de los Samurai. Sin embargo, la influencia de su madre le sirvió para abrir la mente y entender otras culturas. Cuando su padre fue demasiado viejo para desempeñar su cometido, Yugo ocupó su lugar y uno de sus primeros objetivos fue actualizar todas las medidas de seguridad, obsoletas ya desde hacía décadas.

Eran casi las once de la noche y el palacio se mantenía en calma. La iluminación del jardín creaba un ambiente agradable que invitaba a pasear y relajarse, arropado por el sonido del manantial. El emperador le esperaba en el *Gogakumon-jo*, sala destinada a la lectura y su rincón favorito. Allí reunía mensualmente a escritores y artistas de todo tipo que quisieran exponer sus obras. El guardia que custodiaba le saludó formalmente y le permitió el acceso. En realidad, se trataba más de una cuestión formal que necesaria, pues el palacio contaba con alarmas y mecanismos de detección de intrusos, capaces de detener e incluso eliminar a cualquiera que perturbase la paz del recinto.

Al entrar en la estancia, se cruzó con una joven ataviada con un kimono negro que ocultaba su rostro tras una máscara de harina de arroz. Retiraba una bandeja de plata con un servicio de té. El anciano, acomodado sobre una esterilla, se mantenía absorto en sus pensamientos. Su delgada barba caía marchita sobre su esquelético pecho. Sus ojos se reducían a dos ranuras de las cuales partían infinidad de grietas que ajaban su rostro. Sus movimientos eran solemnes y precisos, su voz clara y desbordaba una vitalidad que incluso Yugo envidiaba. Sostenía entre sus dedos una humeante taza de porcelana y le ofreció otra a él. Aunque era un auténtico privilegio tomar una taza de té, a Yugo no le apetecía especialmente, de todas formas, aceptó la invitación y dio un sorbo. El anciano le indicó que se acomodara en un mullido cojín

con estampados de antiguos templos.

—Ya sé que es muy tarde y que es hora de que estés en casa con tu mujer y tu hijo, pero necesito tu consejo —probó el té mientras continuaba—. Ha surgido una misión muy importante para el planeta.

—¿De qué se trata? —se intrigó Yugo.

—Ayer hablé con Hayao Takahata, nuestro representante en la junta directiva de la Alianza de los Cinco. Me explicó que uno de los grupos que viaja por el tiempo para estudiar la historia a ciencia cierta ha descubierto la forma de evitar que La Tierra se destruya a finales del siglo xxv. Y no solo eso, sino que por lo visto sería factible lograr unas condiciones de vida mucho mejores, similares a las de Ictenon, el planeta de tu madre.

—¿Y cómo se conseguirían tales maravillas?

—Encontraron a un sabio que... —el emperador dedicó media hora a narrar toda la historia con sumo detalle. Luego continuó—... por lo que la junta directiva de los Cinco ha decidido enviar un grupo para investigar si es cierto. Si lo es, deberán aventurarse en el valle y acabar con el supuesto jefe de los nokens, evitando así que estos puedan destruir al unicornio del cuerno de oro y, con él, La Tierra.

—Entiendo —Yugo intentó ocultar su entusiasmo. Si era cierto, sería un descubrimiento sin precedentes.

—Han decidido formar el grupo con cinco personas. Cada país de la Alianza elegirá al hombre o mujer que crea que puede ser más útil para la misión. Por eso te he llamado, para que me aconsejes en una decisión de tanta responsabilidad.

Yugo meditó unos segundos.

—Japón es un país donde se ha cultivado el arte de la lucha desde tiempos ancestrales, perfeccionando con el paso de los años las técnicas de defensa y ataque, tanto cuerpo a cuerpo, como a distancia. Por ello, creo que nuestra mejor aportación sería un guerrero. Un hombre adiestrado en el combate, bien disciplinado y acostumbrado al mando. Sin ninguna duda debería ser quien dirija la misión, pues estará acostumbrado a dar órdenes, a organizar expediciones, planes de ataque y a vencer en cualquier situación en la que la estrategia sea necesaria. En resumen, nos hace falta un líder, un samurai capaz de llevar la misión a buen término.

—Coincido contigo —declaró el emperador—. ¿Y quién podría cumplir esos requisitos?

Yugo apretó el puño emocionado.

—Yo, señor. Soy el hombre mejor preparado de todo el Imperio y el único capaz de dirigir con éxito una misión tan importante.

—¿Tú? —El emperador se mostró sorprendido—. Tienes mujer y un hijo que no ha cumplido el primer año. No te puedo enviar a una misión tan peligrosa de la que ni siquiera sé si regresarás.

—Señor, lo primero es lo primero, y sin lugar a dudas el destino del planeta es mucho más importante que mi felicidad, la de mi mujer o la de mi hijo.

—Bien —repuso el emperador satisfecho—, si realmente quieres la misión, es tuya.

Valoró la posibilidad de que todo saliera mal y no volver, de perder toda una vida junto a su maravillosa mujer, de no ver crecer a su hijo y no poder educarlo como un buen padre, tal y como siempre había deseado. Y decidió que aquello eran nimiedades comparado con lo que ganarían si lograban el objetivo.

—Estoy seguro —contestó al fin.

—Pues, así sea.

## **24 de Abril de 2296. 12:50 a.m. Barcelona. España.**

Era el día de descanso de Blanca Roure y pensaba aprovecharlo muy bien. Al fin y al cabo tan solo uno de cada siete podía despreocuparse de la basura humana que infectaba la ciudad. Había trazado un plan y no permitiría que nadie se lo echara a perder. Por la mañana iría de compras, después comería en algún restaurante caro, dedicaría la tarde a descansar en casa, durmiendo la siesta y viendo la tele, y por la noche quedaría con su hermana para cenar juntas y salir de fiesta. Llevaba ya dos años de luto y aunque ni por asomo se sentía preparada para salir a divertirse, sabía que o hacía el esfuerzo o nunca escaparía del pozo de tristeza en el que se consumía. No creía que pudiera volver a enamorarse, pero siempre había fantaseado con tener hijos que la hartasen a besos al llegar a casa. Sabía que un hijo le devolvería la ilusión, la ayudaría a seguir viviendo. Así que había decidido dar un giro a su vida. Solo tenía veintiocho años, no le sería difícil encontrar un semental dispuesto a hacer el trabajo.

Se encontraba frente a una tienda, observando en el escaparate un vestido que le había encantado para esa noche. Rojo y negro, con gran escote y corto de vuelo. Sería perfecto para la cacería, solo necesitaba un hombre de usar y tirar. Conectó su mente al servidor de la tienda, introdujo la referencia del vestido e inmediatamente se visualizó enfundada en él. Le quedaba perfecto. Se disponía a comprarlo cuando un grito a su espalda la detuvo. Se giró instintivamente y descubrió a una anciana tirada en el suelo. Miraba aterrorizada hacia un hombre alto y misterioso, que le apuntaba a la cabeza con una pistola. *Maldita sea*, pensó Blanca decepcionada. *Al final me van a fastidiar el día de descanso*.

—¡Alto, policía! —Blanca le encañonó con pulso firme, se encontraba a unos diez metros de distancia—. Suelte el arma y levante las manos sobre la cabeza.

La figura oscura la ignoró completamente. Se acercó un poco más a su víctima y apretó el gatillo. Blanca no se podía creer lo que estaba sucediendo. Le apuntó a la pierna para derribarlo, pero el tipo echó a correr antes de que pudiera alcanzarlo.

—¡Alto! ¡Policía!

Lo persiguió a toda velocidad, maldiciendo una y otra vez su suerte. *¿Por qué me*

*tiene que pasar esto el día de descanso?* El corazón saltaba en su pecho como un caballo desbocado y el sudor surcaba la cicatriz de su frente para desplomarse a través de sus rosadas mejillas. Sus sesiones de gimnasia matutina habían dado su fruto, pero el cansancio se apoderaba de ella. *No creo que pueda seguir a este ritmo mucho tiempo.* El asesino también parecía cansado, se tambaleaba de una forma extraña que hacía pensar que se fuera a caer en cualquier momento.

—¡Policía! ¡Deténgase!

El tipo ignoró la orden y le respondió con un disparo. Blanca se echó a un lado, pero no fue lo suficientemente rápida. Un dolor terrible se apoderó de su hombro izquierdo y le agarrotó el brazo. ¡Maldita sea! ¡Eran balas envenenadas! Hizo rugir su *Mágnam*. El sospechoso no se inmutó. Había fallado. Se detuvo frente a un teletransportador junto al que había dos niñas jugando. Blanca notó cómo los músculos de su cuello comenzaban a agarrotarse, a no dejarse controlar. Se le acababa el tiempo. Apuntó al asesino a la vez que este encañonaba a una de las niñas, que lloraba desconsolada. Dispararon los dos a la vez. La primera niña se desplomó en el suelo sobre los restos de su propio cerebro. La otra cayó un instante después, con un boquete en el pecho. Blanca se echó las manos a la cabeza, destrozada. Ella misma había matado a la segunda niña. El tipo la observó unos instantes. Blanca no pudo ver bien su cara, solo alcanzó a distinguir que no se trataba de un rostro humano. Entonces, entró en el teletransportador y desapareció. No era problema, aún podía atraparlo. Identificándose como policía podría averiguar a dónde había ido. Introdujo su clave de seguridad y al poco apareció en la pantalla el destino del último viaje. *VALLE DE LOS UNICORNIOS*, ponía. Blanca se quedó bloqueada. Se enfrentaba a algún tipo de ser sobrenatural que acababa de viajar a un lugar llamado Valle de los Unicornios. ¿Qué demonios era ese valle?

Un timbre sonó en su cabeza, una alarma que poco a poco la rescató de aquel infierno.

Abrió los ojos en su cama. Se encontraba empapada en sudor, mientras una llamada requería su atención de forma insistente. Era el capitán de policía así que la aceptó.

—Blanca, te quiero lista en cinco minutos. Tienes una cita con el presidente.

## **25 de Abril de 2296. 8:00 p.m. Bremen. Alemania.**

La sede central de la Alianza de los Cinco se encontraba ubicada a las afueras de Bremen, junto a las instalaciones de Alientech. Aunque esta empresa en un principio había pertenecido al gobierno alemán, tras el invento de la máquina del tiempo los cinco países que formaron la Alianza se repartieron las acciones. Fue un gesto de honradez por parte de Alemania y un paso más hacia la unión y la paz mundial.

Una cúpula independiente protegía el complejo que formaban la sede de la

Alianza y Alientech. Allí se distribuían edificios de oficinas, talleres, fábricas, almacenes y zonas de recreo, compuestas por jardines artificiales, gimnasios, comedores, salas de proyecciones y diversos parques temáticos donde los empleados podían esparcirse en su tiempo de descanso.

Existía un edificio dedicado exclusivamente a investigación. Desafiaba todos los principios de la arquitectura alardeando de una forma muy peculiar, una especie de cono retorcido que a alguien de nuestra época le habría recordado un gigantesco churro deforme. Se distribuía en cinco plantas y el acceso a cada una de ellas se hallaba restringido por niveles de seguridad. Supuestamente en la quinta planta, la de mayor seguridad, se llevaban a cabo todas las investigaciones relativas a la máquina del tiempo. Sin embargo, allí en realidad se desarrollaban las investigaciones de bioelectrónica, que incluían la regeneración artificial de tejidos humanos.

Cerca de este edificio se encontraba la fábrica y tras ella se distribuían multitud de almacenes que custodiaban el *stock* para su posterior distribución.

Por último, había un edificio administrativo, dedicado a oficinas, despachos y salas de juntas. En él se situaban también los teletransportadores que daban acceso al recinto. Por supuesto, para acceder a estos teletransportadores hacía falta un pase especial que poseían todos los empleados de la empresa.

La noche anterior les habían suministrado a Yugo, Nicky y Blanca uno de estos pases, y ahora se encontraban junto a Adolf y Paul en una de las salas de juntas. Las paredes eran de cristal y se tiñeron de blanco cuando Yugo cerró la puerta. Se acomodaron todos en torno a una mesa circular antes de que Yugo comenzara a hablar.

—Todos sabemos por qué nos hallamos aquí —se acarició la desnuda cabeza mientras sus ojos rasgados examinaban con interés las cuatro caras que escuchaban. Todo había sucedido muy rápido. Después de la conversación con el emperador se trasladó casi de inmediato a aquel edificio. Allí le explicaron en qué iba a consistir la misión exactamente, le facilitaron toda la información disponible sobre sus cuatro compañeros y le advirtieron de que a partir de ese momento tendrían que apañárselas ellos solos. Cualquier cosa que necesitaran les sería facilitada, sin embargo, el grupo debía convertirse en una unidad autónoma y la única forma de conseguirlo era que funcionaran desde el principio de manera independiente—. Mi nombre es Yugo Taro y me han designado para dirigir la misión. Esto no significa que yo vaya a tomar las decisiones por cuenta propia, ni mucho menos. El objetivo que debemos perseguir es que cada uno aporte al grupo lo mejor de sí mismo, que nos compenetremos hasta funcionar no como cinco personas, —levantó su mano mostrando sus dedos— sino como un único grupo, y que entre todos consigamos llevar la misión a buen puerto —cerró su puño con fuerza.

»Mañana mismo iniciaremos un entrenamiento que durará un tiempo ilimitado, es decir, hasta que me convenzáis de que estamos preparados para la misión. Y la única forma de hacerlo es que desaparezcan vuestros nombres y vuestras caras de mi mente

para que cada vez que os mire, a cualquiera de vosotros, lo único que vea sea un equipo cohesionado con un único objetivo. Espero que os lo toméis tan en serio como yo. No se trata de un viaje de placer, es posible que la vida de nuestro planeta esté en juego.

»Nicky —Yugo escrutó sus enormes ojos verdes—, según tu ficha, como agente del MI6, eres experta en todo tipo de lucha y de armamento.

—Así es —sonrió halagada.

—En ese caso me gustaría que me ayudaras a preparar el entrenamiento físico. —Nicky asintió y Yugo pasó al siguiente—. Adolf, según la información que me han proporcionado los desarrollos relativos a la máquina del tiempo no se llevan a cabo aquí, al contrario de lo que se intenta hacer creer. ¿Podrías explicarnos esto y la importancia que tiene para la misión?

Adolf dudó estirándose en la silla. Carraspeó varias veces y se frotó las manos hasta perder su color.

—Pues, efectivamente, todo lo relativo a la máquina del tiempo se realiza en un complejo secundario que se mantiene en completo secreto. Solo se puede acceder a él desde una zona de teletransportación ubicada en esta sede, para la que es necesario un pase especial. En este complejo secundario se encuentran todas las máquinas del tiempo que no están en uso, así como las zonas de entrenamiento y el equipo necesario para los viajes. Una máquina del tiempo se puede convertir en un arma muy peligrosa. No podemos correr el riesgo de un robo.

—Por lo tanto nos trasladaremos allí —continuó Yugo— y será nuestro lugar de residencia durante el entrenamiento. ¿Correcto?

—Correcto —Adolf se mostraba ya más relajado. Yugo desvió la mirada hacia la española, que había permanecido muy atenta a la conversación.

—Blanca, me gustaría que nos hablaras de tu don y de cómo podría sernos útil para la misión.

—Supongo que te refieres a las visiones —puntualizó ella, mientras Yugo asentía con la cabeza—. Cuando duermo tengo sueños que de alguna forma predicen el futuro, me muestran lo que me va a suceder al día siguiente. Algunas veces, el sueño es tan nítido, cargado de tantos detalles que casi parece real. Esto es bueno porque sé exactamente lo que va a suceder, pero es malo porque no puedo cambiarlo. Por suerte estos sueños son muy escasos, ya que normalmente no anuncian nada bueno y me producen una sensación de impotencia horrible.

—¿Has intentado alguna vez cambiar el futuro que habías visto? —se interesó Yugo.

—Sí, y nunca ha servido de nada. Sin embargo, hay otro tipo de sueños, los más habituales, en los que la realidad se muestra confusa, deformada, y es necesario interpretarla para aventurar lo que va a suceder realmente. Lo bueno es que en este caso no hay nada determinado de ante mano, por lo tanto es posible actuar para modificar los acontecimientos. A mí me han servido para resolver multitud de casos y

creo que en la misión nos serán útiles para prever los peligros que nos esperen cada día.

—De acuerdo —Yugo se mostró satisfecho—. He dejado a Paul para el final porque me han comentado que le encanta hablar y quería comprobar si podía permanecer en silencio. Ha superado la prueba con éxito y ahora es el momento si quiere presentarse.

—Si no he abierto la boca es porque me he quedado sin palabras —bromeó, dedicando a Nicky una sugerente sonrisa. Ella le sostuvo la mirada sin inmutarse y Yugo volvió a tomar las riendas.

—Paul es el historiador que nos acompañará en la misión y es el único que ya ha viajado en el tiempo. Su experiencia nos será de gran ayuda.

»Y ahora que ya nos conocemos ha llegado el momento de trasladarse a ese complejo secundario donde mañana mismo comenzaremos el entrenamiento. ¿Alguna pregunta? —Nadie contestó, así que concluyó—. Adolf y Paul, si sois tan amables de mostrarnos el camino hasta esos teletransportadores nos pondremos en marcha de inmediato.

Después de teletransportarse se acomodaron en sus barracones. A la mañana siguiente se levantaron a las seis y desayunaron una píldora de hidratos de carbono con cafeína y algunos minerales. Yugo preguntó a Blanca si había soñado algo que pudiera serles de utilidad.

—Tuve un sueño en el que yo era una niña que jugaba en la calle con un amigo. Él dibujaba cosas en el suelo mientras yo intentaba adivinar de qué se trataba. Si lo acertaba, él daba una vuelta a la pata coja, si fallaba lo hacía yo. Todos sus dibujos hacían referencia a personajes históricos, monumentos e iglesias antiguas, por lo que no daba una, hasta que hizo La Sagrada Familia, claro. Así que le tocó a él dar la vuelta y se torció el tobillo. Se desplomó en el suelo lamentándose y gritando de dolor.

Yugo pidió a sus compañeros que aventuraran una interpretación lógica para el sueño, pero ninguno se atrevió, así que le devolvió la palabra a Blanca.

—Por la temática de los dibujos creo que el niño del sueño era Paul. —Lo miró a él, mientras continuaba—. Y creo que si no tienes cuidado te harás daño hoy durante el ejercicio.

Yugo los condujo al exterior para iniciar el entrenamiento físico. Al principio se reduciría a correr y a tablas de ejercicios destinadas a conseguir una perfecta condición física, potenciando la fuerza, la agilidad y la resistencia. Después comenzarían las clases de defensa y ataque, tanto cuerpo a cuerpo como con armas de fuego. Esta parte del entrenamiento la impartirían Yugo y Nicky, sin descartar que Blanca pudiera hacer alguna aportación interesante.

El primer día no fue especialmente brillante. Adolf se cansaba con una facilidad asombrosa y demostró ser un desastre para las pruebas físicas. Sus compañeros se veían obligados a esperarlo continuamente, aunque fue Blanca la que más le apoyó y

le animó para no perder la esperanza. Yugo y Nicky se mostraban en perfecta forma, sin embargo, no paraban de discutir por la manera de plantear los ejercicios. Paul, por su parte, se mantuvo en segundo plano, esforzándose por aguantar el ritmo. Su recompensa por tan buena actitud fue un esguince en la muñeca mientras ejercitaba los bíceps con unas pesas de gravedad saturada. Una de ellas se soltó y estuvo a punto de aplastarle un pie. Gracias al aviso de Blanca, pudo reaccionar a tiempo y apartarla de un manotazo, lo que salvó su pie a cambio de un esguince sin importancia.

Tras el entrenamiento físico llegó el turno de Adolf para instruir a sus compañeros en el funcionamiento de la máquina del tiempo, posibles problemas y posibles soluciones. Comenzó con una descripción general, indicando que se trataba de un dispositivo muy complejo y muy caro. Toda la circuitería interna de la máquina estaba basada en un material llamado Vatrix, que se había desarrollado con tecnología extraterrestre y que era tan difícil de fabricar que limitaba su producción a una o dos unidades por año. Solo dispondrían de una máquina para su misión y todos debían conocer su funcionamiento por si a Adolf le sucedía algo.

Después llegó el turno de Paul. Una clase de historia en la que sus compañeros debían familiarizarse con la época, las gentes, sus costumbres, así como la fauna y flora que podían encontrar.

Y de esta manera se sucedieron los días que poco a poco se convirtieron en meses. Yugo y Nicky aprendieron a no discutir y a coordinarse perfectamente, dejando cada uno que el otro dirigiera los ejercicios que mejor dominaba. Entre Adolf y Blanca se creó un vínculo especial, ayudándose el uno al otro en todo lo que podían, riendo y disfrutando juntos en su tiempo de descanso. Y todos a la vez formaban un equipo en el que cada uno había adquirido las mejores cualidades de los otros cuatro, siendo autosuficientes de forma individual, pero multiplicando su efectividad en grupo.

Yugo se sintió satisfecho tras siete largos meses de entrenamiento. Al fin estaban preparados para partir en su misión de rescate.

La noche anterior durmieron mal. Adolf y Blanca no dejaron de especular sobre lo que les esperaba en aquel viaje. Adolf se mostró muy nervioso, tenía el estómago encogido y el vello erizado, como si alguien lo torturara con continuas descargas eléctricas. Blanca intentó tranquilizarlo.

—No te preocupes, estamos preparados para todo.

Adolf le respondió con una mirada desvalida. Su mentalidad de científico no le permitía mostrarse tan confiado.

—Para todo lo que conocemos.

Llegó el momento. Se encontraban a punto de iniciar el viaje hacia aquel valle desconocido donde coexistían el principio y el fin del mundo. La eterna lucha entre el Bien y el Mal se regeneraba una y otra vez y ellos entrarían en la espiral para evitar que la pugna terminara. En ese enfrentamiento se fundamentaba la esencia de la vida.

Primero un fogonazo. Después una ausencia total de sensaciones, como si se

hubieran dormido y todavía no hubiesen empezado a soñar. Al fin, el despertar en un mundo que siendo el mismo, distaba mucho del que habían conocido hasta entonces.

## CAPÍTULO IV

# LA VÍA ENTRE LA TIERRA Y EL CIELO

**31 de Julio de 1062. 42° 22' 30" NORTE. 0° 23' 23" ESTE.**

Los primeros rayos de sol brotaban tras un pequeño cerro, aún exánimes para llegar a calentar a pesar de ser verano. Un vasto prado se extendía como una gran alfombra de bienvenida. El monte se mantenía quieto, en paz. Ninguno de ellos, excepto Paul, había percibido antes el halo sobrenatural del monte al amanecer. El horizonte se encendía, el cielo mostraba una gradación de colores, mientras plantas y piedras aún permanecían dormidas. Poco a poco, conforme el sol se alzaba, el paisaje iba tomando color y los viajeros despertaron del embrujo. La civilización en la que vivían todavía no les había quitado, con su tecnología y su mimetismo de la naturaleza, la capacidad de asombro ante la verdadera vida. Paul observó cómo sus amigos se acercaban a los árboles, guiados por una curiosidad incontenible, examinaban sus frutos y sus hojas, observaban las espigas de los sembrados, cogían puñados de tierra o escuchaban el sonido de los animales. Sin darse cuenta, un fuerte compromiso nacía en ellos. Harían todo lo que fuera necesario para salvar al unicornio y llevar a su época tales maravillas. Aún no sabían a qué tendrían que enfrentarse y quizás fuera mejor así. Monstruos, un concepto muy abstracto. Monstruosas eran algunas de las personas que habían conocido. Sin embargo, aquello debía de ser mucho peor, aquello iba a destruir toda posibilidad de vida en el planeta. Ellos eran cinco simples mortales y resultaron los elegidos para enfrentarse a la peligrosa combinación de inteligencia y maldad. La vida llama a la vida y ellos habían sido llamados. Pero, a veces, la vida se alimenta de la vida, convirtiéndose así en una cadena sin fin.

No todos se habían sorprendido tanto. Nicky no se había molestado en oler las flores, escuchar el canto de los pájaros u observar la línea del horizonte. Su atractiva cara permanecía fría y calculadora mientras movía la cabeza de un lado a otro, buscando algo. Paul no podía evitar fantasear con ella. Sí, estaba casado, pero las cosas con Juliette hacía ya tiempo que no funcionaban. Juliette ya no soportaba sus largas ausencias, ofreciéndose siempre voluntario para cualquier viaje, para cualquier misión. Se conocieron en la universidad, cuando Paul cursaba su segundo año de Geografía e Historia. Se casaron al poco de terminar la carrera, mientras él compaginaba sus estudios de Historia del Arte Hispano Medieval con el trabajo en diversos museos y excavaciones arqueológicas. La Universidad de Lyon, donde cursaba su segunda carrera, le ofreció una beca de investigación. Paul consiguió por su cuenta una colaboración con la facultad de informática que utilizó para elaborar un

programa interactivo de realidad virtual, recreando la ambientación de diversos lugares, desde una taberna tras los muros de una gran ciudad, con borrachos y peleas incluidas, hasta un castillo donde era posible asistir a una entrevista con un conde o incluso con el rey, pasando por la construcción de una gran catedral o la visita a una sala de tortura de la Inquisición, donde se podía presenciar lo sencillo que resultaba obtener una confesión. Aquel trabajo le otorgó un reconocido prestigio y tan solo dos años después lo llamaron de la Alianza para ofrecerle formar parte de uno de los equipos de investigación. Al principio, no lo había podido creer. No, al menos cuando le explicaron en lo que iba a consistir realmente el trabajo, viajar en el tiempo y estudiar la historia a ciencia cierta, ver con sus propios ojos aquello que había leído en Internet y visto en películas durante años. No, no se lo había podido creer hasta que hizo su primer viaje. Se trasladó al año mil doscientos catorce, el año que murió Alfonso VIII *el de Las Navas*, rey de Castilla. Su misión consistía en descubrir las causas de dicha muerte, ya que los libros de historia se limitaban a achacarla a unas fiebres malignas, sin dar más explicaciones. Paul y su compañero Peter descubrieron que Alfonso VIII había muerto envenenado por su amante, una mujer llamada Mireille *de Burdeos*, que en realidad era una espía de los sarracenos. Para Paul aquella misión había sido una descarga de adrenalina increíble, nunca había sentido nada parecido, ni siquiera la primera vez que mantuvo relaciones con una mujer. Ante ellos se abría una realidad alternativa, mucho más atractiva que el mundo de ficción, falso y sin alicientes en el que vivían. Quedó atrapado por la vida ajetreada de la ciudad de Toledo, las conversaciones con la gente, los mercados malolientes, la lujosa vida de palacio, la lucha de los campesinos por sobrevivir cada día o los duelos para defender el honor de algún caballero. Todo aquello que se había imaginado tantas veces ahora podía vivirlo, podía formar parte de ello por unos instantes. Y Juliette se enfadaba por eso. Decía que se sentía sola, que no podía soportar la situación ni por un momento más. Recordaba perfectamente aquella noche, hacía ya siete meses, cuando le explicó que le habían ofrecido aquella misión. *No sé cuánto tiempo estaré fuera. Es una misión de alto secreto y el destino del mundo depende de ella.* Juliette no le había preguntado en qué consistía. Hacía ya mucho tiempo que no se interesaba por su trabajo. El fuego que había existido entre ellos cuando eran novios y hacían el amor dos veces al día, hacía ya mucho tiempo que se había extinguido. Cada viaje de Paul, cada misión, se había convertido en un capazo de arena que atentaba contra su relación. *Quizás no me encuentres aquí cuando vuelvas*, repuso Juliette fríamente. Paul ni siquiera se molestó en contestar, recogió sus cosas y se marchó sin mirar atrás. Sintió que una parte de él acababa de morir, pero otra, una parte morbosa, olvidada hacía años, resurgía en su interior. Luego apareció Nicky, con su belleza enigmática y su encantadora sonrisa. Y ahora se encontraba allí, fría, guapísima, calculadora, imponente, seria, con ese halo de autosuficiencia, seguridad y energía que la hacía irresistible. Movía la cabeza y caminaba de un lado a otro buscando algo, mientras Paul la observaba atentamente y los demás examinaban el nuevo mundo.

—¿Dónde está el templo? —Nicky comenzaba a impacientarse.

Unas campanadas respondieron a su pregunta. Caminaron en dirección al sonido, atraídos por cantos de sirena. Paul alzó la vista y observó a lo lejos lo que se le había ocultado hasta entonces, una construcción majestuosa que se mimetizaba con el monte de piedra. Ni una brizna de hierba crecía en muchos metros a la redonda, como una isla rocosa en medio de un océano de tierra. Sus altos muros continuaban el tajo de la escarpada roca, ofreciendo el aspecto más característico de una fortaleza. Una torre resaltaba como un faro sobre el arrecife y desde ella se lanzaban los graves tañidos de campana. Alcanzaron una empinada escalera que partía de la base del montículo en dirección al templo. El ascenso se presentaba largo, Paul dio gracias al intenso programa de ejercicio que habían seguido en los últimos meses. Conforme se acercaban al edificio se dibujaban los detalles. La escalinata acababa en una amplia plaza frente a la entrada principal, flanqueada por dos torres. A la izquierda se situaba el campanario que habían visto desde abajo, mientras que a la derecha había otra más baja y ancha, adornada exclusivamente por dos ventanas tan estrechas que parecían ranuras. Sin duda era una torre defensiva. Paul golpeó la aldaba de la puerta de madera tallada y esperaron. Tras un par de minutos, un monje oculto tras un hábito encapuchado los invitó a pasar. Accedieron a lo que parecía la sala de celebraciones. Los techos eran altos y a pesar de la oscuridad, brillaba el oro de los artesonados y las pinturas murales. Sin avisar, el monje se adentró por un pasillo que serpenteaba a la izquierda de la entrada. Lo siguieron en silencio, divertidos por su postura contrahecha. Avanzaba con la cabeza gacha y las manos cruzadas sobre el pecho, recitando una letanía ininteligible. Al fin, atravesaron una pequeña puerta que les condujo al claustro. Paul nunca había visto uno tan grande y tan hermoso. Una hilera de columnas gemelas rodeaba todo el espacio, culminadas por elaborados capiteles alegóricos, que sustentaban un oleaje de arcos apuntados. En el centro del patio manaba el agua de una fuente, que se desbordaba de la pila para morir canalizada a través de un sumidero. La vegetación que la arropaba se mostraba descuidada, brotando rosales y setos junto a malas hierbas. Pasearon por el corredor siguiendo al monje, prestando atención a las parejas de columnas, todas diferentes entre sí. Troncos de palmera, mosaicos y espirales componían un impresionante bosque de piedra. El monje se detuvo ante un anciano que empleaba un hábito idéntico, aunque mantenía la cabeza descubierta. Le susurró algo al oído y los dejó con él. Parecía el hombre más viejo del mundo. Sus manos eran profanadas por el surco de venas azules a punto de estallar bajo la piel reseca. Su cara, amable a primera vista, había sido marcada por manchas pardas de diferentes tonos y tamaños. Los labios arrugados se perdían en el interior de su boca acusando la falta de dientes, mientras sus pequeños ojos azules se agitaban inquietos, eclipsados por la luminosidad de su cabello blanco como la nieve. El anciano se giró hacia ellos con mucha más soltura de la esperada y comenzó a hablar con una voz tan cálida que los envolvió en un dulce abrazo de bienvenida.

—Soy Anselmo de Otak, el prior de este templo. —Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Os estábamos esperando. Si sois tan amables de tomar asiento podremos hablar sobre lo que nos interesa a todos.

Se acomodaron en los bancos que se ocultaban tras la vegetación de aquel jardín salvaje, un tanto sorprendidos por la presentación del prior. Paul tomó la palabra.

—¿Nos estaban esperando? ¿A qué se refiere?

—Sois los elegidos, ¿no? —el anciano se mostraba exaltado, transmitiendo cierta euforia en su tono de voz.

—Supongo que se refiere a los unicornios —intervino Yugo.

—Evidentemente —confirmó Anselmo—, ¿de qué otra cosa podría estar hablando?

»Vamos, vamos, no perdamos tiempo con nimiedades. Estáis aquí para salvar a los unicornios y el valle mágico, ¿no? —Paul y Yugo asintieron, mientras los otros tres prestaban toda su atención—. Entonces, habéis venido al sitio correcto. Yo os indicaré cómo llegar, pero os advierto que deberéis enfrentaros a unas pruebas que solo los elegidos pueden superar.

—¿Qué tipo de pruebas? —Paul sabía que cualquier información que obtuvieran les sería de utilidad.

—Ya lo veréis —el anciano sonrió—. No os puedo ayudar en ese aspecto, aunque os puedo ofrecer un consejo. Deberéis confiar en vosotros mismos y no temer a la magia, puesto que a lo largo de este viaje se convertirá en una de vuestras fieles compañeras.

—¿Nos puede explicar cómo es el valle y lo que encontraremos allí? —insistió Paul.

—Lo siento —repuso Anselmo—. Nadie ha pisado jamás el valle y, por lo tanto, desconozco los peligros que encierra. De todas formas, no debéis preocuparos, vuestra misión es relativamente sencilla. Los nokens no son peligrosos sin su jefe, si conseguís terminar con él, los unicornios estarán a salvo. Con vuestra tecnología será sencillo conseguir ese objetivo.

—Eso no lo sabremos hasta conocer a qué nos enfrentamos —Paul realizó un último intento y Anselmo se mostró impasible.

—Lo único que puedo hacer es mostraros la entrada al valle y rezar para que os hayáis embarcado en una misión de éxito.

—Está bien —se resignó Paul—. ¿Cómo llegaremos al valle?

—¿Conocéis el Monte Perdido?

—Claro, eso está en Los Pirineos, a unos pocos kilómetros de aquí.

—Efectivamente —el viejo sonrió—. En este monte hay una gran cascada llamada Cola de Caballo bajo la cual se oculta una gruta que no es visible a simple vista. Cuando entréis en ella sabréis lo que tenéis que hacer.

—Muchas gracias por la información —Yugo se puso en pie—. Creo que es hora de continuar.

—Esperad —interrumpió el anciano—. Podéis comer con nosotros antes de marcharos. Seguro que nunca habéis probado un asado de cordero. Si os quedáis haremos una excepción a nuestra dieta habitual para celebrar vuestra partida en esta misión divina.

Paul suplicó a Yugo con la mirada, ansioso por comer algo distinto a sus píldoras diarias. Yugo escrutó a Blanca, Nicky y Adolf que permanecían en silencio, sin inmutarse ante la oferta del anciano.

—Esto no es un viaje de placer, así que lo mejor será continuar con la misión lo antes posible. ¿Estáis de acuerdo? —Todos asintieron, Paul a regañadientes. Se despidieron de Anselmo y, en cuanto Paul le proporcionó las coordenadas, Adolf los teletransportó a su nuevo destino.

En la lejanía todavía se apreciaba la silueta de las torres y de la muralla. Entonces sucedió algo sorprendente e inexplicable. El templo que acababan de abandonar y que tan sólido les había parecido, comenzó a volverse borroso, como si una densa niebla lo hubiera envuelto de repente. Una corriente de aire helado cruzó el campo y golpeó con furia la imagen fantasmal. La construcción desapareció sin más y la roca que la había albergado hasta entonces quedó aún más desolada.

### **31 de Julio de 1062. Monte Perdido. Valle de Ordesa.**

#### **La cascada.**

El viento fuerte y cortante devolvió al grupo a la realidad después del viaje. Yugo observó con asombro el nuevo paisaje. Esta vez los árboles escaseaban y, en su lugar, las altas montañas eran recorridas por abundantes rebaños de piedras de tonos blancos y grises. Los arbustos habían cedido, adoptado la inclinación que el viento les imponía tras muchos paseos. Los tonos pastel endulzaban el paisaje, marrones, grises y un tímido verde, que se difuminaba en las zonas más altas de las montañas por efecto de la niebla. Los contornos perdían intensidad en la lejanía y resultaba imposible determinar dónde terminaban las formas terrestres y continuaban las celestes. Desde su derecha los envolvía el murmullo del río Arazas. Yugo pensó en lo mucho que le gustaría que su hijo pudiera disfrutar algún día de lugares tan hermosos como aquel. El viento silbaba con estridentes alaridos y le costó apreciar que Nicky estaba hablando.

—¡Maldita sea! ¿Dónde está la cascada? Nos hemos equivocado al poner las coordenadas.

Yugo no tenía noción alguna acerca del lugar al que se dirigían, así que miró a Paul en busca de respuesta.

—Parece que las coordenadas no eran del todo precisas —Paul elevó el volumen

debido al fuerte viento—, pero si seguimos corriente arriba probablemente la encontremos.

Se pusieron en camino, dirigidos por Paul, mientras Yugo se mantenía en la retaguardia. Su padre siempre decía que un buen jefe era aquel que sabía delegar en la persona adecuada, en el momento adecuado. El camino se hacía difícil debido al viento, las piedras y las pequeñas cuestas. *Pobre Adolf, debe de estar pasándolo mal.* Y así era, al *Chincheta* le costaba seguir el ritmo. Blanca le cogió la mano y recorrieron el camino juntos.

—¡Eh, eh! Allí se acaba el valle —gritó Nicky. Una pared de piedra se elevaba frente a ellos a menos de un kilómetro.

—No os preocupéis —Paul se dio la vuelta para tranquilizarla—. La cascada está justo al lado de esa montaña, a la izquierda.

Al poco comenzó a apreciarse un tenue murmullo, oculto en parte por las fuertes embestidas de aire. Conforme avanzaban, el murmullo se convirtió en clamor y finas gotas de agua chocaron contra sus rostros. Yugo se puso en guardia en un acto reflejo. Nunca habían visto la niebla y mucho menos la lluvia, excepto en las películas. Allí no llovía, pero la fuerza de la cascada era tal que salpicaba varias decenas de metros alrededor, quedando envuelta por una densa nube de gotas minúsculas. Allí se encontraba, justo donde Paul había aventurado, resguardada tras un saliente de la montaña. Era estrecha en la parte superior, donde nacía, para desgranarse en su caída ocultando un buen trozo de roca. Tal y como su nombre indicaba tenía forma de cola de caballo. Debajo había una pequeña laguna, desde la cual partía el río en su descenso a través del valle.

—Esta es la cascada que nos indicó Anselmo De Otak —confirmó Paul.

—Sí —Nicky se frotó los brazos y echó a andar. A pesar de que el sol se mantenía alto en el cielo, en aquel valle hacía un frío de mil demonios—. Comprobemos si es cierto que se encuentra aquí la entrada del Valle de los Unicornios.

Adolf buscó en su mochila unos prismáticos de gran aumento y trepó a una roca. Desde allí, examinó la cascada con detenimiento mientras sus compañeros admiraban la pureza del agua azulada.

—No veo ninguna entrada, ni nada que se le parezca —repuso al cabo de un rato.

—Tendré que meterme en el agua y examinar la pared del monte personalmente —Yugo tomó de nuevo las riendas. Se despojó de toda la ropa, excepto unos calzoncillos blancos, similares a los de los luchadores de sumo, que resaltaban la musculatura de sus poderosos glúteos. Al revés que la cascada, su espalda era muy ancha en la parte de los hombros, estrechándose conforme descendía hasta la cintura. Sus músculos y tendones se marcaban como alambres de acero bajo la piel, modelando un cuerpo perfecto, más parecido a la talla de un artista que a un ser vivo. Además, la ausencia total de vello contribuía a reforzar esta impresión. Tan solo en su hombro izquierdo su piel había sido profanada con un tatuaje. Se trataba de la flor del cerezo, el emblema de los samuráis, representación de una vida breve y gloriosa. Eso

era lo único que cualquier guerrero japonés, de corazón auténtico, necesitaba para ser feliz. Servir siempre al Bien, defender la Verdad y la Justicia por encima de todas las cosas. Yugo creía en ello, su padre había creído en ello, así como todos sus antepasados japoneses.

—Espera Yugo —lo detuvo Paul cuando se dirigía a la cascada—. Si te metes en el agua sin protección alguna te congelarás. No creo que esté a más de cinco grados centígrados.

—Paul tiene razón —intervino Adolf, mientras extraía de su mochila un pequeño aparato de pulsera—. Ponte esto, es un protector térmico. Mantendrá tu temperatura corporal constante a treinta y seis grados y medio, aunque entres en contacto con el hielo más frío o con el fuego más caluroso. —Adolf buscó otras cuatro pulseras, entregó una a cada uno de sus amigos y se quedó la última. Todos ellos se la encajaron en la muñeca mientras Yugo se encaminaba a la profunda laguna. Alargó un pie hacia el agua helada y la encontró sorprendentemente agradable. Sin pensárselo dos veces, saltó de cabeza y buceó hasta la cascada. El agua caía desde más de diez metros de altura sobre su cuerpo desnudo pero Yugo estaba acostumbrado a soportar el dolor. Palpó la pared y no descubrió nada parecido a una entrada en la erosionada roca. Tanteó un buen punto de apoyo y comenzó a escalar el resbaladizo muro. Sus músculos se pusieron al límite mientras movía un pie detrás de una mano y una mano detrás de un pie, siempre buscando alguna ranura o un pequeño saliente donde pudiera apoyarse sin caer. El ascenso era difícil. El agua caía sobre su piel y se clavaba como millones de alfileres. Por suerte, la cascada se hallaba resguardada en una esquina del valle, donde el viento no podía entrar con tanta fuerza. Mientras trepaba, Yugo examinaba la pared en busca de algún agujero, alguna pequeña cueva o alguna grieta lo suficientemente grande como para ser la entrada que buscaban. Era fuerte, muy fuerte, más que cualquier otro del grupo, y aún así empezaba a cansarse. Tenía la sensación de que las rocas eran cada vez más resbaladizas, los salientes más estrechos y sus músculos más débiles. Había ganado ya más de una cuarta parte de la altura. En su mente comenzó a formarse una idea. Yugo la descartó de inmediato, pero no pudo evitar que regresara con más fuerza. *¿Por qué no te dejas caer? Deja que el agua te lleve. No luches contra la voluntad de la Naturaleza.* Se sentía exhausto y la idea de relajar sus músculos durante unos segundos se volvía cada vez más tentadora. De repente, la cara de su padre apareció frente a él. Yugo se sorprendió al reconocer sus ojos rasgados y su largo pelo negro. No decía nada, ni siquiera abría la boca, mas sus ojos brillaban furiosos y Yugo sabía por qué. *Un guerrero nunca piensa en la derrota. Ese pensamiento no existe. Antes la muerte que la deshonra de la rendición.* Hizo un esfuerzo para mover sus extremidades. Primero la pierna izquierda, después el brazo derecho y ya había avanzado otro trozo. Sus músculos comenzaban a entumecerse. Le costaba respirar bajo el torrente de agua y durante unos segundos creyó que ya no podría continuar. La cara de su padre le obligó a concentrarse, devolviendo la fuerza a sus músculos.

La pierna derecha y... el brazo izquierdo. Esta vez la mano encontró un apoyo mucho más firme que los anteriores. Se sujetó a la sólida repisa y se elevó con la única ayuda de sus brazos. Con un último esfuerzo consiguió acomodarse en aquel saliente que resultó ser la entrada que buscaba. Se puso en pie y sacó el cuerpo a través del torrente de agua para hacer una seña a sus amigos. Paul sujetaba en la mano una barra metálica. Cuando vio a Yugo extendió el tubo hasta alcanzar medio metro de longitud y se lo lanzó para que lo cogiera al vuelo. Yugo lo colocó en la pared junto a la plataforma donde se encontraba, de forma que uno de los extremos sobresalía de la cascada lo suficiente para que sus amigos pudieran verlo. Presionó la punta y se produjo una pequeña detonación. El tubo se mantuvo por sí solo en perfecto equilibrio, gracias a la punta de acero que se había incrustado en la roca a la velocidad del sonido. Hizo un gesto con la mano a sus compañeros para que lo siguieran.

Paul ya tenía preparado su látigo. Cambió el interruptor a la posición *ON* y de la empuñadura surgió un largo y brillante cable metálico. Este era otro de los productos de Alientech, fabricado mediante una aleación de metal líquido. En la posición *OFF*, quedaba reducido a un simple tubo de veinte centímetros. Cuando se cambiaba a *ON*, surgía el cable de metal, creado con tecnología extraterrestre y que era más flexible, ligero y resistente que cualquier látigo de cuero conocido hoy en día. Además, tenía una tercera posición, *RED*, en la cual, mediante una compleja red de resistencias el cable se ponía al rojo vivo, siendo capaz de cortar cualquier cosa que tocara.

Lo movió en el aire, regodeándose en los brillos que despedía el metal bajo la luz del sol y lo lanzó contra el tubo que había colocado Yugo, donde se enganchó a la primera. Le entregó la empuñadura a Adolf y en cuanto estuvo preparado, puso el interruptor entre la posición *OFF* y *ON*. El látigo comenzó a recogerse poco a poco, arrastrando a Adolf hacia la entrada de la cueva. El ingeniero se resbaló varias veces mientras ascendía por la pared y estuvo a punto de soltarse y caer a la laguna, pero Yugo alargó el brazo y lo ayudó a alcanzar la plataforma. Adolf le lanzó el látigo a Paul que repitió la operación con Blanca, Nicky y por último, él mismo. El francés giró el tubo en la dirección de las agujas del reloj para soltarlo y se lo guardó en la mochila, ya que para salir del valle no volverían por allí, usarían la máquina del tiempo.

## **El muro.**

Adolf observó a Paul arrastrarse por la estrecha cueva hasta alcanzarlos. Allí se ensanchaba el túnel, permitiéndoles ponerse en pie mientras decidían qué hacer.

—¡Nos han engañado! —Nicky se mostraba indignada—. Esta cueva no tiene salida, no es más que un agujero cerrado debajo de la cascada.

—¿Has examinado bien todas las paredes? —medió Blanca nerviosa—. Esta

parte del túnel es bastante grande y puede que haya algún otro agujero por el techo, o cubierto por alguna roca.

—No, no lo hay —rebató Nicky—. He examinado ya hasta...

—Callad un momento —intervino Adolf. Sus compañeros lo estudiaron intrigados y descubrieron que manejaba un pequeño aparato—. Mientras vosotros discutáis, he hecho una resonancia de todas las paredes de la cueva y la del fondo... está hueca.

—¿Estás seguro? —dudó Yugo golpeando con los nudillos—. A mí me parece muy sólida.

—Apartaros de ahí —ordenó Nicky, mientras extraía de su mochila un arma de gran calibre—. Son balas explosivas, veremos si tiene razón.

El disparo generó un gran estruendo, amplificado y repetido por el eco, pero la pared permanecía intacta. Paul se acercó para examinarla con detenimiento.

—¿Qué clase de roca es esta? Nunca había visto nada parecido.

Adolf empuñó su aparato y analizó la roca con el ceño fruncido. Paul estaba en lo cierto, se trataba de un mineral poco corriente. Quizás estudiando la estructura molecular de la roca podría descubrir cómo atacarla. Apretó rápidamente algunos botones y esperó pacientemente el resultado. Mientras los circuitos trabajaban a toda velocidad y los cálculos se sucedían para completar el análisis, Adolf se alejó inconscientemente hasta un viejo recuerdo del pasado. Se descubrió a sí mismo el día de su octavo cumpleaños. Era por la tarde y su padre había salido un poco antes de la tienda de ropa donde trabajaba, para poder comprarle aquel regalo. Adolf lo abrió impaciente y descubrió una caja de color azul decorada con el dibujo de un circuito electrónico. *Construye tus propios aparatos*, rezaba la portada. Adolf se sintió terriblemente decepcionado. Esperaba uno de aquellos videojuegos de realidad virtual donde se podía meter en la piel de un lagarto extraterrestre en mitad de una batalla interestelar. Sin embargo, no se quejó, se acercó a su padre y le estampó un tímido beso de agradecimiento. El regalo de su madre fue precisamente uno de esos videojuegos, justo el que él le había pedido a su padre el día que navegando juntos por Internet se toparon con la publicidad de su lanzamiento. Aquello no era propio de su madre. Ella siempre le insistía para que estudiara, para que se duchara, para que saliera a la calle a jugar con otros niños... nunca le habría comprado un videojuego. Era evidente que sus padres se habían intercambiado los regalos, pero ¿por qué? Adolf no lo entendía, aunque tampoco le importaba. La caja de circuitos quedó relegada a un rincón de la habitación, mientras que el juego lo terminó en un par de semanas. Y casi un año después, poco antes de su noveno cumpleaños, encerraron a su padre porque se había vuelto loco. *Es una degeneración de las neuronas*, habían dicho los médicos. *Si no conseguimos detenerla morirá antes de un año*. Y sí, consiguieron detenerla, pero el proceso era irreversible. Su padre nunca se recuperaría, se pasaría el resto de su vida encerrado en un psiquiátrico. Y el día de su cumpleaños Adolf recibió un único regalo. Su madre le había comprado el último

videojuego de moda que esta vez quedó relegado a un rincón de la habitación. Ni siquiera se molestó en probarlo. Por el contrario rescató de su exilio la caja de circuitos que su padre le había entregado el año anterior y comenzó a trabajar con ella. Los diseños que aparecían como ejemplo los montó sin ningún problema. Le resultaba mucho más sencillo de lo que había esperado y muy pronto se aventuró a realizar sus propios proyectos. Descubrió que se trataba de un reto mucho más interesante que los videojuegos y mucho más productivo. Y diecisiete años después participó en el diseño y construcción de la máquina del tiempo. Ese sí que había sido un reto de verdad. Una lucha feroz contra los incrédulos e ignorantes que aseguraban que era imposible. Pues lo hemos conseguido, y tan solo nos hizo falta...

—Adolf, ¿te encuentras bien? —Blanca lo zarandeó, arrancándolo de las profundidades de su mente.

—Sí, sí —sacudió la cabeza para aclarar sus pensamientos—. Estaba esperando los resultados del análisis de la pared. —Examinó entonces el aparato y lo que descubrió lo dejó gratamente sorprendido. Después miró a sus amigos con cara de incredulidad.

—He analizado la estructura de la roca. Efectivamente, Paul, no se parece a nada conocido hasta nuestra época. Se trata de un material más duro que el acero y, sin embargo... —cogió el depósito de agua que llevaba fijo al cinturón. Aunque su tamaño era bastante reducido, su capacidad de almacenamiento triplicaba su volumen exterior. Apretó un botón que hizo salir el agua a presión contra el muro y todos se quedaron con la boca abierta—... sin embargo, es tan soluble en agua como la propia sal. ¡Increíble!

Roció la roca hasta que se le gastó el agua y entonces continuaron sus compañeros. Tras vaciar por completo tres depósitos, se había abierto en la pared un agujero lo suficientemente ancho como para que pudieran atravesarla Yugo, que era el más grande y fornido, y la cabeza de Adolf. Se arrastraron a través del agujero que los condujo a una nueva gruta.

## **La estalactita.**

Era una sala de forma casi circular. El suelo se mostraba liso y brillante, como si hubieran pulido la piedra, mientras que el techo se elevaba a gran altura, engalanado por estalactitas gigantescas, a modo de guirnaldas que esperaran su golpe de gracia. Mientras estudiaban la sala, un fino reguero de líquido blanquecino comenzó a recorrer el contorno de la abertura por la que acababan de pasar, solidificándose con rapidez para cegar la nueva puerta. Blanca sintió un estremecimiento, tenía la impresión de haber estado allí antes. Lo que era una sospecha comenzaba a transformarse en certeza. *¿Dónde he visto antes este lugar?*

—Es muy extraño —señaló Paul con inquietud. Se giraron todos intrigados y

Nicky se adelantó.

—¿Qué es extraño?

—¡Esta sala! —Paul abría las manos sorprendido, era obvio para él—. Las estalactitas se forman en la roca caliza, al igual que las grutas. El agua que se filtra va disolviendo la roca muy lentamente, gota a gota. Cuando estas gotas se desploman a través del aire, el intercambio de  $CO_2$  provoca que la roca caliza se precipite de nuevo, formando así las estalactitas.

—Sigo sin entender el problema —repuso Nicky.

—El problema está en que si no hay ninguna corriente de agua que lo impida, debajo de las estalactitas se deberían haber formado las estalagmitas. Yo no observo aquí ninguna entrada ni salida de corriente subterránea y sin embargo, el suelo es liso como un espejo. ¿Qué lo ha erosionado de esta manera?

—Comprendo —se convenció Nicky—. A lo mejor el suelo tiene un poco de pendiente y el agua se filtra por algún sitio sin darle tiempo a...

—Esperad un momento —intervino Blanca, que hasta entonces había permanecido absorta en sus pensamientos—. Esta sala me suena —confirmó excitada, una vez que por fin había recordado de qué—. Sí, anoche soñé que entraba en esta sala.

—Entrabas en la sala, ¿y qué sucedía? —Nicky empezaba a impacientarse.

—Espera, estoy intentando recordar. —Se concentró para evocar el argumento del sueño, uno de aquellos especiales que sufría desde hacía ya un par de años. Blanca acarició la cicatriz blanquecina que marcaba el lado derecho de su frente. Jordi murió aquel día y ella comenzó a soñar cosas, cosas que luego ocurrían de verdad, aunque con algunas diferencias. Aquellas visiones la habían sacado de muchos apuros. Pero, ahora... en esa sala... aquel sueño que le interesaba... ¿cómo era?—. Sí, ya me acuerdo. Entraba en la sala y me fijaba en uno de esos pinchos enormes que cuelgan del techo...

—Estalactitas —corrigió Paul.

—Bueno, pues me fijaba en una de esas estalactitas, en esa de ahí, la más grande. —Blanca observó a Paul, mientras este estudiaba la cúpula de la cueva. A pesar de que era un tipo atractivo y simpático, a ella no le caía demasiado bien. Siempre intentaba ser el centro de atención, haciéndose el gracioso y el listillo y eso era algo que ella detestaba—. Entonces, sin saber por qué, cogí mi pistola y le disparé. La estalactita cayó al suelo dejando en el techo un enorme agujero. Empecé a volar como por arte de magia atravesando la salida, que me condujo a un paisaje maravilloso, donde todo era armonía y tranquilidad.

—Entonces deberíamos tirar esa estala..., estala... como se llame —intervino Yugo—. Quizás oculte el camino que debemos tomar.

—Iré preparando mis alas —apuntó Paul, riendo.

—Muy gracioso —Blanca se apartó, algo molesta.

—Dejadme a mí —se adelantó Nicky, empuñando de nuevo su arma de balas

explosivas. Apuntó a la estalactita y disparó sin esperar a que sus compañeros se apartaran. La bala arrancó un buen trozo de la base, pero no la tiró. Ahí estaba Nicky Porter, siempre que había que disparar sobre algo allí estaba ella, con su arma preparada antes que nadie. A Blanca le parecía una chica muy impulsiva y demasiado agresiva, aunque había que reconocer que era impresionantemente guapa. De todas formas, no siempre era tan fría, cuando se lo proponía podía ser una persona amable en quien Blanca había confiado más de una vez durante el entrenamiento.

Nicky tuvo que disparar otras tres veces para desprender la estalactita que se desplomó desde unos cinco metros de altura. Todos ellos fijaban la vista en el techo, decepcionados al ver que no había quedado ninguna abertura, cuando chocó contra el suelo y este se hundió bajo sus pies. Cayeron a través de una rampa circular que se estrechaba cada vez más hacia un agujero central. La estalactita gigante se detuvo sobre una gran repisa mientras ellos se deslizaban hasta el centro de aquel embudo de piedra. La repisa cedió de repente, liberando la estalactita que taponó el agujero justo después de que ellos lo atravesaran. Se encontraron amontonados unos encima de otros en una nueva sala.

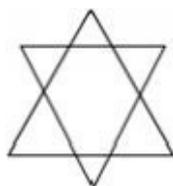
## El símbolo.

—Nicky, sé que estás loca por mí, pero creo que este no es el mejor momento —objetó Paul, que había tenido la suerte de que la inglesa le cayera encima.

—Si estuviese loca por ti, no me lanzaría encima de ti —repuso ella mientras se ponía en pie—. Simplemente te volaría la cabeza. En mi trabajo, no me puedo permitir estar loca por nadie.

—Vaya, lo tendré en cuenta para un futuro —concluyó el francés decepcionado.

Esta sala presentaba unas dimensiones mucho más reducidas que la anterior. Cuatro túneles partían de ella, cada uno en una dirección distinta. En el suelo, descubrieron la talla de una estrella de David, formada por dos triángulos equiláteros entrecruzados, que daban lugar a seis puntas de diferentes colores.



—Es precioso —exclamó Blanca, examinando la superficie de la estrella.

—Sí, muy bonito —repuso Nicky—. ¿Por dónde continuamos?

—Lo mejor sería separarnos —aventuró Adolf—, exploramos todos los túneles y nos reunimos aquí en diez minutos.

—De eso nada —le interrumpió Yugo—. Nos mantendremos todos juntos. Podríamos caer por algún agujero que no nos permita volver, igual que nos ha

sucedido ahora. No correré el riesgo de mermar el grupo.

—¿Y si empezamos estudiando el dibujo? —observó Paul—. Quizás nos indique por qué túnel debemos entrar.

—Esa idea me gusta más —le apoyó Yugo, contento—. ¿Sabes lo que significa?

—Claro, es el Sello de Salomón.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Veréis, esta figura es una verdadera suma del pensamiento hermético. Contiene, en primer lugar, los cuatro elementos. La punta de arriba representa el FUEGO, la de abajo el AGUA, el hueco entre las dos puntas de la izquierda, el AIRE y el que queda entre las dos puntas de la derecha, la TIERRA.

—¿Y cómo identificamos cada una de las puntas? —intervino Adolf.

—Según la tradición hermética, el sello de Salomón engloba también los siete metales básicos, así como los siete planetas que resumen el mapa del cielo —sus compañeros escuchaban con atención, hipnotizados por sus palabras y su expresividad—. En el centro residen el oro y el Sol; la punta superior es la plata y la Luna; la inferior, el plomo y Saturno; las puntas de la derecha, la de arriba el cobre y Venus; la de abajo el mercurio y Mercurio; y las puntas de la izquierda, el hierro y Marte, y el estaño y Júpiter.

»Adolf, si no te importa comprobar de qué materiales está compuesta la estrella, creo que descubriremos que el centro es oro puro y que las seis puntas están formadas por cada uno de los elementos que acabo de mencionar. Si identificamos la de plata sabremos cuál es la que se corresponde con el fuego. La que esté en el lado opuesto será de plomo y tendrá asociado el agua. A la izquierda estará el aire y a la derecha la tierra.

Adolf procedió a realizar la comprobación con su aparato y no tardó en verificar la hipótesis de Paul, identificando cada una de las puntas.

—Toda esta historia es muy interesante —Nicky lo observaba con el ceño fruncido—, pero no entiendo a dónde nos lleva.

Paul se alegró de que fuera Nicky la que preguntaba, dándole la oportunidad de lucirse. Las mujeres sienten debilidad por los hombres cultos y aunque Nicky ya sabía que él lo era, no estaba de más recordárselo de vez en cuando.

—Veréis, cada uno de los cuatro elementos, fuego, agua, tierra, aire, tiene su propia simbología. Yo diría que lo que encontremos al adentrarnos por cada túnel debe de estar relacionado con el elemento que señala esa entrada.

—Eso tiene sentido —Yugo se acarició el prominente mentón, entrecerrando los ojos hasta convertirlos en dos pequeñas ranuras.

—Supongo que ahora viene el momento en que nos explicas el significado de los cuatro elementos, ¿no? —Paul reparó en el tono recriminatorio de Nicky hacia su afán por convertirse en el centro de atención. ¿Y qué quería que hiciera? No lo podía evitar. Disfrutaba demostrando y transmitiendo sus conocimientos, observando a la gente embelesada mientras él hablaba con aire de superioridad, como un gran sabio al

que acudían para pedir consejo.

—El fuego es un elemento muy interesante —clavó sus oscuros ojos marrones en los verdes de Nicky y esbozó una sonrisa traviesa que resaltaba el hoyuelo de su barbilla—. Su significado es puramente sexual. Está ligado a la primera técnica de obtención de la llama por frotamiento, en vaivén, imagen del acto reproductor.

La pelirroja inglesa no se ruborizó en absoluto, sino que dejó escapar una pequeña sonrisa que a Paul le cayó encima como una bendición.

—Ese es uno de sus muchos significados, aunque no creo que sea el que más nos interese —continuó—. El fuego ha sido considerado como la mejor imagen de Dios, la menos imperfecta de sus representaciones. También, al igual que el sol por sus rayos, el fuego por sus llamas simboliza la acción fecundante, purificadora e iluminadora.

—Todos sus aspectos son positivos —interrumpió Blanca—. Quizás sea este el túnel que debemos seguir.

—Aún no he terminado. —Paul se sintió satisfecho al ver que había conseguido su objetivo—. El fuego también tiene un aspecto negativo. Oscurece y sofoca con su humo. El fuego quema, devora, destruye. Ejemplos claros son el fuego de las pasiones, del castigo y de la guerra. No creo que sea la mejor elección.

—Bien —se convenció Blanca—. Entonces, ¿cuál?

Continuó disfrutando de su protagonismo, aunque aceleró el ritmo de las explicaciones para no resultar pesado.

—La simbología del agua se puede reducir a tres temas dominantes, fuente de vida, medio de purificación y centro de regeneración. Sin embargo, en ciertos casos el agua puede actuar como la muerte. Las grandes aguas anuncian en la Biblia las pruebas. El desencadenamiento de las aguas es el símbolo de las grandes calamidades. Tampoco creo que sea una buena elección.

»La tierra se opone simbólicamente al cielo. Ella soporta mientras que el cielo cubre. Todos los seres reciben de ella su nacimiento, puesto que es mujer y madre, estando completamente sometida al principio activo del cielo. Para los aztecas, la diosa Tierra tiene dos aspectos opuestos, es la madre nutricia que nos permite vivir de su vegetación, y por otra parte, reclama los muertos, de los que ella misma se alimenta, siendo, en ese sentido, destructiva.

»En tanto que la tierra y el agua son materializantes, el aire es un símbolo de espiritualización. Representa el mundo sutil intermedio entre el cielo y la tierra. El aire es el medio propio de la luz, del vuelo, del perfume, es la vía de comunicación entre la tierra y el cielo —remarcó especialmente esta última frase—. Es lo que une lo terrenal y lo divino, y por lo tanto, creo que en este caso, es lo que une nuestro mundo con el Valle de los Unicornios.

—Entonces —Adolf observó su aparato durante unos segundos—, debemos coger la entrada situada entre las puntas de hierro y estaño, la que queda a la izquierda de la estrella.

Paul asintió y cuando Adolf señaló el túnel, él mismo abrió la marcha.

—Espera —lo detuvo Yugo—. ¿Estás seguro de que es la puerta correcta?

Paul sonrió.

—Claro que no estoy seguro. Pero, ¿tenemos otra alternativa mejor?

Yugo permaneció en silencio y cuando Paul se adentró por el túnel todos lo siguieron. Anduvieron lentamente, con precaución y temor, hasta que otra nueva sala se abrió ante ellos.

## **El beso.**

—Bueno, parece que hemos elegido el túnel correcto —Blanca dio un pequeño salto de alegría.

—Eso parece —se tranquilizó Yugo—. Me pregunto qué habría pasado si hubiéramos cogido otra opción.

—Mejor será no descubrirlo —repuso el francés.

—No cantéis victoria todavía —anunció Adolf con voz cimbreada—. ¡Mirad eso!

El dedo índice del alemán apuntaba hacia una pared lisa y de gran altura, decorada tétricamente con un esqueleto que se mantenía en pie gracias a sendos grilletes alrededor de sus muñecas. Las cadenas, ancladas a la pared, sobre su cabeza, mantenían los brazos estirados que soportaban todo el peso del cuerpo. Al fijarse un poco más, descubrieron ciertas imperfecciones sobre el color amarillento de los huesos que resultaron ser jirones de carne negra, repleta de diminutos gusanos que la devoraban sin piedad. Se acercaron un poco más para apreciar los detalles de su cara. Las cuencas de los ojos habían sido desprovistas de sus inquilinos y toda calavera se mostraba lisa y limpia excepto la parte de la boca. Mostraba unos labios sonrosados, adheridos al hueso amarillento mediante tiras de carne putrefacta. Adolf sintió ganas de vomitar y se giró para borrar de su mente la tétrica imagen. Entonces, Nicky reparó en que sobre el esqueleto rezaba una inscripción. Acercó un poco más la luz para leerla. Descubrió el trazo de dos círculos secantes. Uno de ellos contenía la palabra *VOCALS*, el otro *CONSONANTS* y en la intersección de los dos ponía —1.

—Mirad —exclamó sorprendida, acercándose tanto para leerla que casi le estampó las tetas al esqueleto—. Hay una inscripción.

—Cuidado, Nicky, esa delantera podría resucitar a cualquiera. —Bromeó Paul entre risas.

—Ja, ja, pensaba que eras especialista en la Edad Media no en la época de los neandertales. Además, este ya no creo que se levante, y aunque lo hiciera, tiene las manos encadenadas —dijo ella.

—Sí, pero podría utilizar esos succulentos labios para hacerte un chupón. —Paul le rodeó la cintura con los brazos, mientras acercaba su boca al cuello de Nicky,

dispuesto a besarla. Ella reaccionó automáticamente propinándole un certero codazo en el estómago.

—Preferiría un chupón del esqueleto —repuso ella riendo, a la vez que los otros también lo hacían.

A Nicky le caía bien Paul. Era evidente que se sentía atraído por ella y eso le gustaba. Era un efecto que causaba en casi todos los hombres. Incluso Adolf la espiaba tímidamente de vez en cuando, pero Adolf sería incapaz de demostrar sus sentimientos tan abiertamente.

Estudiaron la inscripción para descifrar su significado. Adolf comenzó a ponerse nervioso. Se apoyaba ora en un pie, ora en el otro, mientras una idea se iba formando en su mente.

—Creo que ya sé lo que quiere decir —explotó, por fin—. Es la intersección del conjunto de las vocales y las consonantes.

—¿Y cuál es la intersección? —se interesó Blanca, sorprendida—. Una letra o es vocal o es consonante. No puede ser las dos cosas a la vez.

—Te equivocas —continuó Adolf—. Hay una letra que se usa unas veces como vocal y otras como consonante en casi todos los idiomas. Es la *y* griega.

—Es verdad —convino Nicky excitada—. ¿Y qué pasa con el -1 que hay en la intersección de los dos círculos?

—Yo diría que la solución al acertijo, si es que es un acertijo, no es la letra *Y* —aclaró Adolf—, sino la letra que va antes en el abecedario, que es la *X*. Si mis deducciones son ciertas una *X* marca el lugar —continuó excitado—, como en las historias de piratas.

—Es muy rebuscado. —Nicky se mantenía seria, meditando las palabras del alemán, mientras estudiaba el asqueroso cadáver. No podía apartar la mirada de aquellos labios podridos y solitarios que decoraban la calavera.

—Creo que ya sé lo que tengo que hacer —por primera vez sintió asco y apartó la vista del esqueleto.

—¿Lo que tienes que hacer? ¿Qué quieres decir? —Yugo se sintió aliviado.

—Sí, en inglés la *X* significa *beso*. Se usa en la despedida de los mensajes, poniendo *XXX* en vez de *KISSES*.

—¿Y qué quieres decir con eso? —se interesó Paul.

—¿No os parece extraño que la única parte del cadáver que se encuentra en buen estado sean sus labios? —Nicky frunció el ceño—. Creo que tengo que besar al esqueleto y eso hará algo.

—Vamos, Nicky, no digas tonterías —discutió Paul—. ¿Qué esperas, que se convierta en príncipe?

—No sé lo que ocurrirá, es solo un presentimiento, y creo que es la primera vez que tengo uno. Antes te hemos hecho caso a ti, entrando por el túnel que tú has decidido y allí nos jugábamos la vida. Ahora no nos jugamos nada. No pierdo nada intentándolo.

—Si es lo que quieres, adelante —concluyó el francés, observando con asco el cadáver—. Yo sería incapaz de besar algo tan repugnante.

—He besado a personas peores —repuso Nicky, mientras venía a su mente el recuerdo nauseabundo de Bill, aquel loco con aires de grandeza que consiguió mantener en vilo al servicio secreto y la policía de Londres. Se situó junto al esqueleto conteniendo la respiración y acercó lentamente sus labios a la carne fría y muerta. Se retiró rápidamente, notando un jirón de carne que se le había quedado adherido junto a la boca. Sus amigos la observaron con cara de asco mientras ella se restregaba con fuerza para limpiarse. Se enjuagó con un poco de agua y escupió a un lado.

—Bueno, creo que no lo has resucitado —bromeó Paul de nuevo.

—Tenía que intentarlo —Nicky se giró, quedando de espaldas al esqueleto.

—Ahora mismo no te daría un beso ni aunque me lo suplicaras. Quién sabe lo que... —Paul interrumpió su frase, abriendo los ojos como platos.

—¿Qué sucede?

Paul señaló por encima de su hombro. Nicky se giró, descubriendo al horrible esqueleto que había comenzado a moverse hacia atrás, incrustándose en la pared, fusionándose con ella hasta desaparecer. De repente, apareció de nuevo en relieve, como si estuviera esculpido en la dura roca, solo que aquella escultura se movía. Los brazos de piedra surgieron para doblarse sobre su pecho. Las dos manos se introdujeron en la caja torácica, por debajo del esternón, y tiraron de las costillas en sentidos opuestos. El esqueleto se partió en dos y una grieta apareció en el sólido muro. Las dos mitades simétricas fueron separándose poco a poco, dando lugar a un pasadizo que atravesaba la pared. Sobre la abertura, la cabeza de piedra del esqueleto lucía una horrible sonrisa en sus asquerosos labios abultados.

—¡Vamos! —Reaccionó Nicky—. ¡Es la salida!

Echó a correr y los otros la siguieron. El túnel tenía varios metros de largo y cuando iban por la mitad, de repente, comenzó a cerrarse.

—¡Daos prisa! —Gritó Nicky, atrapando a Adolf por la muñeca y tirando de él.

Yugo iba el último. Se golpeó varias veces los hombros y la cabeza contra la roca que cada vez le dejaba menos espacio para correr. Se agachó, haciendo un último esfuerzo por avanzar lo más rápido posible, mientras las paredes se cernían sobre ellos, amenazando con aplastarlos y emparedarlos para siempre. Solo quedaban un par de metros para la salida. Yugo saltó arrastrando con él a Blanca y atravesando el umbral justo en el momento en que el pasadizo quedaba cegado.

—¡Vaya, es... es magnífico! —exclamó Blanca, observando el paisaje mientras se esforzaba por quitarse a Yugo de encima.

—Desde luego —confirmó Adolf—. ¡Es realmente magnífico!

—No, no es magnífico —corrigió Paul sumido en un sueño, derrochando felicidad—. La palabra correcta es... MÁGICO.

## SEGUNDA PARTE

## CAPÍTULO V

### UN ESPEJO BIEN CUSTODIADO

La luz era tal cuando surgieron de la gruta que en un principio todo el paisaje se ocultó. Poco a poco se fueron dibujando las formas y los colores. Las altas montañas delimitaban el valle, que se extendía a lo largo, como un desfiladero sin salida alguna. La vegetación era suntuosa, prados y bosques se alternaban formando una paleta de colores verdes. Después un enorme lago brillaba como si en vez de reflejar la luz, emanara de él y a su lado un caudaloso río cortaba el valle de forma transversal, surgiendo del pie de unas montañas para morir en las de enfrente. Más allá una densa niebla emborronaba la vista.

Lo más asombroso no era el paisaje en sí. A pesar de que la luz del sol alcanzaba con dificultad aquel recodo entre montañas, el propio aire iluminaba el ambiente gracias a unas diminutas partículas doradas que flotaban por todas partes. Emitían una luz cálida y difusa que se esparcía creando un ambiente agradable y acogedor. Blanca creyó encontrarse dentro de una postal veraniega de un antiguo paisaje suizo sobre el que hubieran lanzado confeti dorado. Era un lugar fascinante. De pronto se sintió realmente privilegiada por haber aceptado la misión. En un principio solo fue una vía de escape, quería abandonar Barcelona y todos sus recuerdos. Y no le importaba morir. Su hermana siempre le decía que no se daba una oportunidad, que nadie era imprescindible, que había una vida esperándola. Pero ella ya había vivido la suya y su oportunidad se marchó con Jordi. Sin embargo, ahora, ante la visión de aquel maravilloso valle, notó renacer la esperanza. Respiró profundamente, reteniendo el aire a la vez que todo su cuerpo se liberaba. Lamentó que Jordi no la pudiera acompañar en aquel momento, y el recuerdo de su marido ya no le dolió.

Observó a sus compañeros que parecían tan fascinados como ella. Yugo no se movía de sitio, solo miraba y olfateaba. Paul no paraba de exclamar que aquello era lo más increíble que había visto nunca. A Adolf se le veía cohibido y fascinado al mismo tiempo. La única que mostraba indiferencia era Nicky.

Desvió la mirada de la inglesa para observar las montañas del fondo, mientras un viejo sentimiento se esforzaba por abrirse un hueco en su corazón. Hacía ya mucho tiempo que había dejado de creer en Dios. De pequeña había sido una verdadera devota, sin embargo, le sucedió lo que a muchos que la vida ha maltratado, arrebatando su fe. ¿Cómo podía haber alguien bueno que gobernara el mundo si sucedían tantas cosas horribles? Dudó, manteniendo la vista fija en aquel valle encantando, en aquellas montañas de dimensiones imposibles, en aquel colorido que transmitía vitalidad y energía. Si ese valle existía, Dios tenía que existir. Allí se percibía su esencia.

*Dos fuerzas*, les habían dicho. *Una del Bien y otra del Mal*. Qué más daba el nombre que les pusieran, ¿acaso no serían las mismas que llamaban Dios y Diablo?

¿Realmente era aquel valle una manifestación en La Tierra de aquellos dos entes cuya existencia se ha cuestionado la humanidad durante siglos? Desde luego, no se parecía a nada que ellos hubieran conocido. Y las pruebas que habían superado para llegar allí no eran simples trampas puestas por un pirata que no quería que encontrasen su tesoro, ni por un loco avaro que no quisiera compartir con nadie aquellas maravillas. No, las pruebas tenían un trasfondo mágico. La entrada que no se apreciaba tras la cascada; la pared de material desconocido; la gruta rebosante de estalactitas con el suelo pulido; el sello de Salomón, modelado con metales tan resplandecientes que parecían vivos; y el esqueleto que se fundió con la pared para descubrir la salida. Aquellas pruebas no habían sido planteadas por hombres. La mano mágica de algún ser superior se había encargado de diseñarlas para que tan solo los elegidos, como indicó Anselmo de Otak, encontraran el valle. Y desde luego, parecían hechas a su medida. Exactamente cinco pruebas, cada una de las cuales había resuelto uno de ellos. ¿Realmente eran los elegidos? ¿Realmente esa fuerza del Bien los había llamado para salvar a los unicornios y restablecer el equilibrio sobre La Tierra? Blanca quería creer que así era y esto hizo que su fe se reafirmara. Un cálido abrazo envolvió su corazón, transmitiéndole una seguridad reconfortante. Dios, la fuerza del Bien... daba lo mismo cómo lo llamaran. Ahora Blanca ya no dudaba de su existencia. Ya no lo odió por haberle arrebatado a Jordi, la rabia y la culpa acumulada se esfumaron. Ahora solo necesitaba cumplir la misión.

Habían surgido por la pared de un monte rocoso, en uno de los extremos del valle. El terreno no parecía muy seguro pues las piedras se desprendían fácilmente con solo rozarlas. Observaron un camino un tanto ruinoso que descendía hasta el pie del monte. Se trataba de un sendero pedregoso y empinado, asaltado por numerosos matojos de tallos fuertes y hojas pequeñas y oscuras.

—Tenemos cosas que hacer, ¿recordáis? —exclamó Nicky, intentando captar la atención de los demás—. No nos podemos quedar aquí parados.

Yugo recuperó el conocimiento y encabezó el descenso. Tras el primer resbalón advirtió a sus compañeros que tuvieran cuidado. Blanca intentó mantener el equilibrio tras él y pensó que podía haberse ahorrado las palabras. Un mechón de pelo negro se le escapó de la coleta, así que se detuvo un momento para devolverlo a su sitio. Nicky, Paul y Adolf pasaron a su lado, quedándose la última. Cuando inició de nuevo la marcha, los guijarros cedieron bajo sus pies y resbaló arrastrando a Adolf que cayó sobre ella. Sus compañeros se giraron en guardia, por si tenían que acudir en su auxilio.

—Vaya, Blanca, es la segunda vez que te descubrimos hoy con un hombre encima —bromeó Paul.

Yugo lanzó una mirada de resignación, mas no tuvo tiempo de decir nada. De pronto escucharon un ruido de rocas chocando entre sí y todos elevaron la vista. Blanca se maldijo por su torpeza al tiempo que una piedrecita le caía sobre la pierna. No tuvo tiempo de pensar en nada más porque entre Yugo y Paul los arrastraron

precipitadamente hacia un rincón protegido por un saliente de roca.

—Esto no lo habías pronosticado, ¿eh? —rió Paul. Blanca hubiera preferido que se guardara sus comentarios jocosos.

La avalancha de tierra y piedras golpeó salvajemente la plataforma que los protegía. El ruido era ensordecedor y el polvo creó una densa niebla que no les permitía ver nada. Comenzaron a toser, mientras las rocas continuaban cayendo y el techo de piedra aguantaba estoicamente la embestida, temblando y rugiendo como si hiciera un esfuerzo extremo. Por fin, cesó. En cuanto se disolvió la nube y recuperaron la vista, abandonaron su escondite para continuar la marcha con más precaución.

—Blanca, siento haber caído antes encima de ti —se disculpó Adolf, frotándose la espalda dolorida.

—No te preocupes, fue culpa mía —las mejillas de Blanca se habían vuelto de un rojo intenso—. A partir de ahora tendré más cuidado.

—Dame la mano —pidió el alemán—. Así, nos ayudaremos mutuamente. Yo tampoco me siento muy seguro en este terreno.

Blanca obedeció al instante. Le encantaba estar con Adolf, se sentían bien el uno con el otro y siempre estaban deseando que sucediera algo para echarse una mano. Durante el entrenamiento habían surgido entre ellos unos lazos de amistad y afecto que cada vez arraigaban con más fuerza. Sin embargo, ninguno de los dos se atrevía a demostrar abiertamente sus sentimientos, a ir más allá de una simple amistad.

Siguieron caminando lentamente y con cuidado, todos en fila excepto Blanca y Adolf que iban a la par. Conforme descendían el terreno era más firme y el peligro se desvanecía. Los matojos eran reemplazados por flores gigantes, de colores tan vivos como nunca los habían visto en la naturaleza. El sendero penetraba suavemente en el bosque de flores, como una lombriz escurridiza que serpenteara hacia el paraíso. Las flores eran casi tan altas como árboles y sus colores tan variados como absorbentes. Algunas disponían de pétalos rojos que se abrían sobre sus cabezas como fantásticas sombrillas en un maravilloso sueño; otras eran azules, con las hojas caídas, imitando a las palmeras; las había en forma de rosa, con sus pétalos de infinitos colores enredados unos sobre otros para dar lugar a un laberinto mágico. Repararon en algunas de formas singulares, como no las habían visto nunca. Crecían hacia el cielo con tallos en espiral, para terminar en un ensanchamiento que simulaba una gran trompeta. Había otras en las que no se diferenciaba el tallo de los pétalos, tan solo mostraban una gradación de colores que ascendía como si flotara en el aire. Resultaba casi imposible identificar algunos colores con exactitud. No podían distinguir si era rojo o rosa, verde o azul, marrón o negro, amarillo o naranja. O tal vez cambiaban, era difícil asegurarlo. Sospechaban que cada vez que desviaban la mirada en una dirección los colores que antes habían visto ya no eran los mismos. Y no solo la vista los deleitaba con maravillas. En el aire rezumaba un olor que les hizo perder la noción del tiempo y del espacio. Se quedaron hipnotizados, oliendo la fantástica

fragancia que inundaba sus fosas nasales y que, al igual que los colores, cambiaba continuamente. Gracias a esto no se saturaban nunca del olor, pasando de una sensación maravillosa a otra aún mejor. Estaban fascinados.

Blanca notó un tirón de su brazo y lentamente despertó del embrujo.

—¿Qué os pasa? —Nicky le apretaba el brazo.

—¿Es que no lo ves? —se indignó la española—. No hay palabras para describir tanta belleza. Las gradaciones de colores, las formas gigantescas y maravillosas de las flores, los olores capaces de embrujarte. ¿Es que no lo ves, Nicky?

—Claro que lo veo, ¿crees que estoy ciega? Pero no podemos perder el tiempo con tonterías. Tenemos una misión que cumplir y ahora mismo es lo único que importa. Después ya tendremos tiempo para volver aquí y dejarnos llevar por nuestros sentidos.

—Nicky tiene razón —repuso Yugo—. No podemos perder ni un solo segundo. A todos nos gustaría quedarnos aquí disfrutando de estas maravillas. Realmente es como una droga, nunca había sentido nada parecido. Pero, debemos ponernos en marcha. Aún no sabemos dónde nos encontramos ni a dónde debemos ir.

—¿Y cuál es el plan? —intervino Paul. Yugo meditó unos segundos mientras estudiaba el entorno. No sabían dónde se encontraban ni hacia dónde debían ir, así que daba igual decantarse por una dirección que otra. Sin embargo, si seguían por el sendero al menos podrían deleitarse con las maravillas del lugar. Materializó sus pensamientos en palabras y todos se mostraron de acuerdo.

Anduvieron durante más de tres horas a lo largo del camino y ninguno dio la más mínima muestra de cansancio o aburrimiento, permaneciendo en silencio, abstraídos en sus pensamientos y sus sensaciones. Por fin, el bosque encantado llegaba a su fin, dando paso a una vasta llanura que se extendía hasta las mismísimas faldas de las altas montañas que delimitaban el valle. Blanca alargó la mano y la cerró sobre una de las bolitas luminosas que flotaban en el aire, esperando percibir una sensación cálida. Se mostró defraudada al no sentir nada y cuando atrajo la mano hacia sí, el confeti dorado quedó exactamente donde estaba, como si fuera algo espiritual que atravesaba la materia y se movía tan solo a su libre albedrío. Intentó varias veces más atrapar una de aquellas bolitas, obteniendo siempre el mismo resultado. Adolf la imitó y rieron intentándolo juntos y descubriendo que era imposible.

El tiempo pasó rápidamente. Comenzaban a notar el cansancio tras la caminata que no parecía conducirlos a ningún sitio.

—A pesar de que llevamos tres horas andando sin parar, no nos hemos acercado ni un ápice a las montañas del fondo —observó Blanca.

—Tienes razón es como si no nos moviéramos —Adolf se paró en seco.

—Eso no tiene lógica —intervino Nicky que al girar la cabeza tropezó con Paul que también se había detenido.

—No podemos parar aquí y ahora —Yugo se mostraba serio y algo inquieto, quizás debido a la frustración de no entender lo que sucedía—. Continuemos un poco

más y busquemos un lugar adecuado para acampar.

El camino era llano, sin piedras. Incluso Adolf pudo seguir el ritmo que marcaban los otros.

—Esto es como una fotografía de un paisaje —Blanca no se detuvo mientras exponía sus reflexiones en voz alta—, nada se mueve. Todavía no he oído más que nuestras voces y nuestras pisadas. Ni siquiera sopla una brizna de aire.

Yugo paró y señaló a los demás para que dejaran las mochilas. Se situaron junto a un pequeño montículo del que fluía una tenue corriente de agua que atravesaba el camino. El montículo estaba constituido por roca de un color azul muy parecido al del agua que fluía de él. Daba la impresión de que la piedra se derritiera poco a poco para dar vida a aquel riachuelo. Encontraron unas cuantas rocas sueltas del mismo color azulado. Se acomodaron en ellas y se sorprendieron al descubrir que eran blandas, como si estuvieran acolchadas o como si más que rocas se tratase de cojines fabricados por la naturaleza. O mejor dicho, por el valle, ya que la naturaleza que regía allí dentro no era la misma que fuera.

Comenzaron a discutir sobre qué dirección tomar. ¿Cuándo verían a los unicornios? ¿Y a los nokens? ¿Hacia dónde debían ir para verlos? O quizás, ¿qué debían hacer?

—No entiendo nada —reconoció Yugo, con frustración—. ¿Por qué parece que los montes y los árboles se alejan de nosotros con cada paso que damos?

—Este paisaje es muy particular —apuntó Paul—. En la naturaleza hay pájaros que vuelan de una rama a otra y picotean en el suelo. Hay grillos que cantan sin cesar por todas partes. Hay viento, ruidos de todas clases. Aquí no hay nada de eso, parece una tumba gigantesca resguardada por las altas montañas.

Se dispusieron sentados en círculo con las armas preparadas para un momento de emergencia.

—Debemos tener siempre presente —meditó Paul— que este Valle es mágico. El tiempo y la vida aquí transcurren de una manera distinta.

—Sí, Paul, —Adolf intervino con voz vacilante— pero mi reloj no se ha parado aquí dentro y si no llegamos a tiempo los nokens matarán a los unicornios. Si no avanzamos, nunca podremos evitarlo.

—A lo mejor son ellos los que tienen que venir a nosotros —aventuró Blanca. Un tono cimbreado delataba un rastro de miedo en su voz. Hubo un momento de silencio.

—No me gusta. No quiero mantenerme a la espera, quiero actuar y moverme —Nicky liberó su preciosa cabellera pelirroja que había mantenido recogida en una cola. Otra vez se hizo el silencio. Yugo miró a Paul.

—Tienes razón, este es un valle mágico y tal vez su espíritu sepa mucho de nosotros, tal vez él crea que no estamos preparados para nuestra misión. Quizás piensa que debemos esperar o incluso marcharnos.

—Si realmente hay un espíritu de este valle, no creo que quiera que nos

marchemos —meditó Blanca—. Para eso, sencillamente no nos habría dejado entrar. Además, la entrada se cerró.

—Tenemos la máquina del tiempo —Adolf mostró una sonrisa de esperanza.

—¿Quieres volver? ¿El miedo ha anidado en ti? —Yugo le lanzó una fría mirada al alemán.

—No, no es eso. Es que me siento fuera de lugar, como si no perteneciera a este sitio. Pero no quiero volver, quiero cumplir nuestra misión.

—Seguramente lo que necesitamos es dormir y esperar. Quizás es solo adaptarnos al valle lo que nos hace falta —especuló Yugo.

La discusión continuó un buen rato sin llegar a ninguna conclusión. De pronto, una voz les interrumpió.

—Vosotros sois extranjeros —todos entendieron perfectamente las palabras gracias al traductor universal. Se giraron empuñando las armas y sobre la pequeña montaña azulada descubrieron una diminuta figura. Aunque su aspecto era humano su tamaño era demasiado reducido para serlo, pues medía poco más de un palmo. Nada más verlo, Blanca pensó en Adolf debido a las dimensiones desproporcionadas de su cabeza con respecto al cuerpo. Su piel de color rojo intenso, contrastaba y resaltaba sobre el suave azul de la roca. Lucía una abundante barba que tapaba parte de lo que parecía un tatuaje en el pecho. Bajando un poco más, llamaba la atención la ausencia de ombligo, así como que de cintura para abajo toda su piel se protegía bajo una suave manta de pelo cobrizo.

—¿Quién eres? —se sorprendió Yugo. Era el primer ser racional que encontraban en el valle, el primer ser con el que podían comunicarse, así que intentaría sacar de él toda la información posible.

El hombrecillo descendió la montaña con asombrosa destreza, se acercó a ellos y los examinó de cerca, como si pretendiera comprobar si eran reales. Entonces, Yugo pudo observar claramente que el tatuaje que llevaba en el pecho representaba un caballo... con un cuerno en la frente, un unicornio. Alimentó la esperanza de que aquel hombrecillo pudiera ponerlos en el buen camino.

—No os conozco —afirmó el enano—. No pertenecéis a ningún pueblo de por aquí cerca. De todas formas me serviréis de ayuda. Seguidme.

—¿Que te sigamos a dónde? —intervino Paul que ya había permanecido demasiado rato callado.

—A mi poblado. Necesitamos vuestra ayuda.

—¿Y por qué íbamos a prestároslo? —le retó el francés. El otro lo miró con descaro y meneó la cabeza, indicando lo estúpida que era la pregunta.

—Porque vosotros también necesitáis ayuda. Haremos un intercambio.

Todos buscaron los ojos de Yugo y este asintió, así que se pusieron en marcha.

Siguieron el camino durante un par de minutos y lo abandonaron para adentrarse en un prado escarlata, donde crecían plantas imposibles de identificar. Unas más altas y otras más bajas cubrían al enano casi por completo, y si no fuera por su

desproporcionada cabeza, no habrían podido seguirlo. Aquel prado era un camuflaje perfecto para este ser. Yugo se pasó todo el trayecto interrogándolo, intentando sin éxito obtener algo de información. Sin embargo, el diminuto guía contestaba siempre de la misma manera. Tendrían más explicaciones cuando llegaran a su poblado.

Al fin se detuvieron.

—Ya estamos —su boca bermellón sonreía alegremente, al ver la cara de asombro de los nuevos visitantes. Allí no había nada, al menos nada diferente al resto del prado en el que se habían zambullido. Esperaban ver casas, al menos árboles si es que estos seres vivían en ellos.

—¿A dónde hemos llegado? —repuso Yugo.

—A mi poblado —el enano se acercó a una de aquellas plantas de su mismo color y observaron asombrados que se reflejaba en ella. La planta era rugosa y su superficie totalmente mate, sin embargo, devolvía su imagen como si fuera un espejo. Aquella planta en concreto tenía forma de bocina y cuando el guía la golpeó con un certero puñetazo emitió un sonido tosco, como un eructo, que retumbó en todo el prado. De repente, se encontraron rodeados por un ejército de hombrecillos rojos, armados con afilados palillos de madera, que eran lanzas para su tamaño. Comenzaron a patalear y agitar las armas arriba y abajo, siguiendo una ensayada danza para intimidar a los nuevos visitantes. Y lo estaban consiguiendo. Blanca percibió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo, sintió temor por su vida, por las desconocidas intenciones de sus anfitriones, temor de que aquello hubiera sido una trampa y ellos se hubieran dejado conducir al matadero como corderos silenciosos. Al poco cesó el ritual intimidatorio. Uno de los hombrecillos avanzó hacia Yugo, lucía la barba más larga y más roja que ninguno, pues casi le llegaba a los pies. Se arrancó un pelo de los más largos y, después de enrollarlo con forma de pulsera en tan solo unos segundos, se lo colocó al japonés alrededor de la muñeca.

—Te dará suerte —aseguró el enano.

—Gracias —Yugo observó sonriente la improvisada pulsera. El hombrecillo lo estudiaba fijamente, sin decir nada, sin moverse. De hecho, nadie se movía y un silencio incómodo se apoderó del ambiente. Cruzaron las miradas, midiéndose, calibrando hasta qué punto podían fiarse el uno del otro. Ambos comenzaban a sentirse un poco incómodos y por fin Yugo reparó en que quizás esperaban algo. Rebuscó en su mochila y sacó lo primero que encontró. Una caja de píldoras de las que comían cada día. Se la ofreció al enano.

—Con esto podrá comer tu pueblo entero durante un mes, ya que calculo que de una sola píldora se podrían alimentar al menos diez de vosotros durante un día o uno solo durante diez días.

El enano se mostró agradecido y entregó la caja a otro que había a su lado. Este la miró con curiosidad, sacó una píldora y la mordió. De pronto, comenzó a poner mala cara, se apretó la barriga y soltó un gran eructo.

—No sabe a nada, pero alimenta —exclamó riendo, a la vez que el resto también

lo hacía. Incluso los cinco visitantes rieron el chiste del hombrecillo rojo, que se frotaba la barriga abultada mientras despedía otro nuevo rebuzno, que hizo bailar su barba de arriba abajo.

Toda la tensión desapareció. El guía que los llevó hasta allí se presentó como *UñasNegrasSobrePiesRojos* y el que le había dado la pulsera a Yugo, que parecía ser el jefe, como *GranSabiduríaRojaEnCuerpoPequeño*. Blanca supuso que estos nombres serían más cortos y fáciles en el idioma original, sin embargo, esta era la versión que les proporcionaba el traductor universal. Los invitaron a sentarse sobre algunas de aquellas plantas, que se podían modelar para adaptarlas perfectamente a su anatomía. Les ofrecieron para comer unos tubérculos que extraían allí mismo y que deleitaron sus paladares. Por último, los divertieron con una representación teatral con coreografía, en la que los enanos peleaban, bailaban y cantaban a la vez.

El tiempo pasó rápidamente, mientras entraban en sociedad en medio de aquel prado donde el único color existente era el rojo en todas las gamas posibles. Antes de que se dieran cuenta, el sol comenzó a ocultarse tras las montañas, dando paso a la oscuridad que se cernía rápidamente. Fue entonces cuando el jefe se dirigió a Yugo, indicándole que había llegado el momento de hablar de negocios. Yugo asintió y mientras los demás se divertían, se apartaron para conversar.

—*UñasNegrasSobrePiesRojos* os espió un buen rato antes de ponerse en contacto con vosotros. Según me ha dicho, cree que buscáis a los unicornios.

—Así es —afirmó Yugo—. Hemos venido para salvar a los unicornios de morir a manos de los nokens.

—Esas son buenas intenciones y yo sé que es verdad lo que dices —el viejo pelirrojo se frotó la barba y miró con sus ojos, dos pequeñas cerezas, a los rasgados de Yugo, escrutándolos en busca de información—. Últimamente los nokens han realizado muchos destrozos. No sé qué ha cambiado o cómo lo están consiguiendo, pero ya han matado bastantes unicornios.

—¿Dónde están los unicornios? —Yugo se impacientaba, quería saber si podría obtener alguna información útil.

—Están por todas partes. Ellos son la esencia de la vida, tanto del valle como del exterior. Tienen que cuidar de la Naturaleza para que siga su curso sin destruirse a sí misma.

—Entonces, ¿no hay un sitio concreto donde pueda localizarlos?

—Sí, lo hay —el enano miró alrededor antes de continuar, inquieto por si alguien escuchaba—. En el Bosque de los Unicornios.

—¿Y dónde está ese bosque? —Por fin parecía que descubrían su destino.

—No muy lejos de aquí —la cara del enano adquirió un toque enigmático, como si mirara al infinito y se esforzara para concentrarse en un pensamiento—, pero no podréis entrar.

—¿Por qué no? —la pregunta fue brusca, evidenciando su frustración. Ahora que sabía dónde encontrar a los unicornios le decía que no podrían llegar hasta ellos.

¡*Maldita sea!*, estuvo a punto de añadir, aunque consiguió controlarse.

—Ese bosque está protegido. Allí es donde se refugian los unicornios, donde celebran sus reuniones y donde su jefe, el del cuerno de oro, reparte el trabajo a los demás. Ningún ser maligno o neutral puede entrar en ese bosque, tan solo los seres que pertenecen al Bien.

Por segunda vez un ¡*Maldita sea!* Le asomó a la punta de la lengua. Haciendo uso de su férreo autocontrol consiguió tragárselo.

—¿Y no hay manera de contactar con los unicornios?

—Quizás la haya —el enano mantenía su tono enigmático.

—¿Cuál?

—Os hicimos venir aquí para un intercambio, ¿recuerdas? Nosotros os ayudábamos si vosotros nos ayudabais.

Yugo asintió y le pidió que le explicara qué querían de ellos.

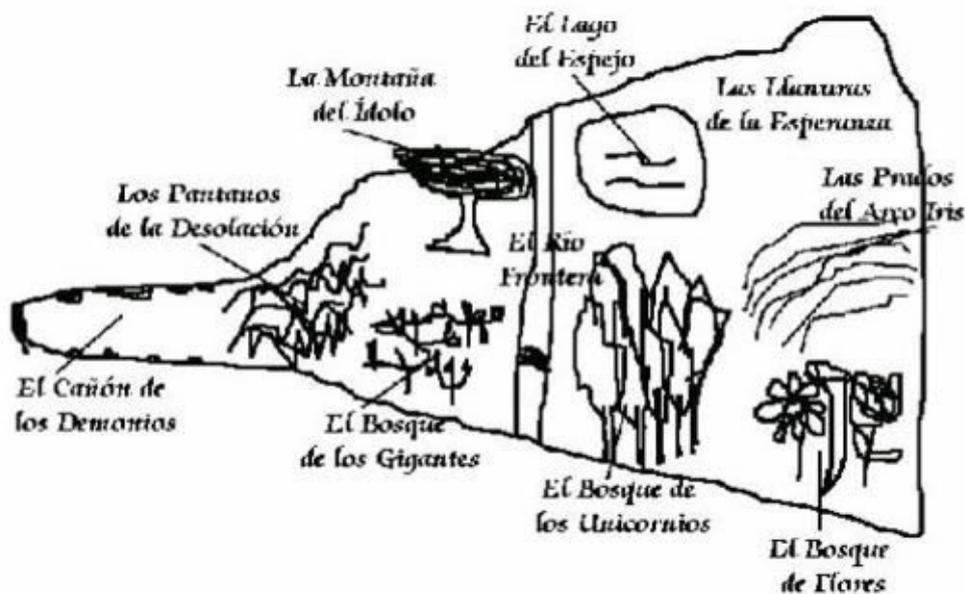
—Toda nuestra existencia, nuestra forma de vida, se sostiene sobre una cosa, el Agua del Espejo. Todos los años hacemos una expedición al Lago del Espejo y traemos unos veinte litros de su agua. Este año hemos enviado ya dos expediciones y ninguna ha regresado. Eso nos pone en serio peligro. Han sido los nokens. Saben que muchos seres de este lado del valle usamos el Agua del Espejo para protegernos y camuflarnos de ellos. Por eso han traído un monstruo para que custodie el lago, para que nadie se pueda acercar al agua. No creo que os encontréis a los nokens en vuestro camino. Sus incursiones en este lado del valle son cortas, aquí no pueden vivir mucho tiempo. Pero ese monstruo es distinto. No se debilita por más tiempo que pase aquí, ni por estar cerca del Lago del Espejo. Con él sí que os tendréis que enfrentar si queréis conseguir el agua.

—¿Por qué es tan importante para vosotros ese agua?

—El Lago del Espejo es una creación del Bien —explicó el enano—. Ningún ser maligno puede tocar su agua sin sufrir serias consecuencias. Nosotros vivimos dentro de estas plantas y necesitamos el Agua del Espejo para suministrarles una pequeña dosis diaria. Así, las plantas y nosotros quedamos protegidos contra los seres del Mal, que no pueden acercarse. Además, el agua proporciona un camuflaje perfecto, convierte la superficie de las plantas en reflectante, de forma que se confunden más con su entorno y pasan inadvertidas para los seres malignos.

—Entiendo —Yugo había comprendido el intercambio. Ellos traían el Agua del Espejo y los enanos les ayudarían a ponerse en contacto con los unicornios.

Aún tenían tiempo. Estaban a treinta y uno de Julio y, según el sabio, el unicornio del cuerno de oro moriría el quince de Agosto. Yugo aceptó la misión y el hombrecillo procedió a dibujar un plano del valle, indicando dónde se situaba el Lago del Espejo. Aunque no podía entender los símbolos que indicaban el nombre de cada zona, el enano los leyó en voz alta, señalando dónde se situaba cada uno.



Yugo fotografió el plano y escribió manualmente los nombres.

Esa noche la pasaron en el prado, acompañados por sus nuevos amigos, que los ayudaron a moldear unas cuantas de aquellas plantas para dar lugar a cinco confortables camas. Sobre ellas extendieron sus sacos de dormir. Se trataba de una bolsa aislante, que se cerraba por completo mediante una superficie adhesiva, en la que solo entraba el aire necesario para respirar. El material se componía de varios filtros selectivos que eliminaban suciedad y humedad excesiva, dejando paso solamente al aire puro. Y lo mejor de todo, su tamaño era extremadamente reducido y su peso prácticamente nulo. Se acostaron sin cerrarlos por completo, pues el aire era sano y agradable y el protector térmico que lucían en la muñeca evitaría el frío si fuera necesario.

Yugo se retiró unos metros y se sentó con los pies cruzados y la espalda muy recta. Todas las noches seguía su ritual, sumiéndose en una profunda meditación que le permitía relajarse y aclarar las ideas. Al principio, el recuerdo de su mujer y su hijo recién nacido ocuparon su mente. ¿Cómo sería? ¿Andaría ya? ¿Habría dicho su primera palabra? Cómo ansiaba oírlo llamarle papá, enseñarle las costumbres japonesas e instruirlo en el arte de la lucha. Sería el siguiente capitán de la guardia cuando Yugo ya no pudiera ocupar el puesto. Se concentró en dejar su mente en blanco. Al principio le costó un poco, pues echaba de menos a su familia, pero enseguida retomó el control de sus pensamientos. Una luz blanca, cegadora, fue lo único que ocupó su mente y todo quedó en blanco. Al cabo de media hora recobró el conocimiento y se acurrucó en su saco, dispuesto a dejarse llevar por evocadores sueños protagonizados por su familia.

**1 de Agosto.**

Los rayos de sol comenzaron a perfilar el horizonte, lanzando sombras alargadas que se iban reduciendo lentamente. Los enanos les prepararon una papilla espesa, de color rojo, por supuesto, elaborada a base de algunas plantas autóctonas. Les pareció realmente deliciosa. Después de probar aquellos alimentos, Blanca empezó a pensar en los placeres que se habían perdido durante toda su vida al alimentarse a base de píldoras. En su época no tenían otro remedio, pero quizás ellos pudieran cambiar eso.

Se despidieron de los enanos, asegurándoles volver pronto con el agua. El viaje fue bastante agradable. Los paisajes eran suaves, relajantes y siempre impresionantes. El solo hecho de respirar aquel aire puro y de ver tantas maravillas hacía que cualquiera se olvidase del cansancio, de las preocupaciones y los problemas y se viera embargado por pensamientos positivos. No tardaron mucho en llegar al lago. Lo reconocieron inmediatamente, pues el agua era tan clara y limpia que casi parecía que no existiera. Se acercaron a la orilla y comenzaron a llenar sus cantimploras con el líquido mágico. Blanca se sintió bien al acercarse al lago, como si una fuerza benigna emanase de él dándole la bienvenida. Le recordó las sensaciones, las emociones que la envolvían cuando Jordi la acogía entre sus brazos y le acariciaba el pelo, mientras hablaban tranquilamente de cómo les había ido el día. Desde que habían entrado en el valle el recuerdo de su marido ya no era melancólico sino alegre. Se sentía bien, segura de sí misma, de sus compañeros, en especial de Adolf, y de que acabarían la misión con éxito. Y eso la hacía feliz.

Una vez llenos todos los depósitos los guardaron en las mochilas. Una luz brillaba en el centro del lago. Blanca se quedó mirándola como hipnotizada. Entonces la luz comenzó a definirse bajo un contorno, a tomar una forma precisa, que se parecía cada vez más a su marido. Se acercó al lago y se introdujo en él. Caminó tranquilamente, sin reparar en que lo hacía sobre el agua, sin hundirse. Entonces, oyó un rugido feroz a su espalda. Continuó andando con la vista fija en la forma del lago. Era Jordi, ya no le cabía ninguna duda. Aunque caminó más deprisa, seguía acercándose lentamente. Otro rugido, un grito, disparos, explosiones. No dio importancia a las sensaciones que recibía a través de sus oídos, tan solo a lo percibido por su vista, aquella forma. Por fin la alcanzó en el centro del lago. Observó su pelo castaño echado hacia atrás y su frente despejada y lisa, demasiado despejada como para asegurar que no iría a más. Sus cejas negras, tan espesas que casi se unían formando una sola. Examinó sus ojos verdes, su boca de labios carnosos y apetecibles. Cómo los echaba de menos. Alargó la mano y acarició sus mejillas. El tacto le resultó tan familiar que creyó que no había pasado ni un día desde la última vez que se vieron. A su espalda continuaban los gritos y los rugidos. Él le cogió la mano, se la llevó a la boca y la besó con cariño. Los ojos de Jordi hablaron, lanzaron palabras y deseos de amor, le explicaron que lo que había sucedido aquel día en el parque no era culpa suya. Blanca lo comprendió y se sintió bien. Jordi la abrazó y en ese momento se desvaneció en el reflejo del lago. Entonces, por primera vez, Blanca tomó conciencia de lo que sucedía a su espalda, los disparos, los rugidos furiosos, las voces de sus compañeros asustados... Se giró

rápidamente y en ese momento se despertó.

Blanca les relató el sueño a sus amigos, incluyendo el encuentro con su marido aunque omitiendo los detalles relativos a sus sentimientos. Quizás los compartiera más tarde con Adolf, en privado. Comprendieron que la parte de los rugidos se correspondía con el monstruo del que les había hablado el enano, aunque la poca información que aportaba no les servía de mucho. Al igual que en el sueño, desayunaron con los enanos y en seguida se despidieron de ellos para iniciar la partida. Anduvieron un par de horas a través de prados en los que siempre predominaba un color en concreto sobre todos los demás. Los vieron naranjas, amarillos, verdes y violetas, todos ellos habitados por plantas tan extrañas como agradables de ver. Por fin surgieron a una llanura en la que las plantas casi no existían. El terreno ahora se mostraba despejado y tan plano que parecía hecho a conciencia. Siguieron la dirección que les indicaba el mapa, percibiendo en su interior una agradable sensación de satisfacción. Blanca se sintió bien consigo misma, se sintió bien por haber aceptado la misión, por haber sido elegida para salvar el mundo y por ser capaz de ello. En este momento se sentía capaz de cualquier cosa. El paseo duró otro par de horas, durante las cuales no necesitaron parar a descansar. Por fin, la perfecta llanura terminaba en una pequeña pendiente.

Entonces, Blanca lo vio por primera vez. No se parecía mucho al que había imaginado en su sueño. El agua no parecía agua sino el cristal de un espejo, en el que se formaban ondas con las suaves caricias del viento. El paisaje se reflejaba en el lago y parecía formar parte de él. El lago estaba dentro del paisaje y a su vez el paisaje estaba dentro del lago. La magia radiaba de aquellas aguas como dulces reflejos que envolvían su entorno y lo protegían con esmerada preocupación. De nuevo Blanca se sintió maravillosamente bien. Cada uno de aquellos reflejos le transmitía un mar de sensaciones placenteras.

Yugo no tardó en reaccionar. Si había un monstruo custodiando el lago, estaban en peligro, así que mejor sería que se pusieran en guardia. Blanca había soñado con él, así que sin ninguna duda se produciría un enfrentamiento. Se adelantó con Nicky para estudiar la situación. Empuñaron las armas, preparados para atacar o ser atacados. Yugo ordenó a los otros que se protegieran tras unas rocas y les cubrieran las espaldas.

Blanca parecía sumida en sus pensamientos y no reaccionó a las órdenes de Yugo. Paseó la vista por la superficie del lago, alimentándose de los reflejos que emanaban de él, algunos reales y otros no, pero todos le transmitían buenas sensaciones. Todos menos uno, uno que comenzaba a moverse y que, al contrario que los otros, la ponía nerviosa. De pronto, el miedo empezó a tejer una telaraña alrededor de su cerebro, a atrapar todas aquellas sensaciones de bienestar, para hacerse con el control de su mente. Blanca empezó a temblar, sin comprender muy bien por qué, se sintió

aterrorizada. Apartó la vista del lago e intentó buscar de dónde procedía, mas no vio nada. Entonces se oyó un rugido, igual que en su sueño. Blanca buscó al monstruo con ansiedad.

Nada.

El suelo tembló bajo sus pies, como un pequeño terremoto y entonces supo que, aunque no pudieran verlo, allí había algo y se dirigía hacia ellos. Yugo se situaba delante de ella, junto a Nicky. Al principio, a Blanca le costó entender lo que sucedía. Nicky se despegó del suelo y chocó contra Yugo en un violento golpe. Cayeron a unos diez metros de distancia, inmóviles, amontonados el uno sobre el otro. Entonces reaccionaron a la vez Adolf y Paul. El primero atrapó a Blanca por el brazo y la arrastró detrás de las rocas. El segundo comenzó a disparar al aire con su pistola láser, probando suerte, buscando su blanco a tientas. La tierra vibró de nuevo y Paul recibió un golpe terrible en la espalda que le hizo perder la pistola y el conocimiento.

## **22 de Abril de 1062. Guarida de los nokens. Valle de los Unicornios.**

La voz surgía a trompicones, rasgando el aire con roncós gemidos que retumbaban a través de la enmarañada red de cavernas. Las palabras se apreciaban con dificultad, ocultas tras aquellos gemidos infernales.

—Tenemos a tus dos hijos —resollaba el jefe de los nokens. Se encontraba en una gruta de grandes dimensiones, suficiente para que más de cincuenta nokens asistieran al acto. La luz de cuatro pequeñas antorchas, decoradas con restos de vísceras de animales, permitía apreciar las formas pero no los detalles de las bestias que habitaban la penumbra. Continuos gritos y gruñidos retumbaban de un lado a otro—. Lo sabes, ¿verdad?

El gigante asintió con la cabeza, pensando a la velocidad del rayo, intentando buscar una solución para escapar de allí. Se encontraba rodeado por una horda de monstruos mientras sus dos pequeñas crías permanecían encerradas en algún recóndito agujero de aquel laberinto. No tenía ninguna oportunidad. Solo obedecer a aquel ser deforme, sin escrúpulos.

—¿Qué debo hacer? —el eco de sus palabras retumbó por los pasillos.

—Queremos que custodies el Lago del Espejo —explicó el jefe de los monstruos. Aunque la voz volvía a sonar como un gruñido, parecía distinta a la de antes.

—¿Para qué? —se sorprendió el gigante, sin entender lo que pretendían.

—Debes instalarte allí y no permitir que nadie se acerque a ese lago. Esa será tu única misión. Repito, nadie debe acercarse al lago y conseguir agua. Nadie.

—¿Y qué pasará con mis hijos? —Su tono mostraba miedo y furia al mismo tiempo.

—Nosotros los cuidaremos hasta que te instales en el lago. Entonces los dejaremos en libertad para que vuelvan con su madre. No te preocupes por ellos,

nosotros nos encargaremos de que estén bien. Les pondré un par de guardianes para que los protejan mientras tú cumples con tu misión.

—Está bien —aceptó a regañadientes—. Ahora mismo emprenderé mi viaje y me instalaré en el Lago del Espejo. Nadie se acercará a sus aguas mientras yo siga vivo.

El jefe de los monstruos hizo un gesto con una mano y un par de nokens acompañaron al gigante, que tuvo que arrastrarse por algunos pasadizos hasta la salida de las cuevas.

Uno de los nokens se acercó y emitió un gruñido. El jefe se puso en pie, abandonando un trono fabricado con huesos y calaveras, para dirigirse hacia una de las grutas. Se detuvo un momento en la puerta.

—Acabad con las crías de ese gigante y vigilad que cumpla su misión. —El timbre de su voz cambió de repente, aunque manteniendo el mismo tono ronco y enfermizo—. Si no lo hiciera acabad también con él y pondremos a otro en su lugar.

Continuó caminando lentamente, envuelto en un ruido viscoso y repugnante que producían sus pies al arrastrarse.

## **1 de Agosto de 1062. Lago del Espejo. Valle de los Unicornios.**

Aunque había recibido el impacto indirectamente, Yugo se golpeó la cabeza al caer y perdió el sentido. Por el contrario, Nicky no tardó en levantarse empuñando su Z60, ya que se le había caído su arma de balas explosivas. Aún no sabía a qué se enfrentaban, pero si aquel ser era animal, si tenía cuerpo, si era de carne y hueso, la Z60 sería una buena opción para atacarlo. Examinó el suelo en busca de huellas. Nada. Aquel terreno era demasiado liso y duro como para evidenciar el rastro de su enemigo.

Adolf extrajo uno de sus aparatos, mientras Blanca esperaba ansiosa a su lado, empuñando su Mágnum. El alemán buscaba a su enemigo por infrarrojos. No le costó mucho. En la pantalla apareció una gran mancha púrpura, justo detrás de ellos. En ese momento la roca que los protegía se elevó en el aire. Saltaron a un lado rápidamente, a la vez que la roca caía con brusquedad, a punto de aplastarlos. Habían escapado por unos centímetros. Adolf se quedó en el suelo, aterrorizado, incapaz de moverse. Blanca se puso en pie de un salto, apuntó al frente y disparó al vacío. El espeluznante rugido que siguió, hizo que se estremecieran. De repente, apareció frente a ella un ser de aspecto semihumano, el doble de alto que cualquiera de ellos. Su cabeza parecía aplastada en diferentes puntos, como si le hubieran propinado una rotunda paliza hasta conferirle una forma irregular; un ojo más alto que otro, la nariz torcida y la boca fruncida en una grotesca mueca, de la que surgían dos afilados colmillos amenazando al cielo. Su cuerpo se cubría bajo pieles marrones y parecía muy pesado, moldeado por gruesos músculos y toneladas de grasa. En puesto de manos, lucía dos garras, con uñas afiladas como cuchillas, muy parecidas a sus pies. El ogro, o lo que

fuese, blandía un tronco de árbol en una de las manos y lo alzaba dispuesto a aplastar a Blanca, que se había quedado de piedra ante la imagen. A cámara lenta observó cómo elevaba el árbol sobre su cabeza, tensaba los músculos para descargarlo sobre ella y aplastarla sin compasión. En ese momento rugió un nuevo disparo. La sangre comenzó a brotar del brazo del ogro, que había quedado atravesado por un agujero de varios centímetros. Otros dos disparos retumbaron y Blanca respiró aliviada y sorprendida al ver cómo aquel brazo se partía por la mitad y el tronco de árbol caía sobre la cabeza de la bestia. Se giró gritando y babeando, lanzando tremendos ruidos que hicieron temblar el paisaje. Cogió una piedra con su brazo sano y la lanzó como una bomba hacia Nicky. La inglesa saltó a un lado justo en el último instante.

Blanca reaccionó por fin. Sujetó su pistola con ambas manos, apuntó a la cabeza de aquel ser deforme y apretó el gatillo una y otra vez. Las balas atravesaron su cráneo, pero el monstruo no cayó. Se volvió hacia la española aún más enfurecido, gritando y sangrando abundantemente. Utilizó la fuerza del giro para lanzar un certero golpe con el reverso de la garra y Blanca se desplomó en el suelo perdiendo su arma. El monstruo se encaminó hacia ella con grandes zancadas y elevó un pie para descargarlo con furia y aplastarla. Blanca no se movió, clavó la vista en aquel pie sucio y grotesco mientras que, de modo instintivo, comenzaba a rezar.

Iba a morir aplastada.

Entonces apreció un brillo escarlata, que para ella fue como un rayo de esperanza. Una serpiente rojiza, muy brillante, se enroscó en el cuello del ogro. El pie de este se detuvo en el aire y su cabeza se desplomó en el suelo, rodando varios metros hasta la orilla del lago. A continuación cayó también su cuerpo, sin derramar una sola gota de sangre por su cuello seccionado. Blanca notaba su corazón desbocado, los fuertes latidos que le retumbaban en la cabeza y palpitaban en la sien. Respiró profundamente e intentó tranquilizarse y recobrar la compostura. Observó a Paul que aún describía siluetas en el aire con su látigo de Alientech al rojo vivo. Dio gracias a Dios porque aquel látigo fuera tan afilado y Paul lo manejara con tanta destreza.

El francés lo recogió y se encaminó rápidamente hacia Blanca. La ayudó a levantarse y la abrazó con cariño.

—¿Te encuentras bien? —preguntó algo inquieto.

—Sí, no te preocupes —afirmó ella sin mucha convicción y de repente se echó a llorar. Paul la cobijó entre sus brazos y dejó que se desahogara durante un rato.

Adolf se levantó de donde había permanecido acurrucado. Se sintió mal, como un cobarde, por no haber hecho nada para ayudar a Blanca. Observó a Paul estrechándola entre sus brazos como un héroe y los celos le quemaron el estómago. Era a él al que tenía que abrazar de aquella manera, él era quien realmente se preocupaba por ella, quien realmente la quería. No Paul. No. Paul era incapaz de amar a alguien de verdad, se encontraba demasiado ocupado alabándose a sí mismo. Era el típico ligón, listillo, machista y aprovechado. Adolf bajó la cabeza y se acercó a Nicky y a Yugo. La inglesa se encontraba bien, tan solo tenía algunos rasguños.

Yugo lucía un profundo corte en la cabeza, mas Nicky ya le había aplicado una crema cicatrizante y la herida se había cerrado casi por completo.

El japonés recobró la conciencia preguntando qué había sucedido. Nicky se lo explicó mientras Adolf le ayudaba a acercarlo al lago para lavarle la cara. A simple vista parecía mercurio más que agua, así que el alemán la analizó para saber si era potable. La respuesta fue positiva, H<sub>2</sub>O con unas cuantas sales minerales. Pronto se acercaron Paul y Blanca. Adolf se apartó a un lado y Blanca se dirigió inmediatamente hacia él para ver cómo se encontraba.

—Estoy bien —respondió con brusquedad, aún dolido por los celos. Blanca lo abrazó cariñosamente y Adolf se dejó abrazar, aunque sin responder con pasión, como ella habría esperado.

Entonces apareció la figura de una mujer sobre la superficie del lago. Lucía un traje que parecía hecho de agua, como si fuera un espejo blando que se amoldaba perfectamente a las elegantes curvas de su cuerpo. ¡Y menudas curvas! Paul, Adolf, Yugo, Blanca y Nicky, por este orden de intensidad, quedaron fascinados con la visión. Los tres hombres notaron crecer en su interior un deseo incontrolable de lanzarse al lago y poseerla de forma salvaje. Las dos mujeres se identificaron con ella y por unos instantes, imaginaron ser la más guapa, provocativa, atractiva e irresistible del mundo.

Aquella belleza parecía volar sobre el lago. Arrastraba los dedos de los pies sobre la superficie, generando una ola en forma de V que se abría a su paso, mientras se dirigía hacia ellos. Se detuvo a unos metros de la orilla y los deleitó con una voz dulce y embriagadora.

—Soy Reflectita, la ninfa del lago. Quería daros las gracias por habernos librado de ese ser que impedía coger agua a los que la necesitan. Mi misión es guardar y proteger este lago, sin embargo, no podía hacer nada contra él. Mi belleza es mi única arma y él no podía verme.

Yugo se hallaba fascinado y en su turbación se le ocurrió preguntar de dónde había salido aquel ogro. Sin embargo, ella le dio la respuesta antes de que pudiera abrir la boca.

—Era un gigante ciego. Estos seres viven al otro lado del Río Frontera, en el Bosque de los Gigantes. —La mente de Paul se ocupaba en un único pensamiento, cómo sería aquella ninfa sin ropa. Intentó prestar un poco de atención a lo que decía y se preguntó si en aquel bosque solo vivían gigantes. Sin saber cómo vio su pregunta resuelta—. En este bosque hay seres de todo tipo, mas los gigantes son sus habitantes más característicos.

»Son seres neutros. Son ciegos y sus sentidos más desarrollados son el olfato y el oído. A cambio de su ceguera fueron dotados con el don de la invisibilidad. Ellos no pueden ver y a ellos no se les puede ver. Excepto cuando se enfadan tanto que pierden el control sobre sí mismos y sobre ese poder. Es una larga historia la de estos gigantes.

Nicky pensó en preguntar que si eran neutros por qué se había aliado aquel gigante con los nokens y de nuevo encontró respuesta antes de buscarla.

—Los nokens utilizan artimañas para que algunos seres neutros los ayuden en su afán de destrucción. Sobre todo desde que los encabeza un nuevo jefe —Paul se preguntó de dónde habría salido ese nuevo jefe que conseguiría llevar a los nokens a la victoria (si no fuera por ellos, claro) y la ninfa continuó—, al que, que yo sepa, nadie ha visto nunca ni sabe de dónde ha salido.

»Sé que estáis en una misión divina, salvar a los unicornios. Debéis sentir os orgullosos por ello. Confío en que tendréis éxito igual que lo habéis tenido ahora con el gigante, aunque os advierto que no resultará tan sencillo.

»Ahora coged agua del lago y llevádsela a los enanos. Estoy segura de que sabrán agradecer oslo.

La ninfa se desvaneció en el aire, convirtiéndose en finas gotas que se desplomaron sobre la superficie del agua. Permanecieron durante un buen rato con la boca abierta, aún absortos en el recuerdo de su extraordinaria belleza.

Cuando consiguieron reaccionar bebieron todos aquel agua que ni sabía, ni olía pero tampoco era transparente. Y se sintieron fantásticamente bien. Llenaron sus depósitos y emprendieron el camino de vuelta.

Adolf olvidó inmediatamente su malestar hacia Blanca y se acercó a cogerla de la mano, haciendo de esta manera todo el viaje de regreso. Paul se mostraba extrañamente caballeroso, se acercaba a Nicky para recitarle algún comenario agradable y se ofrecía continuamente para ayudarla a llevar la mochila. Nicky recibía los piropos con una sonrisa y se negaba cortésmente a lo segundo, alegando que eran un grupo compenetrado en el que tenían que compartir el trabajo. Y en aquel momento se sentían más compenetrados de lo que nunca habían estado o llegarían a estar.

## CAPÍTULO VI

### ORO SOBRE NEGRO

Alcanzaron el poblado de los enanos muy avanzada la tarde, cuando los últimos rayos de sol perfilaban los picos escarpados de las montañas más altas. Los recibieron con gran alegría e iniciaron los preparativos de una gran fiesta. Durante esta, Yugo entregó el agua del espejo a *GranSabiduríaRojaEnCuerpoPequeño*.

—Os agradecemos mucho lo que habéis hecho por nosotros —el jefe se inclinó sobre sí mismo, en una pequeña reverencia—. Es maravilloso que hayáis conseguido el agua. Y lo mejor de todo es que nos habéis librado de ese monstruo. Gracias.

»Ahora nos toca a nosotros cumplir nuestra parte del trato. El Bosque de los Unicornios está protegido mágicamente, de forma que ningún ser neutral o maligno puede entrar. Cuando lo intentan, el bosque simplemente se aleja como por arte de magia, dando la sensación de que no avanzan cuando se dirigen a él.

Yugo comprendió entonces lo que había sucedido cuando llegaron al valle y parecía que andaban durante horas sin avanzar nada. Se habían dirigido hacia el Bosque de los Unicornios sin saberlo.

—Entonces —interrumpió al enano—, ¿cómo podemos entrar?

—Hay una forma. Vosotros sois seres neutros y como tales podéis tomar el Agua del Espejo. De hecho creo que ya la habéis tomado, ¿verdad? —Yugo asintió y el enano continuó—. ¿No percibisteis ningún cambio después de beberla?

El japonés dudó unos segundos para finalmente negar con la cabeza.

—No es raro que no fueseis conscientes de su efecto. Si la ingiere un ser maligno el resultado es la muerte inmediata. Para los seres del Bien no hace nada, salvo calmar su sed. Sin embargo, si la toma un ser neutro elimina completamente la influencia del Mal durante unas horas.

—Así que si tomamos el Agua del Espejo, podremos entrar en el bosque y contactar con los unicornios.

El enano asintió y Yugo comprendió que si les habían obligado a traer el agua era porque la necesitaban para entrar en el bosque, no porque quisieran hacer un intercambio ni nada parecido. Les habían puesto a prueba, y una vez superada, aquellos seres harían lo que estuviese en sus manos para ayudarlos destruir a los nokens y salvar a los unicornios.

Después de la fiesta, les prepararon de nuevo unas camas acolchadas en las que se acomodaron, nerviosos por el encuentro que les esperaba al día siguiente.

Adolf y Blanca se acostaron uno junto al otro, lo suficientemente cerca como para que nadie les oyese. Hablaron de lo que había sucedido durante el día y del miedo que habían pasado. Blanca le contó a Adolf su sueño, haciendo ahora especial hincapié en el encuentro con su marido.

—Me siento liberada, es como si me hubiera despojado de una pesada carga —

confesó la española.

—Me alegro de que te sientas mejor —apretó su mano intentando transmitirle confianza.

—Estoy abierta a lo que pueda suceder.

Adolf se ruborizó un poco. Notó cómo una cálida sensación anidaba en su pecho, donde permaneció durante toda la noche.

—Nunca me había atrevido a preguntártelo y si no quieres no tienes que contestar.

—¿El qué?

—¿Qué... qué le pasó a Jordi? —tartamudeó inseguro. Blanca se tumbó boca arriba, pensativa.

—No te preocupes —se disculpó él—. No debería haberlo preguntado.

Blanca se acercó a él.

—No, no es eso. Solo intentaba ordenar mis recuerdos. Ocurrió un domingo, el veintidós de enero del dos mil doscientos noventa y cuatro. Nunca olvidaré esa fecha. Fue una venganza, ¿sabes? —La voz de Blanca cimbreada un poco, aunque parecía más o menos tranquila. Adolf asintió a su pregunta esperando que se explicara—. Una maldita venganza. Y yo ni siquiera tuve nada que ver. Mi compañero había encerrado a un mafioso en la cárcel hacía unos cuatro años. Se llamaba Serafín Guerra. Era el cabecilla de una red dedicada al rapto de vagabundos y personas sin familia, para venderlos a empresas de experimentación genética. Algo horrible. El caso es que Fran, mi compañero, consiguió pruebas contra este tipo y lo mandó a la cárcel. El tal Serafín se metió en líos, o algo debió suceder, ya que un día apareció en su celda decapitado. ¿Y qué pasó? —Aunque era una pregunta retórica Blanca miró a Adolf, que negaba con la cabeza—. Pues, que el mafioso tenía un hermano mayor aún peor que él. Entró en la casa de mi compañero con unos matones y lo frieron a tiros. A él, a su mujer y sus dos hijos.

»Al día siguiente, mi marido y yo fuimos a pasear a un parque cerca de casa. —Sus ojos se elevaron hacia el cielo, con añoranza. Después continuó con voz firme—. Nos encantaba aquel lugar, *El Bosque Tupido*. Los animales eran tan perfectos que parecían reales. De repente, nos rodean tres tipos de semblantes impasibles. Observo cómo sacan las pistolas. Yo reacciono de la misma manera y se producen tres disparos a la vez. Noto un impacto en el hombro derecho y Jordi cae con la cabeza destrozada. Alimentada por la rabia apunto a uno de ellos y le atravieso el pecho. —Gesticulaba como si reviviera otra vez la acción. Adolf la observaba intrigado y divertido por la forma de narrar, aunque serio por el contenido del relato—. En ese momento se produce otro disparo que me alcanza en la cabeza. Ahí perdí el sentido y ya no recuerdo más hasta despertarme en el hospital, una semana después. Me dijeron... —vaciló un poco— me... me dijeron que Jordi había muerto. Por lo visto a mí me salvó un guardia del parque que apareció cuando el asesino se disponía a rematarme.

»Después de eso comencé a tener visiones. Soñé durante tres noches seguidas con Sebastián Guerra, el hermano de Serafín. En mis sueños me introduje en su cuartel general, espí sus próximas operaciones y sus planes a largo plazo. Por último, soñé con su detención. Todo con perfecto detalle. Creo que de los sueños en que he visto el futuro sin poder cambiarlo, ha sido el único bueno. Simulé que había recibido un soplo y los detuvimos con las manos en la masa. Cayó Sebastián, toda la red que dirigía y una de las principales empresas de investigación genética, que se ocultaba tras la fachada de una farmacéutica.

»Las visiones se sucedieron noche tras noche introduciendo cambios con respecto a lo que realmente iba a suceder. Yo aprendí a interpretarlos y a distinguir entre los dos tipos de sueños. Y gracias a eso me convertí en uno de los mejores detectives de mi país. Hasta me ofrecieron un ascenso, que por supuesto rechacé. Mi sitio está en la calle y no en un aburrido despacho conectada todo el día a la red.

—Gracias por contármelo —Adolf se mostraba nervioso, no sabía muy bien qué decir.

—¿Cómo es que no habíamos hablado de esto antes? —Se sorprendió ella—. Llevamos casi ocho meses juntos. Claro que tú tampoco hablas de ti.

Adolf la miró tímidamente.

—No hay mucho que contar.

—¿Cómo es que no te has casado? —Se interesó ella.

—No lo sé. Soy un tipo solitario.

—Pero en el trabajo conocerás a otras chicas, ¿no?

—Sí, en el trabajo. Fuera de él siempre me ha costado relacionarme. —Adolf reflexionó unos segundos—. Creo... Sí, últimamente me ronda la idea de que en parte mi madre es la culpable de que yo sea así. Es una mujer muy especial, digamos.

—¿Por qué no te independizas de ella de una vez? —Blanca no pudo evitar un bostezo, alimentado por el cansancio que allanaba el camino para que el sueño hiciera su trabajo.

—Bueno, lo intento. Ya no vivo con ella ni nada parecido, pero siempre está ahí controlándome, queriendo enterarse de lo que hago, a dónde voy... Intento que entienda que ya no tiene poder sobre mí, que soy adulto y vivo mi propia vida. Y no creas que es sencillo. —Adolf sonrió cuando apareció en su mente un viejo recuerdo. A ambos lados de su boca se marcaron unos profundos hoyuelos y Blanca quedó cautivada por ellos.

—Tienes una sonrisa preciosa, Adolf.

—Gracias. Nunca me lo habían dicho.

—Deberías sonreír más. Me encantan tus hoyuelos.

—¿Sabes por qué me llamo Adolf?

—No sé, quizás porque era el nombre de tu abuelo.

—No precisamente. Es una historia graciosa.

—Pues cuéntamela.

—Mi padre es un alemán rubio y de ojos azules, que se ganaba la vida con una tienda de ropa.

—¿Has dicho se ganaba? —se interesó ella.

—Sí. Bueno, ahora está encerrado en un manicomio. Perdió la cabeza cuando yo era un niño. Una degeneración de las neuronas o algo así.

—Vaya, lo siento mucho —se disculpó ella.

—Ya, gracias. Yo lo quería mucho, ¿sabes? Y si hubiera vivido con él todo habría sido distinto. Bueno, ya casi no me acuerdo de él, de cómo era en realidad, quiero decir. De lo que estoy seguro es de que era mucho mejor persona que mi madre. — Blanca asintió y le pidió que continuara con la historia de su nombre. Como había dicho que era graciosa, pensó que así se animaría—. Bueno, mis padres se conocieron la primavera del dos mil doscientos sesenta y seis, cuando ella entró en la tienda para preguntar el precio de un largo vestido de noche. Me han contado la historia millones de veces. —Volvió a sonreír y a Blanca le brillaron los ojos—. Ella era una extraordinaria belleza afroalemana, puedo asegurarlo porque he visto fotos y videos de la época. Mi padre quedó inmediatamente prendado y aprovechó para sacar tema de conversación e invitarla a cenar. Después todo sucedió muy rápido y antes de un año nací yo. Mi madre tenía muy claro el nombre que me pondría. Ella amaba Alemania y desde niña había estado obsesionada con los nazis, la peor lacra que había mancillado la historia del país según ella. Así que pensó que ponerle el nombre de su líder a un niño mulato sería una buena venganza contra esos *malditos cerdos*, como ella los llamaba. —Hizo una pausa para examinar el rostro de Blanca, que se mantenía impassible—. Es una buena idea, ¿no crees? Cada vez que alguien llamara a su hijo Adolf y respondiera un mulato sería como pisotear, bailar e incluso cagar y mear sobre la tumba de Hitler.

Blanca no sonrió, no reaccionó durante unos instantes.

—No le encuentro la gracia. A los hijos se les quiere, se les pone nombres de antepasados o que te gusten por algo, pero no se utilizan para vengarse ni nada parecido. Olvídate de tu madre. Sepárate de ella de una vez o nunca vivirás tu vida.

—¿Es el pronóstico de una adivina? —Adolf se puso a la defensiva, como si esperara que Blanca siguiera atacando.

—No. Es el consejo de una amiga.

Adolf volvió a sonreír. Se dieron las buenas noches y ambos cayeron en un profundo sueño que duró hasta el amanecer.

## **El ataque.**

La noche se mantenía en calma, sumida en una oscuridad inquietante y opaca. Aunque había luna llena, se ocultaba tras los altos picos de las montañas que silenciaban sus rayos antes de alcanzar las profundidades del valle mágico. Un noken

sobrevolaba el poblado de los sínoros. El peligroso perfume apenas tenía efecto en él debido a su pobre inteligencia. Sin embargo, en el unicornio resultaría, con un poco de ayuda, mortal.

*El Sinatú* era un juego típico del pueblo sínoro. Utilizaban una planta mágica del valle llamada *Sina*, que arrojaba una tenue luz que cambia de color. La velocidad con que se alternaban los colores se podía controlar aumentando o disminuyendo la presión sobre un extremo de la planta. Además, modelando la planta era posible proyectar formas sobre una superficie plana. El juego consistía en que uno de los contrincantes elegía un color y hacía un dibujo sobre el suelo. El otro debía conseguir un reflejo de la planta que coincidiera exactamente con el dibujo, manteniendo el color un tiempo estipulado. Se podía complicar con dos dibujos y escogiendo colores distintos, lo cual implicaba manejar dos plantas a la vez. El *sinatú* requería una gran habilidad, mas el pueblo sínoro lo había practicado durante generaciones y lo controlaba con maestría.

Aquella noche los guardias de la torre principal jugaban al *Sinatú*. A pesar de la oscuridad podían ver perfectamente su entorno gracias al suave resplandor que su piel azulada emitía por las noches. Los sínoros eran un pueblo pacífico situado cerca de la frontera con el lado maligno del valle. A pesar de eso, los nokenes solo les habían atacado en un par ocasiones y en ninguna de ellas habían sufrido daños personales. Los monstruos se abalanzaban como ratas, gruñendo y gritando, descubriendo el ataque mucho antes de acercarse.

Así que los guardias jugaban confiados, aún sabiendo que un unicornio se había desplazado al pueblo para coronar al nuevo soberano con la salida del sol.

—Bueno, Siruke, es tu último intento.

Pero Siruke ya no pensaba con claridad. La planta mostraba un color indefinido y ni siquiera entendía qué hacía con ella en la mano. Un rugido tronó en la oscuridad y ninguno de los vigilantes intentó alcanzar la campana para dar el aviso. Su mente se había convertido en una amalgama de ideas inconexas, sin fundamento. Figuras peludas danzaban y gruñían a su alrededor. Siruke observó la sangre manar a borbotones y ni siquiera la reconoció como suya. Murieron sin saber que morían, sin padecer dolor. Las otras torres cayeron al mismo tiempo.

El noken que sobrevolaba la ciudad escuchó los gruñidos de sus compañeros desde las torres vigías. Realizó una pirueta en el aire y se desplomó sobre una suave mancha blanca que resaltaba en la noche. El unicornio supervisaba los últimos preparativos de la ceremonia. Cuando reparó en el noken, no se puso en guardia, ni siquiera intentó teletransportarse para salvar la vida.

Los monstruos derribaron la empalizada que protegía al pueblo. Otros entraron volando, cortando el aire con sus gruñidos estridentes. Moctú encabezaba la marcha de los que iban a pie. Era un noken bastante más pequeño que el resto y carecía de alas, sin embargo, él dirigía aquella horda. Se acercó al unicornio con una mueca macabra.

Los sínoros abandonaban sus chozas alertados por el ruido, armados con lanzas o cuchillos que se volvían inútiles en sus manos. Los nokens los despojaban de sus armas sin que tuvieran oportunidad de ofrecer resistencia. Los machos comenzaron a violarlos, aplastándoles la cabeza cuando alcanzaban el clímax. Las hembras abrían los vientres de los más pequeños y se engalanaban coquetamente con sus tripas.

Moctú evitó las orgías de sus compañeros para acercarse al unicornio. El noken que lo sujetaba se hizo a un lado sin soltarle la cabeza. Moctú alargó un afilado cuchillo y con un movimiento preciso seccionó el impresionante cuerno. El noken soltó al animal que se desplomó en el suelo. Moctú lanzó un aullido espeluznante, símbolo de victoria, y las bestias detuvieron su orgía para lanzarse sobre otro festín mucho más apetitoso. Devoraron al unicornio allí mismo, peleando los unos con los otros, mutilándose entre ellos por conseguir el pedazo más grande.

Cuando terminaron volvieron a martirizar a los sínoros que quedaban. Esta vez Moctú también se les unió.

## **2 de Agosto.**

Se levantaron con los primeros rayos de sol. Blanca les relató un sueño en el que cabalgaba sobre un corcel dorado, tan rápido que resultaba imposible distinguir el paisaje. Formas alargadas, imposibles de identificar, quedaban atrás una tras otra sin que ella sintiera ningún miedo, ningún peligro. Acariciaba las crines del animal y entonces notaba un pinchazo en la palma de la mano. Al apartar el pelo descubría una espina que de repente comenzaba a crecer como un torrente luminoso que lo envolvía todo.

Todos comprendieron el significado del sueño y se alegraron mucho ante la expectativa de conocer al fin al jefe de los unicornios. Cuando acabaron el desayuno, se despidieron de los enanos que se mostraron muy emocionados. El camino fue fácil y corto. Pronto dejaron atrás el prado rojo para regresar al camino donde habían quedado atrapados al llegar al valle.

Adolf se quedó un poco rezagado con Blanca. Había abandonado su habitual cara cetrina para liberar alguna que otra sonrisa. Se disponía a hacer todo lo que estuviera en su mano por complacer a la española y no podía olvidar su confesión sobre sus hoyuelos. La sonrisa era una habilidad que no practicaba habitualmente, más bien casi nunca. Siempre había sido un marginado, al principio por la gente, por los niños, por los compañeros, y más tarde por sí mismo, cuando decidió apartarse antes de que le hicieran daño. Desde que encerraron a su padre en el manicomio, nadie le había contado un chiste, ni pedido que sonriera. En realidad, desde que se consideraba adulto tan solo había mantenido tres tipos de relaciones. La primera con su madre. Una relación posesiva y unidireccional, donde ella lo manipulaba a su antojo. En segundo lugar las laborales. Pedir material, explicar un proyecto, discutir sobre un

problema o un posible diseño. Nada que requiriera un poco de humanidad. El tercer tipo fue casi una relación sexual. Contrató a una prostituta, que acudió a su piso con buena disposición y se metió en su cama desnuda, sin preguntar. Adolf bajó al mínimo la intensidad de la luz, se despojó de las ropas en la oscuridad y se situó inquieto junto a ella. Entre las sombras de la habitación no pudo evitar que la cara de su madre acudiera a su mente una y otra vez. *¿Qué crees que estás haciendo, Adolf?* Le recriminaba como a un niño, exhibiendo su cara más amarga, una máscara rasgada de ira que repartía culpabilidad a diestro y siniestro. Aquella mirada ostentaba un poder perverso y frío, similar al de Medusa, que le hacía sentirse cada vez más pequeño e inseguro, un hombre menguante, reducido a una caricatura de sí mismo. *¿Qué crees que estás haciendo, Adolf?* La chica le acarició, intentó estimularlo de diferentes maneras, pasando de las manos a la boca y de la boca a las tetas. No obtuvo respuesta. El chip de la sexualidad había sido desactivado en la mente de Adolf y aquella noche nada se levantó en la cama, aparte de la mujer, que se vistió y tras cobrar su tarifa se despidió con cierta frustración. Desde entonces ni siquiera se había masturbado, no había mantenido ningún tipo de relación sexual aparte de algún sueño que escapaba a su control.

Ahora, a sus veintinueve años, sentía por primera vez que formaba parte de algo importante. Su trabajo era lo único que le daba fuerzas para sobrellevar el día a día, le hacía sentirse ocupado y útil, aunque no especial, pues era consciente de que cientos de ingenieros podían desempeñarlo igual o mejor que él. Sin embargo, esta misión era diferente. Salvar el mundo. No había cientos de personas capaces de hacerlo. Además, Adolf se sentía a gusto con sus compañeros, les había tomado cariño, aunque algunas veces sintiera celos de Paul. De todas formas, Blanca era la que realmente se había hecho un hueco en su corazón. Adolf creía haber descubierto al fin la importancia de mantener una relación, la armonía y el bienestar que producía querer a una persona, disfrutar de su compañía y ser correspondido.

Abandonó sus pensamientos cuando se detuvieron y Yugo tomó la palabra.

—Creo que es el momento de tomar el Agua del Espejo. Ya hace rato que no avanzamos, las montañas y los árboles se alejan a cada paso.

—Sí —apoyó Paul emocionado—, esos árboles de enfrente marcan el inicio del Bosque de los Unicornios.

Igual que el resto, Adolf elevó la cantimplora sobre su cabeza y dejó fluir el agua que atravesó su gástrico para acomodarse en su estómago. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, produciéndole una sensación placentera. Devolvieron los depósitos al cinturón y permanecieron inmóviles unos instantes, esperando a ver qué sucedía. Pasaron cinco minutos sin obtener resultado alguno, así que Yugo ordenó que retomaran la marcha. Adolf notó un cosquilleo en las manos y observó que algo había cambiado en su piel. Tenía el mismo color, el mismo tacto y el mismo olor que antes, sin embargo, se había vuelto reflectante. Recordó las plantas de los enanos, en las que había observado el mismo efecto. Elevó la cabeza para compartir con sus amigos lo

que había descubierto y descubrió que estaba solo. *¿Dónde están los otros?*

—¿Dónde estáis? —gritó asustado y echó a andar presa del pánico que empezaba a dominarlo. Entonces, cuando dio el primer paso, sucedió algo en lo que él ni siquiera reparó. Los árboles que veía en la distancia se reflejaron en su piel, la cubrieron por completo, como un mágico velo que lo protegiera del peligro y lo acogiera en su interior. Sin saber cómo, Adolf apareció en mitad de un frondoso bosque, al lado de sus amigos que lo estudiaban tan asombrados como él.

—Supongo que estamos dentro del Bosque de los Unicornios —Nicky cortó el silencio y los devolvió a la realidad.

—Supongo que sí —confirmó Yugo, recobrando la compostura—. Es impresionante. Mirad los árboles, parece que llegan a las nubes.

—Es increíble —afirmaron a la vez Blanca y Adolf. Se miraron y sonrieron por la coincidencia.

—Nunca había visto nada igual —apuntó Paul fascinado—. Es verdad, los árboles parecen rozar el cielo.

Y así era. Aquellos árboles debían de tener millones de años, durante los cuales se habían desarrollado sin descanso. Eran gigantescos, sus troncos tan anchos como un edificio, sus ramas tan largas como un tendido eléctrico, su altura... era imposible discernir hasta dónde llegaban. Se hallaban en una ciudad natural donde los árboles representaban el papel de rascacielos. Allí dentro apenas penetraba la luz solar, que moría tamizada por la frondosidad y la altura de aquellas ramas. Sin embargo, los inmensos troncos aparecían decorados por un musgo verdoso que les confería un aspecto mullido, tan acolchado que era posible saltar contra ellos sin sufrir ningún daño. Ese musgo brillaba con luz propia, como una capa de pintura fosforescente que iluminaba el ambiente, dibujando las formas con un tono cálido.

Yugo se puso en marcha, seguido por sus compañeros. Caminaban fascinados con el entorno, relajados y absortos en aquel ambiente de ensueño, sabiendo que allí dentro no corrían ningún peligro. De pronto, Adolf vio una luz en lo alto de un árbol. Avisó a sus compañeros que se detuvieron a observar. Parecía una pequeña luciérnaga que volaba de un lado a otro rápidamente, con movimientos veloces y bruscos. Se elevó en el aire y desapareció detrás de un tronco, dejándolos un tanto decepcionados. Se disponían a retomar la marcha cuando la pequeña luz surgió veloz desde el suelo y se dirigió hacia Nicky. La inglesa la esquivó con un acertado movimiento de cintura y sonrió divertida. La lucecita se encaminó hacia sus compañeros. Los embestía como si quisiera atravesarlos y todos ellos le seguían el juego, apartándose en el último instante, intentando atrapar la estela que quedaba a su paso. Al cabo, la lucecita se detuvo frente a ellos y de pronto la vieron crecer para adoptar una forma humana. Apareció ante ellos una muchacha rubia con el pelo muy largo, por debajo de las nalgas. Sus curvas voluptuosas se cubrían mediante un vestido que parecía hecho del mismo musgo que cubría los troncos de los árboles y que brillaba con igual intensidad. Su cara era blanca como la leche, al igual que todo su cuerpo y resaltaba

sus fantásticos ojos de un azul tan claro que casi se podía ver a través de ellos. Dos pequeñas alas transparentes se movían rápidamente en su espalda y la mantenían suspendida a un metro del suelo.

—¿Queréis jugar conmigo? —coqueteó la chica.

—¿Quién eres? —Paul tomó la iniciativa. Era guapa esa muchacha, aunque no tenía ni punto de comparación con la ninfa. Aquella sí que lo había hecho estremecerse de deseo.

—Soy Jazmín, un Hada del Bosque. ¿Y vosotros?

—Estamos buscando a los unicornios —explicó el francés—. Es importante que los veamos, estamos aquí para ayudarlos.

—¿Ayudarlos a qué? —Jazmín frunció el ceño, mostrando disgusto como una niña—. Los unicornios no necesitan ayuda. Saben cuidar de sí mismos. Vamos, venid a jugar conmigo.

—No podemos. Es muy importante que veamos a los unicornios cuanto antes. Se trata de los nokens.

—¿Nokens? —el miedo se esculpió en su pálida cara, reflejado en una mueca que hablaba por sí sola—. Mi madre me habló de los nokens. Son seres horribles. ¿Qué pasa con ellos?

—Estamos aquí para advertir a los unicornios del peligro que corren y para ayudarlos a acabar con esos monstruos.

—¿Entonces no os podéis quedar a jugar? —Paul negó con la cabeza—. Está bien, os llevaré con los unicornios si venís volando conmigo.

—¿Volando? —se asombró Paul—. Nosotros no podemos volar.

Jazmín lo ignoró. Se situó sobre ellos y agitó rápidamente sus alas, rociándolos con unos polvos dorados. De repente, los cinco se elevaron en el aire, riendo divertidos y asombrados al mismo tiempo. El hada alargó una mano hacia Paul y les indicó que se cogieran todos en cadena. Entonces echaron a volar a toda velocidad a través de los árboles gigantescos. Paul se sintió como si fuera el protagonista de una película. Le encantaba el cine antiguo y ahora creía estar viviendo un remix de *Peter Pan* y *El retorno del Jedi*. El viaje no duró mucho. Jazmín se detuvo y les hizo descender en un pequeño claro del bosque. El hada se transformó de nuevo en una pequeña luz y desapareció sin decir palabra.

—¡Espera! —gritó Paul, pero ya era demasiado tarde. La lucecita se disolvió entre los árboles, devorada por la oscuridad del bosque.

Se miraron los unos a los otros sin saber qué hacer. Entonces lo vieron. De entre los árboles surgió un caballo negro, alto y de impresionante estampa, marcaba sus férreos músculos a cada paso, demostrando con cada pisada su estilo y su poderío. No, no era un caballo. Repararon en el cuerno que se alzaba entre sus largas y cuidadas crines, una espiral dorada del tamaño de un antebrazo, terminada en una punta tan afilada que cortaba el aire con cada movimiento. Creyeron sentir el paso del tiempo, creyeron poder leer la historia del mundo en aquel cuerno de oro, cada surco,

cada vuelta de aquella espiral hablaba por sí sola y transmitía imágenes, hechos y sentimientos.

—Soy Dorado —la voz del unicornio, grave y profunda como la de un anciano, los arrancó del ensueño. Se acercó a Yugo—. Creo que me estabais buscando.

—Sí —Yugo se encontraba fascinado y sintió el respeto y la admiración crecer en su interior—. Es un verdadero privilegio hablar contigo. —Hizo una pausa acompañada de una sutil reverencia al estilo japonés—. Estamos aquí porque sabemos que la vida de este planeta depende de ti y queremos ayudarte a librarte de los nokens.

—Esa es una tarea difícil —anunció el unicornio—. Hay miles de nokens y aunque no son muy longevos se reproducen sin cesar. Vosotros solo sois cinco y no parecéis peligrosos.

—Tenemos nuestros medios —aseguró Yugo. Dorado lo miró inquisitivamente y el japonés le explicó que venían de otra época, cómo se habían enterado de la existencia del valle, cómo los nokens ganarían la guerra entre el Bien y el Mal y cómo habían planeado impedirlo.

—Puede que vuestro plan funcione —el unicornio se mostró complacido—. Los nokens no han supuesto ningún problema para nosotros durante millones de años, hasta que apareció ese nuevo jefe y crearon el perfume. Las cosas han cambiado mucho. Esta misma noche ha muerto uno de los nuestros. Si no encontramos pronto una solución me temo que será nuestro final.

—Confía en nosotros —continuó el japonés—. Lo solucionaremos.

—Mejor será que descanséis aquí esta noche para retomar mañana la marcha. Os espera un largo y difícil camino hasta la guarida de los nokens. Siento no poder acompañaros ni poder ofreceros la compañía de ningún unicornio. Sin embargo, os indicaremos el camino a seguir. —La voz del unicornio los envolvía como en un sueño—. Os aconsejo ir primero a la Montaña del Ídolo, donde los nokens realizan sus ritos y sacrificios. Allí podréis haceros una idea de la clase de bestias que son.

A Yugo le pareció buena idea.

—Gracias por recibirnos y hablar con nosotros —repuso el japonés—. Sabemos que tu tiempo es muy valioso.

—La Tierra está en peligro, así como los unicornios, y yo no puedo hacer nada para solucionarlo. Os deseo toda la suerte del mundo.

Dorado se retiró y al momento surgieron de entre los árboles numerosos seres fantásticos. Hadas, duendes, enanos, ninfas del bosque y otros seres mágicos que no habían visto nunca, como los *soletes*, los *hidrones* o los *geoplásticos*, capaces de convertirse en roca cuando percibían algún peligro. La noche se esfumó en un suspiro, mientras se relacionaban y estudiaban tantas maravillas. Al fin los venció el sueño y dispusieron sus sacos de dormir sobre el mullido terreno, sin ni siquiera cerrarlos. Allí el ambiente era perfecto y la compañía muy agradable. Se acurrucaron los unos con los otros, relajados y de buen humor, ofreciendo un merecido descanso a

sus cuerpos y mentes.

## CAPÍTULO VII

### UN ACERTIJO PARA UN PUENTE

**3 de Agosto.**

El cielo comenzó a colorearse poco a poco, pasando del negro al azul oscuro, al violeta y al naranja. Los rayos de sol aún no podían atravesar las altas montañas que los circundaban, mas la creciente luminosidad los arrancó del sueño tras un profundo descanso. Se sorprendieron al descubrir que no se hallaban en el mismo claro donde se acostaron la noche anterior. Paul aventuró una explicación, indicando que lo más probable era que el efecto del agua se hubiera pasado mientras dormían y esto habría provocado que el bosque los expulsara. Efectivamente, descubrieron los árboles a lo lejos, aquellos que parecían rozar el cielo y hacer sombra a las montañas. Paul se mostró muy satisfecho consigo mismo cuando todos le dieron la razón.

Desayunaron sus habituales píldoras y Yugo preguntó a Blanca si algún asunto de interés había ocupado sus sueños. Ella les explicó que deberían ser precavidos durante esa jornada, porque temía que algo horrible pudiera suceder. En su sueño, iban los cinco en una pequeña barca, navegando por un río de reluciente agua cristalina. De repente, el agua del río comenzaba a tornarse roja y este color se volvía tan oscuro que daba náuseas mirarla. Además, un olor nauseabundo, a muerte y putrefacción lo inundaba todo. Entonces Adolf perdía el equilibrio sobre la barca y caía al agua viscosa, en la que flotaban vísceras arrancadas o mutiladas. Blanca gritaba desesperada e impotente y en ese momento se despertaba.

No tardaron en ponerse en marcha. Yugo sabía que tenían que pasar al otro lado del valle, el lado maligno. Para ello debían alcanzar el Río Frontera, que separaba como un tajo las dos partes de aquel mundo fantástico, a un lado el Bien, el Mal al otro. Yugo recordaba perfectamente el plano que les dibujaron los enanos. Gracias a él sabía que la única forma de cruzar el río era por un puente, el único que había en toda su longitud. Así que se dirigían hacia allí.

Tras una buena caminata bordeando el Bosque de los Unicornios, por fin divisaron a lo lejos lo que parecía un poblado. Conforme se acercaban pudieron distinguir que una buena parte de la muralla de madera había sido derruida. Lo mismo sucedía con la mayor parte de las casas. Se dirigieron hacia allí con curiosidad y precaución, desenfundando sus armas, preparados para entrar en combate o defenderse de cualquier amenaza. El olor no tardó en alcanzarles. Paul no lo identificó al principio, mas cuando llegaron junto a la muralla y obtuvieron una panorámica completa del interior del pueblo, la duda se disolvió. Era el olor de la muerte, la sangre, las tripas, trozos de cuerpos que empezaban a pudrirse

amontonados unos sobre otros. La piel de los cadáveres lucía un ligero tono azulado. Yugo se detuvo y dio marcha atrás, hasta que el olor se atenuó, volviendo a ser el aire respirable.

—Esto debe de ser obra de los nokens —conjeturó, intentando dominarse. Adolf se separó de ellos, se agachó convulsivamente y comenzó a vomitar. Blanca se acercó por si necesitaba ayuda.

—Nunca había visto nada parecido —explicó el alemán. La española le sostuvo la cabeza, mientras sufría nuevas arcadas.

—No te preocupes, es normal que te impresione.

Cuando sintió el estómago un poco más asentado se incorporó. Sus ojos aparecían anegados por las lágrimas y su voz flaqueaba.

—¿Sabes? Cuando nos explicaron que teníamos que enfrentarnos a monstruos pensé... no sé... que sería como en las películas. No esperaba encontrarme una cosa así en este viaje.

—Adolf, intenta dominarte —intervino Paul—. A todos nos ha impresionado esa masacre, pero no podemos dejarnos intimidar. Eso es lo que pretenden esas bestias, ¿es que no lo entiendes?

—Creía que todo sería mucho más sencillo —sollozó el alemán. Su cara se había tornado pálida como el mármol, como si lo hubieran despojado de toda la sangre, mientras que sus ojos brillaban inquietos y sus labios cimbrecaban, luchando por expulsar cada palabra—. Sabía que no sería exactamente un viaje de placer, pero esto... ¿De verdad creéis que podremos con ellos?

—Respira profundamente, Adolf. —Yugo se acercó para descargar su pesada mano sobre el hombro de su amigo. Aunque su intención era tranquilizarlo, sus palabras sonaron más como una orden—. Claro que podremos contra ellos. —Adolf mantenía la cabeza clavada en el suelo—. Mírame. —Cogió su barbilla y le obligó a sostenerle la mirada—. Vamos a destruir a los nokens y salvar a los unicornios, ¿me oyes? No lo dudes ni por un momento. Para eso nos hemos entrenado durante meses y para eso estamos aquí.

—Pero, ¿es que estáis ciegos? —gritó el alemán, apretándose la cabeza con ambas manos—. ¿No habéis visto de lo que son capaces esos nokens? —Entonces se levantó, cogió a Yugo por los hombros e intentó zarandearlo, aunque el japonés apenas se inmutó—. No podremos con ellos, no estamos preparados, vamos a morir, Yugo, ¿es que no lo ves?

Yugo le pegó una bofetada y Adolf se desplomó de rodillas en el suelo.

—No vuelvas a decir eso —le ordenó—. Vamos a acabar con esos monstruos, que no te quede la menor duda. —Lo ayudó a ponerse en pie. Adolf parecía más tranquilo—. Necesito que recuperes la compostura, Adolf. Te necesito para cumplir la misión, todos te necesitamos. Somos una unidad y la suma de nuestras habilidades es lo que nos hace fuertes y valiosos.

—Lo siento —Adolf elevó la cabeza y lo miró con los ojos húmedos—. Lo siento

de veras. He perdido la cabeza.

—No te preocupes —repuso Yugo, regalándole un golpe cariñoso en la espalda—. Lo importante no es no tener miedo. Solo los locos o los desesperados no temen a nada. Lo realmente importante es saber controlarlo. El miedo nos hace fuertes, nos mantiene alerta y nos ayuda a anticipar el peligro. Nunca te avergüences de ello.

—Creo que necesito descansar un momento. —Se sentó sobre una roca, apoyando su gran cabeza entre las piernas flexionadas—. Tienes razón, tengo que controlar la ansiedad, el temor que siento en mi interior. —Blanca se acomodó a su lado y le acarició el pelo rizado con delicadeza.

—Tendremos que inspeccionar el pueblo —ahora Yugo se dirigía a Paul—. Quizás haya algún superviviente que nos pueda explicar lo que ha sucedido. —Miró a su alrededor un tanto sorprendido—. Por cierto, ¿dónde está Nicky?

La vieron atravesar la valla derruida antes de que Paul pudiera contestar.

—Están todos muertos, masacrados más bien —la inglesa recitó el parte con expresión impasible. Tan solo una pequeña contracción de su labio superior manifestaba que aquel horror producía algún efecto en su gélido cerebro.

—¿Lo has inspeccionado todo? —Se sorprendió Yugo.

—Todo no, por supuesto. Lo suficiente, sí. —Nicky se mantenía imperturbable, con la vista clavada en los ojos rasgados de Yugo que la observaba con la admiración del capitán que reconoce el valor de un soldado—. Están todos muertos, destrozados. No merece la pena volver a entrar, os lo aseguro.

—Está bien —asintió Yugo—. Descansaremos aquí hasta que Adolf se encuentre mejor.

Paul se dirigió a Nicky y le acarició el brazo con el reverso de la mano.

—Eres muy valiente —sonrió—. Yo no habría sido capaz de entrar ahí solo.

—En mi trabajo he visto cosas horribles —continuó ella sin que en ningún momento le flaqueara la voz—, aunque nada parecido a esto.

—Eres una mujer impresionante —Paul la miraba a los ojos, aquellos ojos verdes que tanto le fascinaban y le intrigaban a la vez. ¿Qué habría tras ellos? ¿Qué misterio se escondía bajo el reflejo de aquellas aguas con tonos grises, como dos esmeraldas veladas por la amenaza de una tormenta?—. Me alegro mucho de que formes parte de esta misión. Haces que me sienta seguro.

—Gracias, Paul. Yo también me alegro de que te eligieran. Los cinco formamos un buen equipo y no tengo ninguna duda de que conseguiremos nuestro objetivo.

La conversación se alejaba del camino que le interesaba. Nicky hablaba del grupo mientras que él quería centrarse en ellos dos. La cogió de la mano.

—Yo también lo creo. Acabaremos con esos monstruos, estoy seguro. Ayer tuve un sueño, como los de Blanca, y en él destruíamos a los nokens y organizábamos una gran fiesta con los unicornios. ¿Sabías que yo también soy vidente?

—No, es bueno saberlo. Dos mejor que uno. —Nicky le regaló una sonrisa y Paul contestó del mismo modo. Se sentía feliz, pues las sonrisas de la inglesa eran escasas

y se cotizaban a buen precio.

Al cabo de media hora Adolf demostró haber recuperado las fuerzas y la confianza. Empezaron la marcha en dirección al Río Frontera. Ya se hallaban bastante cerca y no tardaron en percibir el rumor de la corriente de agua que fue creciendo poco a poco hasta convertirse en estruendo. Se detuvieron en la ribera, estudiando el caudal que erosionaba la dura roca y salpicaba sus rostros con finas gotas que no llegaban a transmitirles el frío, pues se mantenían bajo el influjo de los protectores térmicos. Observaron impresionados aquel torrente, más propio de una rambla después de la tormenta, mientras en su mente comenzaba a labrarse la eterna pregunta. *¿Cómo podremos superar esta prueba? ¿Cómo seguiremos adelante?* El agua era densa y pesada y lucía un color gris, tan neutro que no transmitía nada. Paul cogió una piedra y la lanzó con todas sus fuerzas al otro lado, que no quedaba a más de diez metros de distancia. Para su sorpresa, el proyectil improvisado se desplomó en mitad del río, frenado y absorbido por un pequeño remolino que lo aspiró con un seco chasquido. Se quedó boquiabierto y le entregó otra piedra a Yugo para que lo intentara. El japonés puso todo su empeño, tensando los músculos como resortes de acero que impulsaron el guijarro en una estilosa parábola hacia la ribera opuesta. Cuando alcanzaba el punto medio se improvisó de nuevo un remolino que lo succionó condenándolo a las profundidades.

—No podremos cruzar por aquí. —Sentenció Yugo, mientras examinaba el mapa que Adolf había escaneado.

Sin duda, aquel río era una barrera infranqueable que separaba y dividía ambas partes del valle. Así que se dirigieron hacia el puente que aparecía en el dibujo de los enanos. No tardaron en llegar. Se trataba simplemente de cuatro troncos de árbol que atravesaban el río de un lado a otro. Simple, práctico... mágico, para resistir el poder destructor de aquel torrente. Repararon en una figura encorvada que se dibujaba a contraluz, perfilada por los rayos de sol que se refractaban en los bordes de las montañas y rebotaban en el agua. La imagen apareció como un espectro difuminado, que fue tomando cuerpo conforme se acercaban. Era algo más alto que Yugo y su desproporcionada cabeza dos veces la de Adolf. Esto hizo que el alemán se sintiera bien por un instante, antes de bajar la vista y descubrir su cuerpo, delgado y musculoso, provisto de cuatro afiladas garras. Su nariz ganchuda colgaba flácida y descansaba sobre sus propios colmillos que la herían continuamente, propiciando un reguero de sangre negra y pus que se unía a unos espesos mocos verdes que decoraban gran parte de sus facciones. Los ojos eran dos bolas sanguinolentas que se movían a su antojo, como si los hubieran cosido a la cara con un único punto. Unas gruesas cerdas negras, sucias y enredadas, cubrían todo su ser excepto el rostro deforme, que constituía su rasgo más temible. Una lanza de madera adornaba la garra de su brazo derecho, y realmente era un adorno, pues estudiando su aspecto nadie

hubiera imaginado que le pudiera hacer falta.

Aunque quedaron impresionados por el monstruo, Yugo reaccionó inmediatamente y se adelantó con Nicky. Ambos empuñaban sus armas y avanzaban con cautela observando las reacciones de aquel ser repugnante. Poco a poco el olor de la bestia fue alcanzándolos y envolviéndolos en una atmósfera repulsiva que les recordó la del pueblo masacrado. El monstruo los observaba impassible, sin mover un solo músculo, sin manifestar ningún sentimiento. Nicky apuntó su Z60 directamente a la descomunal cabeza, mientras que Yugo dirigía al pecho su pistola de descargas eléctricas. Se detuvieron a una distancia prudencial y entonces aquel ser se estiró, ganando otro metro de altura.

—Saludos, forasteros —su voz les rasgó los oídos, un sonido gutural, que resultaba muy desagradable. Sin embargo, el significado de sus palabras hizo que Yugo sintiera cierto alivio y bajara su arma.

—Saludos.

—De entre todos los seres extraños, de entre todos los seres corrientes, un troll fue elegido antaño, siempre un troll custodia el puente.

Yugo se sorprendió mucho al escuchar aquella rima. Había oído muchas historias sobre trolls en su infancia. Los había imaginado tan repugnantes como este o más, pero jamás se le hubiera ocurrido que un troll pudiera ser una especie de poeta frustrado.

—Yo soy Yugo. Te saludo de nuevo y te pedimos permiso para cruzar tu puente.

El troll movió la lanza hacia un lado cerrando el paso.

—Tres formas tenéis de hacerlo:

»La primera es pagar un tributo y como tributo quiero un sacrificio, pues me encanta la carne humana, aunque comer no sea mi oficio.

»La segunda es agudizar el ingenio, pues yo propondré un acertijo, pasaréis tranquilos si acertáis, o mi estómago os dará cobijo.

»La tercera es un duelo a muerte, todos vosotros contra mí, aunque os advierto que soy más fuerte, de lo que aparento así.

Mientras recitaba aquellos versos improvisados, Yugo hizo una señal a sus compañeros para que se acercaran. Se apartaron unos metros para deliberar. Paul propuso sacrificar a Adolf, el monstruo quedaría satisfecho con su gran cabeza y los dejaría pasar muy contento y con la barriga bien llena. A nadie le hizo gracia el comentario y Adolf se defendió proponiendo entregar la cabeza de Paul, ya que estaba llena de serrín y era probable que el monstruo muriera de un corte de digestión. Esta vez rieron todos, incluido Paul, que se alegró de que Adolf empezara a hacer uso del buen humor.

Nicky propuso matarlo. Eran cinco y sus armas más potentes de lo que aquel ser pudiera imaginar, no supondría ningún problema para ellos. Yugo meditó unos instantes para manifestar al fin que prefería la solución pacífica. Tenían que intervenir lo menos posible en aquel mundo, hacer los menos cambios posibles, evitar dejar su

huella, pues desconocían las consecuencias que aquello podría tener en el futuro al que ellos pertenecían. Así que recomendó probar con el acertijo. Los otros se mostraron de acuerdo y Nicky aceptó a regañadientes, alegando que sería una pérdida de tiempo. Yugo se volvió hacia el troll y le comunicó su decisión. El monstruo continuó así.

—La vida es una espiral que lentamente evoluciona, avanza por un único canal, nada nuevo ambiciona.

»La muerte es un gélido cuchillo que pone fin a la existencia, sesga la vida con su cruel filo y elimina la conciencia.

»Es la vida lo que yo os pido, es la muerte de lo que yo os hablo, las dos unidas en un mismo suspiro, las dos juntas como un dulce canto.

A Paul no le hizo falta reflexionar ni un segundo para saber la respuesta. Recordó la sensación maravillosa que había sentido cuando vio a Dorado. Recordó la fascinación que le había producido su imponente cuerno en forma de espiral y cómo le había hecho pensar en el paso del tiempo, en el ciclo de la vida. Por otra parte, también le había impresionado su longitud y la afilada punta en que terminaba. Podía ser un arma realmente temible. Sus amigos también averiguaron la solución de inmediato y respondieron todos a la vez.

—El cuerno de un unicornio.

El troll se mostró sorprendido. Alguien que no hubiera visto un unicornio jamás lo habría acertado. No era fácil encontrarse con uno y menos aún ahora que los nokens habían encontrado una forma de terminar con ellos. El troll sorbió los mocos que le colgaban de la nariz, carraspeó la garganta y escupió al suelo una pegajosa masa verde. Una nueva remesa de mocos volvió a ocupar su lugar inmediatamente. Vaciló unos instantes, los observó con curiosidad y al fin apartó la lanza del camino.

—Podéis pasar.

Cruzaron con cautela al lado del monstruo, caminando por el puente improvisado, mientras Yugo vigilaba las reacciones del troll. Este ni siquiera se giró. Permaneció en su sitio, cerrando el paso con su lanza, esperando a que alguien más quisiera usar su puente.

—Menos mal —exclamó Paul aliviado—. No me hubiera gustado tener que enfrentarme a él.

—A nosotros tampoco —apoyó Blanca—. Era repugnante.

—Habla por ti —intervino Nicky algo enfadada—. Al menos, nos habría servido de entrenamiento.

—Nicky —Yugo la miraba serio—. Tenemos que evitar la violencia siempre que podamos. Ya lo sabes.

—Tienes razón —Nicky se sentía furiosa, aunque no perdía los nervios—. Pero si tenemos miedo de enfrentarnos con un troll, ¿qué pasará cuando encontremos a los nokens?

—No debemos correr riesgos innecesarios, Nicky —repuso Yugo—. Nadie tenía

miedo al troll.

—Bueno, yo un poco —exclamó Adolf y su voz se apagó entre sus labios. Nicky lo miró fijamente, Adolf la miró a ella y de repente los dos rompieron a reír.

Cuando alcanzaron el otro lado del río, otro bosque se abría ante ellos. El Bosque de los Gigantes según el plano de los enanos. Era necesario atravesarlo para llegar a su siguiente objetivo, la Montaña del Ídolo. Tendrían que andarse con pies de plomo, su anterior experiencia con uno de aquellos gigantes ciegos no había sido precisamente agradable.

Este bosque no se parecía en nada al de los unicornios. Los árboles eran bajos y anchos y apuntaban al cielo con sus ramas deshojadas, como dedos esqueléticos que surgieran de la tierra. Paul tenía la sensación de que algo había cambiado en el ambiente al cruzar el Río Frontera, al pasar de un lado del valle al otro. Entonces reparó en que las bolitas luminosas que inundaban el aire habían desaparecido. Ahora les rodeaba una bruma gris y el viento frío azotaba su cara de vez en cuando.

Avanzaron con precaución. El suelo se hallaba cubierto de hojas secas y zarzas espinosas que se enroscaban en los troncos. Yugo encabezaba la expedición junto a Paul, seguían Blanca y Adolf y, por último, Nicky, custodiando la retaguardia. Yugo se dio cuenta de que sus sentimientos habían cambiado al cruzar el río, el valle influía en el estado de ánimo, tenía que hacer un esfuerzo por controlarse. Ahora que se acercaban a su objetivo no podían permitirse estar deprimidos o perder la confianza. Esas sensaciones se las influía el propio valle y tenían que aprender a dominarlas si no querían morir allí. Se lo comunicó a sus compañeros, no sería tarea fácil.

No se adentraron mucho en el bosque. Fueron bordeándolo, sin perder de vista el curso del río que les conduciría a la Montaña del Ídolo.

Al poco oyeron unos gemidos espeluznantes. Yugo les ordenó que se detuvieran y le pidió a Nicky que le acompañara a investigar. Se adentraron en el bosque guiados por los gritos, escondiéndose entre los árboles y las sombras. A lo lejos divisaron a un gigante ciego, que en ese momento se mostraba perfectamente visible. Sollozaba y gruñía ferozmente y, de vez en cuando, golpeaba algún árbol con sus temibles garras. El árbol se balanceaba ante la fuerza del impacto y al quinto o sexto golpe se derrumbaba como un alma en pena que por fin encontrara su descanso. Había más de una docena de árboles en el suelo y el monstruo no parecía dispuesto a detenerse. Yugo le hizo una seña a Nicky para retroceder. Cuando se reunieron con el resto, Yugo les explicó lo que habían visto.

—¿Qué crees que le pasa? —se interesó Nicky.

—No lo sé —repuso Yugo—, pero no es asunto nuestro. Ese gigante parece muy enfadado y no me gustaría enfrentarme a él. Ya tuvimos bastante la última vez.

—Deberíamos hablar con él —Paul se frotó la barbilla, resaltando aún más el hoyuelo que la partía por la mitad—. La ninfa del lago dijo que eran seres neutros. Si le ayudamos de alguna manera, nos podríamos ganar su confianza y conseguir que nos devuelva el favor.

—No podemos correr el riesgo —Yugo clavaba sus ojos rasgados en cada uno de ellos—. Sabemos dónde tenemos que ir y lo que tenemos que hacer. Lo primero es cumplir nuestra misión y para ello debemos evitar todos los riesgos innecesarios.

—Comprendo —Paul sabía que Yugo tenía razón—. Me parece bien.

—Me alegro de que compartas mi opinión —Yugo le propinó un amistoso golpe en la espalda.

Se pusieron en marcha y en menos de dos horas alcanzaron los límites del bosque. A lo lejos divisaron lo que parecía una montaña alta y estrecha, cuya cima se ensanchaba imitando la forma de un hongo o una seta gigante. Debía de ser la Montaña del Ídolo.

Decidieron acampar allí. Aunque solo era media tarde se encontraban muy cansados. Esta parte del valle no era como la otra en la que caminaban horas y horas sin cansarse. Además, no podían escalar la montaña de noche y sería más peligroso detenerse en campo abierto. En cuanto la oscuridad cayó sobre ellos, prepararon sus sacos de dormir y se acostaron. A la mañana siguiente tendrían que ponerse en marcha con los primeros rayos de sol.

Blanca se despertó de madrugada. Se levantó de un salto, reprimiendo un grito en su garganta. Un sudor frío recorría su frente y parte de su cuerpo. Intentó tranquilizarse respirando profundamente, pero no le sirvió de mucho. El bosque los envolvía con sonidos escalofriantes que le ponían los pelos de punta. Muy nerviosa, temblando aún, tocó el brazo de Adolf que dormía a su lado. El alemán dio una vuelta dentro de su saco y siguió durmiendo. Blanca lo zarandeó hasta que se despertó.

—¿Qué sucede? —Adolf se mostraba aturdido.

—Baja la voz —le pidió ella.

—Está bien —susurró él—. Pero, ¿qué pasa?

—Siento haberte despertado. He tenido una pesadilla horrible y necesitaba hablar con alguien.

—Cuenta. —Adolf se tapó la boca para ocultar un bostezo. Blanca permaneció callada—. ¿Qué has soñado?

—Eso no importa. —Sus ojos se humedecieron e hizo otra pausa. El alemán la observó intrigado.

—Blanca, ¿te pasa algo?

—No, no es nada. —Otra pausa para respirar profundamente—. Solo quería que supieras que me gustas mucho, Adolf. Creo que me he enamorado de ti.

Adolf la observó con ojos de incredulidad y agradecimiento, sin atreverse a abrir la boca para no romper la magia del momento. Blanca se acercó y le besó. Al principio Adolf no se movió, pero el calor de los labios de ella derritió su fría coraza y reaccionó abrazándola, besándola con tanta fuerza que creyó que se la iba a tragar. Disfrutaron con ansia de las caricias que ya habían olvidado, alimentando sus

sentidos con la suavidad de su piel, el sabor de sus labios, el olor de sus cuerpos. Blanca le lamió el cuello y le arañó la espalda. Adolf le siguió el juego tanteando su pecho, no muy grande, firme y duro, como ella misma. Notó con placer cómo crecía el pezón entre sus dedos y se clavaba en su mano. Ella suspiró con deseo, un jadeo que abultó sus pantalones hasta tal punto que Adolf creyó que le iban a explotar. Metió la mano en su saco para recolocarse el pene, pero Blanca lo detuvo. A cambio lo hizo ella. Adolf se estremeció en un escalofrío. Nunca había sentido nada parecido, nunca había estado tan excitado. Entonces Blanca se detuvo.

—Ahora no podemos hacerlo, Adolf. Paul está de guardia.

—Pero, no me puedes dejar así. Te necesito.

—Y yo a ti, pero tendremos que esperar. Tú tienes la próxima guardia, espera que Paul se duerma y avísame.

—Está bien. —Adolf se acurrucó en su saco sin poder conciliar el sueño. No se quitaba de la cabeza su próxima cita y el pene le palpitaba en los pantalones con cada pensamiento. Nunca habría imaginado que tendría tantas ganas de hacer una guardia. El tiempo se arrastró lentamente hasta que Paul le avisó. Esperó a escuchar los ronquidos de su compañero para llamar a Blanca. Todo su cuerpo temblaba por la excitación. Cogidos de la mano, se alejaron un poco entre los árboles.

—¿Seguro que quieres hacerlo?

—Calla y bésame. —Blanca le empujó contra un árbol, empezó a frotarse contra él y le desabrochó los pantalones. Adolf temblaba de nerviosismo y entusiasmo mientras su lengua se perdía juguetona en la boca de Blanca. Intentó sin éxito desabrochar los pantalones de ella, pero había perdido el control de sus manos. Sus propios pantalones se arrastraban ya por el suelo y Blanca apretaba con fuerza su miembro. *Es enorme, igual que su cabeza*, pensaba ella mientras lo sacaba de los calzoncillos y empezaba a masturbarlo. Observando los intentos frustrados de Adolf, se quitó ella misma sus propios pantalones. Iba a continuar con las bragas, cuando Adolf la detuvo.

—Espera, no te las quites.

—¿Por qué?

—Quiero que las lleves puestas.

Ella sonrió. Adolf se sentó en el suelo con la espalda apoyada en el árbol y Blanca sobre él. Introdujo la mano en sus bragas y se frotó rápidamente. Adolf observó su cara de placer y se excitó aún más. Blanca apartó la delicada tela a un lado y sujetó su pene para indicarle el camino. Al principio le dolió un poco. Adolf contrajo la cara en una mueca de dolor, sorpresa y placer. Blanca se frotó suavemente. Arriba y abajo. Arriba y abajo. El pene se introdujo como un enorme pistón. Ambos soltaron un pequeño gemido, amortiguado para no llamar la atención. Continuó moviéndose. Él apretó sus nalgas, mordió sus tetas y lamió sus pezones. Aquello era lo mejor que le había pasado en la vida. Intentó retrasar el orgasmo, pero el placer era tan intenso que ya no podía controlarlo. Adolf estalló y Blanca gimió de placer al notarlo. Se

derrumbó sobre él y lo abrazó con cariño.

—Lo siento, Blanca —se disculpó.

—Tranquilo. —Le abrazaba con fuerza, protectora—. Me ha gustado mucho, Adolf.

—A mí también. Siento haber aguantado tan poco. Estaba muy excitado.

—Lo entiendo.

Blanca le besó en la boca. Entonces, se puso en pie, se limpió y comenzó a vestirse. Adolf la imitó.

—Voy a dormir. —El cansancio había asaltado ahora el rostro de la española—. Mañana nos espera un día muy duro.

Él asintió. Se acercó a ella, la besó y se volvieron a abrazar.

—Te quiero, Blanca.

—Te quiero, Adolf.

Ella se marchó y él se quedó haciendo guardia. Sus pensamientos volvían una y otra vez a lo que había sucedido. Había sido fantástico. En ningún momento se había acordado de su madre. Tan solo Blanca había ocupado su mente. Nunca lo olvidaría. Mejor aún, no estaba dispuesto a comprobar si podría olvidarlo. A partir de ahora lo harían cada noche. Cada vez que le tocara hacer guardia, correría a despertar a Blanca y la poseería desenfrenadamente. La próxima vez sería mejor, por supuesto. Esta había sido un poco desastre debido a su falta de experiencia, al nerviosismo y al miedo de meter la pata. Sin embargo, todas las próximas veces iban a ser muy diferentes. La práctica hace al maestro, ¿no? Y Adolf era concienzudo y sagaz, capaz de convertirse en maestro de cualquier materia, más aún si le gustaba.

Adolf despertó a Nicky cuando llegó su turno y se fue a dormir. La inglesa se extrañó al verlo tan sonriente, aunque no se molestó en preguntar el motivo. Durmió profundamente las pocas horas que le quedaban y un único sueño se repitió todo el tiempo. Vivía feliz con Blanca en una casa magnífica, rodeados de niños y de muchos amigos. El sueño se alargaba por la noche, con más detalles, más sensaciones, cuando Blanca y él se iban a la cama. Ella lucía un camisón escasísimo que no lograba ocultar ninguna parte de su cuerpo. Adolf sacaba una cuerda con la que la ataba a la cama y...

## CAPÍTULO VIII

### EL ÍDOLO DE OTRO MUNDO

**4 de Agosto.**

Se levantaron cerca de las seis de la mañana. Blanca se mostraba muy seria, con un aspecto más descuidado que de costumbre. Los ojos húmedos y enrojecidos delataban su cansancio.

—Hoy nos tendremos que enfrentar a un ser enorme, un dragón o algo así. Es... creo que es todo lo que os puedo decir.

—Bien —convino Yugo—. En ese caso será mejor que nos preparemos para la batalla.

—¡Un dragón! —Paul hablaba en voz alta consigo mismo—. Es increíble, jamás creí que hubieran existido y mucho menos que pudiera ver uno. —Entonces comprendió realmente las palabras de Blanca—. ¿Pelear contra un dragón? Eso es imposible. Según la mitología es uno de los seres más poderosos que ha existido. No podremos hacer nada contra él.

—Déjate de tonterías, Paul —Nicky se mostraba excitada. Se sentía bien ante la expectativa del combate—. Con nuestras armas somos capaces de vencer cualquier cosa. Podremos con él y con quien se nos ponga por delante. Tan solo necesitamos estar compenetrados y actuar correctamente.

—¿Qué más puedes contarnos, Blanca? —Se interesó Yugo—. ¿Sabes dónde y por qué se producirá el enfrentamiento?

—Creo que será en la Montaña del Ídolo. —La española mantenía su rostro taciturno. Adolf se preguntó si su malestar tendría algo que ver con él y con lo que había sucedido la noche anterior. Después hablaría con ella. Entonces la cara de Blanca cambió, mostrándose más animada—. Creo que no deberíamos ir a esa montaña. ¿Para qué queremos ir allí? No nos hace falta. Vayamos directamente a la guarida de los nokens y terminemos con ellos de una vez.

—No, Blanca —Yugo se mantuvo firme—. Dorado nos indicó que allí es donde las bestias realizan sus sacrificios y nos servirá como un primer contacto. No creo que sea buena idea meternos directamente en la boca del lobo sin tener ni idea de cómo es. Debemos prepararnos. No podemos fallar, hay demasiado en juego.

Blanca bajó la cabeza. Sabía que había cosas que no se podían cambiar. Por mucho que lo intentase, de una forma o de otra, en un lugar o en otro, sucedería lo inevitable.

—No sé qué más puedo decir... era un dragón rojo, muy grande... no recuerdo mucho más.

—Está bien, Blanca, tranquila. —Yugo se acercó a ella—. Creo que hoy estás deprimida. ¿Recuerdas lo que os dije sobre el valle? —Blanca lo miró con los ojos húmedos—. Influye en tu estado de ánimo. Ahora nos encontramos en la parte maligna y cada vez nos adentramos más. Esto hace que nos sintamos cansados, desesperados. Tienes que luchar contra eso, Blanca. Tienes que ser valiente y afrontar tus sentimientos.

—Está bien, lo intentaré —aunque su expresión no acompañaba a sus palabras.

Iniciaron la marcha. Cuando abandonaron el bosque se adentraron en un tétrico desierto plagado de cardos y zarzas espinosas. Cuando alcanzaron los pies de la montaña observaron un estrecho sendero que ascendía rodeándola, como unas improvisadas escaleras de caracol. Se dispusieron en fila india, Yugo a la cabeza y Nicky en la retaguardia. Caminaron con cuidado, pues a pesar de que la anchura era suficiente, la fuerte pendiente y las piedras sueltas la convertían en una trampa mortal. Paul sintió miedo y supuso que sus amigos también, excepto Nicky, claro, que no se asustaba por nada. No sabía lo que les esperaba allí arriba, pero el paisaje ya era bastante desalentador. Intentó mantener la vista fija en un punto, evitando mirar hacia abajo. Sabía lo que era el miedo al vacío y no quería sufrir un ataque de pánico. La altura aumentaba paso tras paso y el camino se le antojaba cada vez más estrecho. Intentó pensar en algo agradable. Era una pena que Nicky vigilara la retaguardia. Si estuviera delante podría fijar la vista en su perfecto trasero y olvidarse de todo fantaseando con ella. Entonces reparó en el culo de Blanca. No era demasiado grande, ni tan redondo como el de Nicky, pero lucía apretado y musculoso. Tampoco debía de estar mal cogerlo con fuerza entre las manos. No, no debía de estar mal. Paul llevaba ya ocho meses sin acostarse con una mujer. Todo un récord para él. Desde que lo hizo la primera vez a los diecisiete años, dulce y cachonda Clarice, nunca había pasado más de un mes sin sexo. Y ahora, entre que las cosas con Juliette habían terminado mal y esta misión que no le permitía relacionarse con nadie más que los del grupo... Empezaba a estar un poco desesperado. Observó el culo de Blanca moverse sensualmente de un lado a otro, siguiendo algún ritmo misterioso. Izquierda, derecha, izquierda y un pequeño movimiento arriba. Derecha, izquierda, derecha y un pequeño movimiento arriba. Y se repetía el ciclo una y otra vez. Pum, pam, pum, pom. Pam, pum, pam, pom. A Paul le recordó el ritmo de una canción, *Sweet light in the night*, de los Orange Monkeys, un grupo de *rock* casi desconocido de la década del 2050. Comenzó a tararearla al ritmo que marcaba el culo de la española.

Aquel sendero enroscado parecía no tener final. Cuando sus piernas y su ánimo comenzaban a resentirse se detuvieron al fin. El camino se perdía en el interior de la montaña, a través de una oscura cueva. Empuñaron sus linternas y siguieron a Yugo que abría paso, manteniéndose alerta para no caer en una trampa. Al poco notaron un hedor que aumentaba en intensidad, y enseguida comenzaron a descubrir huesos y jirones de carne podrida por el suelo y las paredes. Esta vez Adolf mantuvo la compostura. Cogió a Blanca de la mano y apretó los dientes con la cabeza erguida. Al

cabo de un rato vieron una luz al fondo de la cueva. Aceleraron el paso, animados por la expectativa de abandonar aquel pasaje del terror. Sin embargo, lo que les esperaba no les iba a subir los ánimos precisamente.

Al principio no pudieron ver gran cosa debido a la niebla cerrada. El suelo era rocoso, como un tosco empedrado de una ciudad medieval. El viento soplaba con fuerza luchando, sin conseguirlo, por retirar la bruma. Poco a poco se fueron dibujando las formas. Vislumbraron lo que parecía un bosque de árboles altos y rectos.

—Huele fatal —se quejó Adolf.

—¿Y qué esperabas? —Paul señaló a lo alto de uno de los árboles.

Lo que parecían troncos muertos eran en realidad toscas columnas de piedra y encima de ellas había sínoros, restos de unicornios, dragones y otros seres a los que ni siquiera supieron dar nombre. La mayoría estaban muertos, convertidos ya en carroña, pero otros todavía gemían, agonizantes.

Caminaron lentamente entre aquellas columnas de sacrificio.

—Es repugnante —Blanca se tapaba la nariz y procuraba no mirar hacia arriba.

—Es curioso, ¿cómo se les habrá ocurrido construir estas *dakmas*?

—Habla claro, Paul —intervino Nicky—, no estamos para acertijos.

—La palabra *dakma* se podría traducir como torre del silencio. Los persas dejaban en ellas a sus muertos para que los buitres se los comieran. Retiraban el cadáver cuando solo quedaba el esqueleto.

—Qué tierno —continuó Nicky.

—Dejarían ahí a sus enemigos, ¿no? No se les ocurriría alimentar a los buitres con su familia —a Blanca se le hizo un nudo en el estómago.

—Eso es justo lo que hacían. Creían que la muerte era obra del demonio, por lo que el cadáver era impuro. No podían enterrarlos ni quemarlos para no contaminar la tierra o el fuego, así que los colocaban en unas torres circulares. Esto son simples columnas, pero por alguna razón me recuerda al rito persa.

—Creíamos que los *nokens* eran simples fieras que se movían por instinto —intervino Yugo—, pero esto demuestra que son capaces de realizar rituales y construcciones complejas. Creo que los habíamos subestimado. Debemos mantenernos en guardia.

Se produjo un tenso silencio. El sonido del viento los envolvió, amortiguando los gemidos de las víctimas agonizantes. Continuaron avanzando hacia el lugar donde se congregaban todos los sacrificios. Sobre una columna de un metro de altura, de piedra cuidadosamente pulida, se apreciaba un objeto que brillaba en mitad de aquella niebla gris. Estaba rodeado por un círculo de diez estacas, cada una decorada con una cabeza de ojos vidriosos que miraban al infinito.

—¿Será aquello el ídolo de los *nokens*? —El miedo se vio reflejado en la cara de Paul.

—Acerquémonos a averiguarlo —propuso Yugo, abriendo camino.

Le siguieron lentamente, manteniendo siempre la formación defensiva. Sobre la pequeña columna descubrieron un objeto metálico totalmente amorfo.

—¿Qué creéis que será? —Nicky alargó la mano para tocarlo, pero Yugo la detuvo.

—Espera. Debemos analizarlo primero.

Adolf sacó su aparato y enfocó el objeto. En unos segundos devolvió la respuesta y la cara del alemán palideció.

—¿Qué sucede, Adolf? —le espetó Blanca.

—¿Sa... sabéis lo... lo que es... esto? —tartamudeó él.

—No, ¿qué es? —Blanca se mostraba muy preocupada. Su nerviosismo se había manifestado antes en apatía, viviendo la situación sin ningún interés real. Ahora, el asombro de Adolf le había hecho reaccionar al fin—. ¿Qué ocurre? ¿Qué demonios es ese objeto?

—Es... es Vatrix —el alemán dejó escapar una sonrisa de incredulidad.

—¿Qué quieres decir? —Yugo lo sujetó por los hombros y escrutó sus oscuros ojos azules—. Adolf, ¿estás seguro?

—Completamente. Todos los circuitos están destrozados, pero no me cabe la más mínima duda. Es Vatrix.

—¿Vatrix, lo que se utiliza para la circuitería de la máquina del tiempo? —Intervino Paul, al que las clases de tecnología no le habían interesado en absoluto.

—Sí, exactamente —repuso Adolf.

—¿Y cómo es posible? —Nicky se mostraba incrédula—. Según nos explicaste el Vatrix se fabricó gracias a la unión de la tecnología terrestre con la extraterrestre, ¿no?

—Así es. Yo estoy tan asombrado como vosotros. No entiendo cómo se puede encontrar este material en esta época. No tiene sentido.

—¿Y si no fuéramos la primera expedición? —Aventuró Paul.

—¿Qué quieres decir? —Yugo se frotaba el mentón con la mano derecha, intentando buscar una explicación.

—Lo que quiero decir —continuó Paul un poco nervioso— es que quizás se envió una expedición para salvar a los unicornios antes que nosotros y murieron todos.

—Podría ser una explicación —le apoyó Adolf—. Y lo que tenemos aquí son restos de su máquina del tiempo.

—No se envió ninguna expedición antes, de eso estoy seguro —Yugo mantenía la calma, pensativo—. Somos la primera y la única expedición.

—¿Y si nosotros fracasáramos y la enviaran después? —Paul continuaba formulando hipótesis—. Viajando por el tiempo podrían haber llegado antes que nosotros y haber muerto.

—Pero no puede ser, Paul, no tiene sentido —Adolf había recuperado su color natural—. ¿Cómo podrían entrar en el valle? Nosotros somos los elegidos,

¿recuerdas? Nos lo dijo Anselmo de Otak y realmente las pruebas estaban hechas a medida para nosotros. Además, ya no se puede volver a pasar, el camino quedó bloqueado.

—Está bien —Paul contestó de mal humor, los nervios se apoderaban de él—. Yo no sé lo que está sucediendo, ¿vale? Solo intento encontrar una explicación razonable.

—Tranquilo, Paul —la voz de Yugo sonó conciliadora de nuevo—. Lo que tenemos que hacer es seguir investigando, buscar alguna pista que nos aclare este misterio. Y mientras tanto debemos seguir con la misión para abandonar cuanto antes este lugar maldito.

—Este valle no deja de sorprendernos —Paul se mostró más calmado—. Pero cada vez me gustan menos sus sorpresas.

Comenzaron a examinar el lugar en busca de algún otro indicio de su época, ropa, armas, dispositivos electrónicos, cualquier cosa que pudiera aportar algo de información. Se separaron cada uno en una dirección, mas no tuvieron tiempo de buscar mucho. De repente una oscura sombra se cernió sobre ellos. Un ser enorme describía círculos en el cielo, como un buitre dispuesto a devorar la carroña. Yugo les ordenó que empuñaran sus armas y se resguardaran tras las rocas. Blanca no pudo obedecer, cayó al suelo de rodillas y comenzó a vomitar convulsivamente, entre sollozos. Adolf se acercó a ayudarla y entonces ella se desmayó, golpeándose la cabeza. Adolf la cogió por las axilas y la arrastró hasta el cobijo de una gran roca. Le lavó la cara con el agua de su depósito y le humedeció la nuca. La dejó apoyada en el suelo y preparó su pistola *Sound Metal*. Esta disparaba proyectiles de aluminio a la velocidad del sonido y el retroceso era prácticamente nulo. Esta vez Adolf no se iba a acobardar, esta vez se comportaría como un héroe. Haría que Blanca se sintiera orgullosa de él. Él la protegería.

El dragón era de color rojo muy brillante. Planeaba sin necesidad de mover las alas, describiendo círculos. Entonces soltó una gran bocanada de fuego y aterrizó junto al ídolo.

—Bueno, bueno, bueno. —Era un monstruo enorme, de cinco o seis metros de altura—. ¿Hay alguien por aquíiii?

Al principio Yugo albergó la esperanza de que no les hubiera visto, sin embargo se dio cuenta en seguida de que estaba jugando con ellos. Así que abandonó su escondite y saltó encima de la roca.

—Mi nombre es Yugo Taro —empuñaba con decisión su pistola de descargas eléctricas. Había puesto la potencia al máximo, lo que sería suficiente para freír a un elefante, incluso a una ballena, pero ¿serviría de algo contra un dragón? Deseó no tener que averiguarlo.

—¡Oh, qué nombre tan bonito! —Se burló el dragón—. Un poco simplón, Yugo Taro, aunque no suena mal. ¿Quieres saber mi nombre?

—Creo que sería lo correcto —Yugo se mantuvo serio.

—Mi nombre es Raspitaranates. Sin embargo tú me puedes llamar Muerte.

—¿Qué quieres de nosotros? —Yugo estaba preparado para entrar en acción en cualquier momento. Estudiaba al dragón con detenimiento buscando un punto débil.

—Buena pregunta, cariño... para un tonto. —Mientras hablaba frotaba las garras de una zarpa contra la otra, afilándolas, y dejaba entrever sus largos colmillos amarillentos que resaltaban sobre el rojo oscuro de su escamosa piel—. ¿Acaso no es evidente lo que quiero de vosotros? Solo os pido la vida.

—¿Por qué? ¿Qué tienes contra nosotros?

—Absolutamente nada, cariño. Simplemente me aburro y he venido a jugar un poco. ¿Acaso no queréis jugar conmigo?

—Yo jugaré contigo —Nicky abandonó su escondite empuñando su arma de balas explosivas—. De pequeña jugaba a un juego que consistía en descubrir las veinte formas diferentes de freír a un lagarto. ¿Lo conoces? Creo que hoy experimentaremos las veinte, una tras otra.

—¿Freír? ¡Oh, sí, me encanta esa palabra! Pero creo que no será un reptil quien se fría hoy aquí. —El dragón la observó con su afilada sonrisa, aspiró profundamente y escupió una ráfaga de fuego. Los cadáveres que había cerca de Nicky se carbonizaron al instante, desintegrados. Ella ni siquiera se inmutó, se formó a su alrededor una especie de concha mágica en la que el fuego no podía penetrar. El protector térmico que le proporcionó Adolf justo antes de entrar en el Valle le había salvado la vida. También a sus compañeros, pues aquel fuego los habría carbonizado a todos en un instante. El dragón se quedó perplejo.

—¿Sorprendida, lagartija? —Nicky dejó asomar una sonrisa burlona—. ¿De verdad creías que te iba a ser tan fácil?

La inglesa hizo dos disparos. Uno acertó en el pecho de la bestia, el otro en una garra. Ninguno de los dos le hizo el más mínimo efecto.

—¿De verdad creías que iba a ser tan fácil, cariño? —Se burló el dragón. Y entonces le impactó en el pecho un rayo eléctrico. El arma de Yugo vibraba entre sus manos con la máxima potencia. El dragón comenzó a temblar envuelto en tremendas convulsiones. Aunque más que temblar parecía que estaba bailando. Y así era, al poco se detuvo sin importarle que el rayo siguiera descargándose sobre él.

—Gracias, cariño. Pero no tengo ganas de bailar más. Ya puedes detener tu precioso juguete. —Atacó a Yugo con un movimiento rápido, una garra, después la otra, seguidas de una dentellada. Yugo saltó con maestría, dio una voltereta en el aire y rodó por el suelo quedando a la espalda del dragón. Este levantó la cola y atacó de nuevo. Yugo volvió a rodar y la cola se estrelló en una roca, a la que le arrancó un buen pedazo.

En ese momento apareció otra silueta en el cielo, otro dragón rojo que descendió rápidamente hasta ellos.

—¡Raspi! ¿Qué demonios estás haciendo? —gritó furioso el que parecía mucho más viejo que el otro. Lucía una larga y fina barba blanca y los ojos grises y

cansados.

—No se te ocurra meterte en esto, Lomar —Raspi se encaró al anciano.

—Tú eres quien no se debería haber metido. Dejamos muy claro que los dragones nos mantendríamos al margen de esta guerra. Raspi, debes cumplir nuestras normas o te enfrentarás al Gran Consejo de Levar.

—¡Me da igual lo que digas! —gritó Raspi—. No me importáis nada, ni tú, ni el Gran Consejo. ¿Me oyes, Lomar?

—Sé que te han ofrecido oro, Raspi, sé que los nokens tienen mucho, pero hay cosas más importantes. Nosotros no debemos intervenir. Vámonos de aquí.

—¡Déjame en paz, Lomar! ¡Déjame en paz! ¡No os soporto! Dejarme vivir tranquilo con mi oro, es lo único que me importa. ¡Olvidadme de una vez!

—No puedo hacerlo. Las leyes son sagradas.

Lomar lanzó una dentellada al cuello de Raspi, que la esquivó aprovechando para atacar con su garra derecha. El viejo gritó de dolor cuando se desprendieron algunas escamas de su piel y brotó un reguero de sangre. Respondió lanzando ambas garras, pero sus movimientos eran lentos y Raspi lo detuvo fácilmente. Forcejearon un poco y Lomar giró el cuello sorprendiendo al dragón joven con una dentellada que se clavó en su hombro. Raspi gruñó furioso y descargó un zarpazo sobre la cabeza de su enemigo que le dejó un profundo corte alrededor del ojo. El viejo quedó aturdido y el otro se abalanzó sobre él desgarrándole el cuello con sus poderosas mandíbulas. Lomar cayó al suelo con la garganta destrozada. Raspi se giró hacia ellos. Su rostro ensangrentado y su cara furiosa anunciaban que se había terminado el juego. Se preparó para atacar a Yugo. Tensó las garras, elevó la cola en el aire y dobló las patas traseras dispuesto a saltar. Se detuvo de repente, sorprendido porque Dorado acababa de aparecer junto a Nicky. En la cabeza de la inglesa se materializaron unos pensamientos sin que nadie pronunciara palabra. *Dispárale a los ojos. Ese es su punto débil. Yo haré que los abra bien, pero tú encárgate de acertarle en un ojo.* Nicky empuñó con decisión su arma. Adolf y Paul abandonaron su escondite y se situaron junto a Yugo, que se protegía tras una roca que le cubría medio cuerpo. El unicornio avanzó hacia el dragón, despacio, con seguridad. Raspi parecía fuera de sí. Sus ojos centelleaban, convertidos en dos bolas sanguinolentas que hacían juego con el resto de su cuerpo. Las escamas y los jirones de carne arrancados a Lomar colgaban aún de sus colmillos, chorreando sangre y salpicando a diestro y siniestro. El unicornio continuaba acercándose. El dragón se giró y lanzó un rápido ataque con la cola. Dorado desapareció justo antes de que pudiera alcanzarlo y se materializó de nuevo a su espalda. Embistió al monstruo sin compasión, sin darle oportunidad de comprender lo que había sucedido. Su cuerno de oro se clavó en un costado del dragón que soltó un grito espeluznante. Nicky observó cómo se abrían los ojos de la bestia de par en par, apuntó y disparó rápidamente. El monstruo se giró en el último momento y el proyectil explotó en su cogote sin mayores consecuencias. Intentó golpear a Dorado, pero el unicornio había desaparecido mucho antes de que pudiera

acercarse. Yugo, Adolf, Paul y Nicky abrieron fuego a discreción. Raspi se sintió acorralado y atacó al grupo con la cola. Yugo y Paul saltaron de su escondite e hicieron cabriolas para escapar, sin embargo Adolf tropezó y cayó al suelo. El dragón avanzó rápidamente, se colocó encima de él y abrió su pútrida boca dispuesto a devorarlo. Dorado apareció a su derecha y le embistió con todas sus fuerzas a la vez que el dragón descendía sobre Adolf. El alemán se preparó para disparar su *Sound Metal* y antes de que pudiera hacerlo las fauces de la bestia se cerraron sobre él, justo cuando el cuerno del unicornio alcanzaba su objetivo. El terrorífico alarido de la bestia les heló la sangre, mientras el cuerpo de Adolf se desplomaba sobre el suelo. Nicky no desaprovechó la oportunidad. Esta vez la bala atravesó el ojo izquierdo del monstruo y su cabeza explotó en miles de pedazos, salpicando alrededor sangre, sesos y trozos de cráneo.

Nadie se atrevió a moverse durante unos segundos. Nicky echó a correr hacia Adolf, que era el único herido y permanecía inmóvil en el suelo. Deseó con todas sus fuerzas que se encontrara bien. Podía ser muy fría algunas veces, casi siempre en realidad, sin embargo Nicky se preocupaba por sus compañeros tanto o más que por sí misma. Para ella ni siquiera una misión era más importante que las personas, aunque esto iba en contra de las directrices que habían tratado de inculcarle en el ejército. Sí, antes de entrar en el servicio secreto había pasado cinco años en el ejército, donde hizo muy buenos amigos. Recordaba perfectamente aquella misión en la que les encargaron recuperar un robot excavador que había perdido el control durante la reparación de unas grietas en la cúpula de la ciudad de Manchester. De repente se volvió loco, arrolló a dos androides y comenzó a embestir la cúpula. Como ya estaba agrietada no tardó en ceder, creando un gran agujero por el que salió a la zona exterior. Los servicios de seguridad se pusieron en marcha y el agujero se cerró provisionalmente con una compuerta acoplable, evitando así que la ciudad fuera invadida por la contaminación mientras realizaban la reparación definitiva. Ahora el problema consistía en recuperar el robot excavador de la zona exterior y esta tarea se le asignó al ejército. Un comando de cinco personas entre las que se encontraba Nicky Porter salió en su búsqueda en una nave de exploración, guiados por el localizador del propio robot. Lo encontraron haciendo un agujero en el suelo, entre varios montones de basura. En cuanto detectó movimiento se giró hacia ellos y les atacó. Chris Stone era el mejor amigo de Nicky y un auténtico temerario, por lo que le apodaban Crazy Stone. Saltó encima del robot dispuesto a desconectarlo, pero con un giro certero del brazo excavador le acertó en la cabeza, destrozándole el casco. Crazy se desplomó sobre el chasis del robot, inconsciente. Nicky debía actuar rápido si no quería perder a su amigo. Preparó una máscara de oxígeno mientras otro de sus compañeros, Martin, sacaba una bomba lapa. Entre los cuatro rodearon la máquina que atacó a Martin. Este la esquivó con una cabriola y le pasó la bomba a Steven. Nicky saltó

encima y antes de que sus pies tocaran el frío metal ya le había puesto la máscara a Crazy. Lo cargó sobre su hombro y lo sacó de allí con otro salto. Steven corrió por la derecha esquivando los ataques y le pasó la bomba a Sarah que se situaba justo enfrente. El pesado vehículo iba a arrollarla y ella no se inmutó. En el último instante se tiró al suelo, quedando entre las ruedas de la máquina que le pasó por encima. Cuando surgió al otro lado la bomba había desaparecido de sus manos. Corrieron a su nave de exploración y se alejaron de allí. En la distancia observaron la explosión que convirtió al robot en otro montón de escombros para la zona exterior.

Este tipo de misiones les servían como entrenamiento. *Recuperad el robot o acabad con él con una bomba lapa*. No disponían de más armas, ni proyectiles. Una única bomba que debían colocar con sus propias manos, propiciando así el enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Nicky siempre había destacado por su efectividad a la hora de concluir misiones, sin embargo, en esta ocasión había tenido que quedarse al margen para salvar la vida de su amigo. Y se sentía muy orgullosa. Podía ser una persona fría, pero realmente se preocupaba por sus amigos.

Y ahora se encontraba en otra situación en la que uno de sus compañeros había caído. ¿Cómo estaría Adolf? Tenía que darse prisa. Antes de llegar junto a él ya había preparado la crema cicatrizante por si necesitaba curar las heridas. Se detuvo a su lado con el corazón en un puño, sin dar crédito a lo que veía. La sangre corría por el suelo formando espesos riachuelos de color púrpura. El cuerpo del alemán mostraba un reguero de orificios que lo recorrían de arriba abajo, la huella de una afilada dentadura cuajada de colmillos. Tenía la cabeza igualmente abierta por un agujero que le había atravesado la frente y reventado el cráneo. Nicky observó la masa pegajosa y oscura que se derramaba por su cara y supo que estaba viendo su cerebro, aquel cerebro prodigioso que había contribuido a la invención de la máquina del tiempo.

Sus compañeros se acercaron y ella les cortó el paso.

—Está muerto —sus ojos se humedecieron y su voz vaciló. Paul se quedó de piedra ante la noticia y se sorprendió mucho al ver la cara de Nicky. Era la primera vez que descubría en ella un atisbo de emoción—. No os acerquéis, no es un espectáculo agradable.

Entonces apareció Blanca que durante toda la batalla había permanecido oculta tras las rocas donde la había resguardado Adolf. Su cara pálida, sus movimientos lentos y su andar pesado la habían transformado en un alma en pena que surgía entre las cabezas ensartadas en estacas, la niebla gris y el olor a putrefacción. Observó con rabia al dragón decapitado y se encaminó hacia el cuerpo de su amigo... Allí estaba Adolf tumbado en el suelo, Adolf con la cabeza abierta, Adolf muerto, tal y como lo había visto en su sueño, la misma imagen que había quedado grabada en su mente, repetida hasta la saciedad cada segundo de aquel luctuoso día.

Nicky la detuvo.

—No te acerques, Blanca, no se puede hacer nada por él.

—Quiero verlo —la voz de la española sonó serena y fría, enmascarando la furia y la impotencia que sentía por dentro—. Déjame pasar, Nicky. Quiero verlo.

La inglesa se apartó al descubrir la frialdad de sus ojos. Blanca se arrodilló junto al cadáver, lo cogió por el cuello y lo abrazó con fuerza, manchándose de sangre y vísceras. Entonces comenzó a llorar, balanceándose de un lado a otro.

—Lo siento, Adolf, lo siento muchísimo. —Sollozaba, escupiendo las palabras—. Yo soñé que esto sucedería, ¿sabes, Adolf? Yo lo sabía y no fui capaz de advertirte.

Yugo avanzó hacia Blanca, pero Paul lo detuvo.

—Deja que se desahogue —las lágrimas anegaron los ojos del francés. Yugo contempló la escena con remordimientos. Había perdido a uno de sus hombres, jamás podría perdonárselo.

—De verdad que lo siento, Adolf —Blanca continuaba balanceándose, apretando contra su pecho el cuerpo del alemán—. Pero tú no lo entiendes. Yo no podía hacer nada. Nadie podía hacer nada. ¡Nada! ¿Me oyes? ¡Nada!

»No fue un presagio, sino una revelación. —Su voz temblaba manifestando su sufrimiento—. Fue uno de esos sueños en los que lo veo todo claro, sé exactamente lo que va a pasar, pero no puedo hacer nada para cambiarlo. ¿Sabes lo que significa esa palabra? ¡Nada! ¡No puedo hacer absolutamente nada! De vez en cuando vienen, inundan mi mente y después solo puedo esperar. Esperar pacientemente a que ocurra lo que he visto sin opciones para decidir. Sin poder intervenir... sin poder cambiar... ¡Nada!

»¿Por qué? ¿Por qué a mí? Hay cosas que no quiero saber. Hay cosas que nadie debería saber. ¿Por qué tú, Adolf? ¡Maldita sea! ¿Por qué tú?

Yugo pensó que ya había esperado suficiente. Se acercó a Blanca, la obligó a dejar el cadáver y la abrazó con ternura. Blanca rompió en un llanto incontrolado, mientras le golpeaba el pecho desahogando su frustración. Yugo la abrazó con más fuerza, esperando pacientemente que se tranquilizara.

## **15 Enero de 1062. Guarida de los nokens. Valle de los Unicornios.**

Deilita era un hada del bosque que había ido a los Prados del Arco Iris a recoger flores. Paseaba tranquilamente seleccionando las más bonitas y variadas que componían su ramo, cuando escuchó unos alaridos. Con curiosidad y buena voluntad avanzó en la dirección de los gemidos, entre algunas plantas altas de color violeta. Sobre una piedra halló a un duende tumbado, sangrando cuantiosamente y gimiendo, sin poder moverse. Deilita se acercó, seleccionó unas cuantas hierbas y las roció con los luminosos polvos de sus alas, preparando así una poción curativa. Cuando el duende reparó en su presencia intentó gritar, pero de su boca no surgieron más que gemidos y borbotones de sangre. El duende sacudió las manos con fuerza para indicarle que se alejara, pero antes de que Deilita se percatara de su lengua arrancada,

oculta entre las hierbas, una horda de monstruos se abalanzó sobre ella. El hada agitó sus alas enérgicamente, recogió el polvo mágico y lo lanzó contra los nokens. Dos se convirtieron en piedra y otro sencillamente desapareció, pero los tres que quedaban la atraparon y la sujetaron por manos, piernas y alas. Había un noken más bajo y aparentemente más débil que los demás, uno que no tenía alas y cuya piel despedía un suave brillo azulado, uno que se había mantenido al margen y una vez que el hada había sido reducida se acercó gruñendo, caminando despacio, saboreando la victoria. Los demás monstruos también emitían horribles gemidos, haciendo chirriar con furia los dientes de sus dos bocas. El hada forcejeó por liberarse mientras aquel noken enano se dirigía hacia ella, se detenía junto al duende y lo aplastaba contra la roca. Deilita cerró los ojos horrorizada. Si ya era difícil soportar el aspecto de los nokens, aún más la violencia con que actuaban. El monstruo se situó a su espalda. Empuñaba una daga oxidada que elevó mientras con la otra garra le sujetaba las alas. Las cortó lentamente, regocijándose con sus gritos de dolor y de terror, gritos de impotencia pues sabía que sin sus alas quedaba completamente indefensa, despojada de su poder y su fuerza. Al final, Deilita perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí todo era mucho peor. Se encontraba en una cueva, encadenada al suelo de manos y pies y rodeada de nokens que corrían por el suelo y el techo, gruñendo y peleándose entre ellos. Los que no peleaban se acercaban a ella exhibiendo sus penes enormes y deformados y comenzaron a violarla de forma salvaje. La baba chorreaba de sus bocas mientras la penetraban y lamían su delicado cuerpo con la lengua negra y áspera de la boca de su barriga. Deilita vomitó varias veces, hasta que de nuevo perdió el sentido.

Cuando se volvió a despertar solo quería morir. Le dolía todo el cuerpo, como si tuviera varios huesos rotos, sangraba abundantemente por diversas heridas y no podía ver por uno de los ojos. Entonces atronó en la estancia una voz ronca y deformada, seguida de otra igualmente tétrica que gritaba algo. El noken enano de piel azulada se acercó a Deilita y sujetándola por el poco pelo que le quedaba la obligó a beber un brebaje de olor nauseabundo. Su mente se enturbió y millones de datos acudieron a su cabeza de forma incontrolada.

—¿Cómo podemos acabar con los unicornios? —Una de aquellas voces cascadas escupió la pregunta sin vocalizar del todo.

—¿Cómo podemos acabar con los unicornios? —Repitió otra voz parecida.

Deilita se encontraba extenuada, ya no le quedaban fuerzas para hacer frente a los efectos hipnóticos del brebaje preparado por las hadas negras que colaboraban con los nokens. Su voluntad había quedado eliminada y ahora su inconsciente controlaba su cuerpo, dominado por la droga.

—El poder de los unicornios reside en su cuerno —recitó Deilita mecánicamente — y la única forma de acabar con ellos es cortándoselo.

—Bien —gruñó una de las siniestras voces, mientras la otra continuaba—, ¿y cómo podremos capturarlos para cortarles el cuerno?

—Hay una planta en el Bosque de Flores llamada Darmina. Sus extractos inutilizan momentáneamente algunas partes del cerebro, impidiendo pensar con claridad. Los unicornios se verán confundidos y no serán capaces de usar su magia mientras estén bajo sus efectos.

—Entiendo —rugió excitada una de las voces.

—Haremos un perfume con los extractos de esa planta —gruñó la otra, mascando las palabras.

—Sí —las voces se alejaron, abandonando tras de sí un eco que rebotaba entre las paredes—. Pronto estaremos en casa.

Una horda de nokens se arremolinó sobre Deilita. Por suerte no llegó a recuperar la consciencia mientras los dientes de las bestias rechinaban en las tinieblas para despedazarla.

#### **4 de Agosto de 1062. Montaña del Ídolo. Valle de los Unicornios.**

Yugo consolaba a Blanca entre sus brazos, intentando que se tranquilizara y recuperara el control. La española se dejaba abrazar con el cuerpo lacio, derrotada, sin ganas de seguir viviendo, culpándose a sí misma por la muerte de Adolf. Primero su marido y ahora, cuando por fin había vuelto a sentirse preparada para iniciar una relación, volvía a repetirse la historia. Ella había visto lo que iba a suceder y no había hecho nada para evitarlo. No podía dejar de llorar, se sentía impotente, desamparada, desesperada. Estaba maldita, sabía que jamás podría volver a amar y ser correspondida.

Entonces Dorado se dirigió hacia el cadáver del alemán. Yugo y Blanca se apartaron a un lado fascinados porque su cuerno había comenzado a brillar, disolviendo con su poder la sangre del dragón que lo teñía de rojo.

—No debéis preocuparos por vuestro amigo —la voz del unicornio resultó como una caricia muy esperada. Blanca dejó de llorar, de repente se sintió tranquila y notó resurgir la esperanza.

Dorado se detuvo frente al cadáver, a la vez que Paul se acercaba a su lado para no perder detalle. El cuerno de oro se encendió con una intensidad cegadora, derramando su luz sobre el cuerpo mutilado del científico. La sangre comenzó a coagularse y desaparecer pero, de repente, la luz se extinguió sin más. La mente de Dorado se vio atrapada en una telaraña pegajosa. A los otros cuatro les sucedió exactamente lo mismo. Quedaron paralizados sin entender lo que sucedía, sin ni siquiera importarles lo que pudiera suceder. Se habían convertido en muñecos, en simples juguetes a expensas de tres demonios que surgieron de las rocas. Eran tres, sí, tres sombras escurridizas que se movían con rapidez. Dos de ellas atraparon al unicornio y alzaron el vuelo describiendo círculos de satisfacción en el aire. La tercera se desplomó sobre Blanca y la arrancó del suelo entre sus afiladas garras.

Cuando recuperaron la conciencia, los rugidos y el rechinar de colmillos se perdían ya en la lejanía.

—¿Qué ha sucedido? —Yugo se sentía desconcertado. El cuerpo inerte de Adolf continuaba en el suelo, mientras que Dorado y Blanca habían desaparecido.

—No lo sé —Paul se frotaba la cabeza sin dar crédito a sus ojos.

—Tres sombras, Yugo. —Nicky intentaba aclarar sus pensamientos en voz alta—. Recuerdo tres sombras.

—Sí, tienes razón —el japonés se esforzaba por analizar y entender la situación. La afirmación de la inglesa le sirvió de gancho para rescatar los restos de una imagen de las profundidades de su mente—. Vinieron y se los llevaron. Lo sé, pero no puedo recordarlo.

—Yo también lo sé —explicó Nicky—. Fueron los nokens. Han estado aquí, delante de nuestras narices y han secuestrado a Dorado y a Blanca. Pero, ¿cómo? ¿Por qué no hicimos nada? ¿Por qué ni siquiera podemos recordarlo?

—El perfume —aventuró Paul, turbado aún—. El sabio nos explicó que los nokens acabarían con los unicornios gracias a un perfume que confundía sus pensamientos, dejándolos indefensos al no poder utilizar su poder.

—Claro —continuó Yugo—. A nosotros también nos afecta ese perfume. Nos hemos quedado bloqueados, mientras esos monstruos capturaban a Dorado y a Blanca. ¡Maldita sea! —Ahora Yugo estaba furioso, endemoniadamente furioso consigo mismo—. ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¿Cómo he podido cometer este error? ¿Cómo...?

—¡Oh, Dios! —Paul también parecía empezar a perder los nervios—. ¡El jodido perfume! No podemos ser tan estúpidos. ¡Joder! ¡No podemos ser tan estúpidos! ¿Por qué no nos pusimos las máscaras antes de venir aquí? ¡Fue culpa tuya, Yugo! Tú deberías haber dado la orden. Nos tendríamos que haber puesto las máscaras mucho antes de estar cerca de los jodidos nokens, antes incluso de entrar en este maldito valle. —Zarandeó a Yugo, que desviaba la mirada, humillado—. ¿Por qué? ¿Por qué no nos pusimos las jodidas máscaras?

Nicky sujetó a Paul, obligándole a soltar a su líder.

—Basta ya, ¿os habéis vuelto locos?

Paul se revolvía, intentando zafarse mientras miraba a Yugo con cara de odio.

—¡Suéltame, Nicky! Suéltame, joder. ¡Ha sido culpa suya! —El japonés se derrumbó en el suelo, mientras Paul continuaba gritando y forcejeando.

—¡Cállate ya! —La inglesa le retorció el brazo y el francés gritó de dolor—. No podemos perder la cabeza ahora, ¿me oís? —Nicky obligó a Paul a sentarse—. Esto va también contigo, Yugo, mírame de una vez. —Levantó la cabeza. Sus ojos rasgados se mostraban enrojecidos, aunque incapaces de albergar lágrimas—. Tenemos que superar esto. Tenemos que seguir con la misión. Lo que ha sucedido aquí no ha sido culpa de nadie. Nos han tendido una trampa y hemos caído en ella, pero aún no nos han derrotado. —El japonés la miraba sin reaccionar, mientras que

Paul había comenzado a llorar, desolado por la presión, por lo precipitado de los acontecimientos. Nicky se acercó a Yugo—. ¿Recuerdas lo que nos dijiste sobre el valle? —Permanecía impasible—. No te dejes influir por el valle, Yugo. Te necesitamos. No podemos seguir sin ti. Eres nuestro líder.

Recordó la conversación de esa mañana, cuando él mismo había arengado a Blanca de una forma muy parecida. Entonces, vio a su padre que se mostraba enfadado y lo observaba con expresión severa. *No te puedes rendir, Yugo, eres el jefe de esta misión. Ellos dependen de ti, no los puedes abandonar. Levántate, Yugo, levántate y concluye tu misión.* Los sermones de su padre siempre le habían calado muy hondo, para él su padre había sido una especie de Dios que nunca se equivocaba, alguien justo y honorable con quien no se podía discutir porque siempre tenía razón. Yugo se puso en pie y abrazó a la inglesa.

—Gracias, Nicky, tienes razón. Mientras quede esperanza no nos rendiremos.

Se acercó al cuerpo de Adolf, mientras ella se encaminaba hacia el francés que lloraba sentado con la cabeza entre las piernas. Le acarició el pelo y después las mejillas. Por fin se tranquilizó.

—Sabes que todo terminará bien, ¿verdad, Paul? Formamos un buen equipo, nos hemos entrenado para esto y no podemos perder. Ahora somos menos, pero eso no debe amedrentarnos sino todo lo contrario.

Paul le estrechó la mano con ansia. Ella se acercó y le besó en la mejilla. Se miraron durante un rato con complicidad, sin necesidad de intercambiar más palabras, ya estaba todo dicho, tan solo tenían que asumirlo. Paul se puso en pie y lentamente caminó hasta su jefe.

—Lo siento mucho. Siento de veras todo...

—Olvídalo —Yugo se giró y le apretó el hombro con complicidad—. No ha sido culpa tuya, no es culpa de nadie. Nicky tiene razón, es el valle. Trata de controlarnos y no lo podemos permitir.

Yugo sujetaba la máquina del tiempo en la otra mano. Se la mostró a Paul.

—¿Qué sucede?

—No funciona.

—Estás de coña, ¿no?

Yugo no contestó. Paul cogió la máquina e intentó encenderla. No lo consiguió.

—Se debió de romper cuando el dragón atacó a Adolf.

—No puede ser, tiene que funcionar. —Comenzó a golpearla, furioso. Nicky se la quitó de las manos.

—¿Crees que podremos arreglarla?

—No lo sé, pero sea como sea, nos llevará tiempo. —Yugo había recuperado su seguridad—. Lo mejor que podemos hacer es emprender el camino hacia la guarida de los nokens. Si conseguimos arreglarla antes de llegar allí volveremos atrás en el tiempo para intentar cambiar lo que ha sucedido aquí. Si no lo conseguimos, sencillamente destruiremos a los nokens y a su jefe y salvaremos al unicornio.

—¿Y cómo sabemos que no lo han matado ya? —Discutió Paul.

—No lo sabemos, pero según tu información el unicornio morirá el quince de Agosto. Debemos suponer que mantendrán al unicornio vivo hasta esa fecha. Quizás tienen que cumplir algún tipo de ritual antes de matarlo o algo así. No lo sé, pero estoy seguro de que si estuviera muerto lo sabríamos. Pongámonos en marcha.

Yugo cerró los ojos del cadáver de Adolf y recogió su mochila. *Lo siento, amigo.* Sacó de su mochila una pequeña cajita que contenía varios tubos de plástico en forma de U. Eran los filtros de aire. Se ajustó uno en la nariz y le entregó otro a sus compañeros.

—No volveremos a cometer el mismo error —y echó a caminar sin mirar atrás. Nicky y Paul lo siguieron en silencio y descendieron la montaña sin prisa. Después se encaminaron hacia el Bosque de los Gigantes, donde acamparían esa noche, antes de iniciar la expedición a la guarida de los nokens.

Aquella tarde y gran parte de la noche la pasaron estudiando la máquina del tiempo. ¿Podrían arreglarla? Sin los conocimientos de Adolf no les iba a resultar una tarea fácil.

## CAPÍTULO IX

### MALEFICUS DEVITO MISERIA

**26 de Diciembre de 1997. 11:55 p.m. En casa de Gaia.**

—No puede ser —interrumpí de nuevo a aquel hombre misterioso, que ya iba por el tercer cubata. Permanecía sentado en el sofá con la espalda recta, mientras yo lo observaba asombrado desde mi sillón favorito—. ¿Me estás diciendo que mueren a la vez Adolf y Blanca y que encima han capturado al unicornio del cuerno de oro?

—No —clavó en mí sus pequeños ojos azules, sonriendo, siempre sonriendo—. Yo no he dicho que muriera Blanca.

La tele continuaba encendida aunque hacía ya rato que nadie reparaba en ella. Mis ojos se clavaban en aquella boca pálida para observar las palabras que la abandonaban convertidas en imágenes que alcanzaban directamente mi cerebro.

—Bueno, da igual —continué disgustado. ¿Qué clase de historia me había venido a contar aquel tipo? ¿Una donde morían todos los protagonistas y ganaban los malos?—. No me gusta cómo se desarrollan los acontecimientos, Adolf y Blanca fuera de combate, Paul y Yugo medio desmoralizados, mientras que Nicky, más o menos, es la única que aguanta la compostura. Les queda un buen trecho para llegar a la guarida de los nokens y cuando lleguen allí, ¿qué van a hacer contra todos esos monstruos?

—No adelantes acontecimientos. Si quieres saber lo que sucede tendrás que seguir escuchando.

Desde luego que quería. Las cosas tenían que cambiar, no sabía cómo pero tenían que cambiar y, por supuesto, para mejor. Quizás Yugo consiguiera arreglar la máquina del tiempo y podrían así regresar a la montaña para cambiar lo ocurrido. O quizás Dorado se escapara gracias al poder de su *Cuerno-de-Oro-Anti-Perfumes* que en un primer momento había fallado, pero pronto se pondría en funcionamiento. Entonces resucitaría a Adolf y todos juntos les darían por el culo a los nokens a la vez que rescataban a Blanca.

No sabía cómo, aún, aunque era evidente que las cosas mejorarían. Al fin y al cabo aquel tipo pretendía que escribiera una novela y dudo mucho que pensara que una historia de aventuras con un final trágico se fuera a convertir en un Best-Selle.

—Estoy deseando que continúes aunque espero que no haya más sorpresas desagradables.

—Yo solo te cuento lo que sucedió. No me estoy inventando nada.

—Está bien, está bien. Prosigue, por favor.

El hombre asintió con la cabeza antes de apurar el cubata que había vuelto a rellenar hacía poco. Paseó los ojos por la tele con indiferencia, continuó por el

bodegón que había pintado mi madre y terminó clavándolos en mí, devolviéndoles el intenso brillo azul que los caracterizaba, cuando retomaba el hilo del relato.

## **5 de Agosto de 1062. Bosque de los Gigantes. Valle de los Unicornios.**

La noche posterior a la batalla con el dragón fue una de las peores de su vida. Paul seguía muy apenado y su cabeza se había convertido en una especie de amplificador que potenciaba y hacía casi insoportable cualquier sonido del bosque. El viento entre los árboles llegaba a su cerebro convertido en continuos rugidos y tétricos susurros que le desgarraban la moral y alimentaban sus temores. Las pocas veces que pudo conciliar el sueño fue para sumergirse en un mundo de pesadillas del que despertaba aún más estresado y fatigado que antes.

En uno de sus sueños Paul se aventuraba en una expedición de reconocimiento cuando de repente tropezaba con un dragón. La bestia se estaba dando un gran festín, arrancando grandes pedazos de carne de un amasijo sanguinolento que sujetaba bajo su pata derecha. Cuando reparó en Paul se giró: *Saludos, forastero, ¿quieres comer conmigo?* El monstruo elevó su zarpa, acercándole la carne chorreante de sangre. En ese momento el francés pudo distinguir qué era lo que comía. Observó una gran cabeza abierta en canal, de la que se desprendían los sesos a través de rizos oscuros, observó los grandes ojos azules, vidriosos, secos, abiertos de par en par, como un par de ventanas que ya no ocultaran nada en su interior. Paul sintió la primera arcada que le taponó la nariz. El dragón le acercó el cuerpo un poco más: *Come conmigo, le azuzó con sorna.*

Se despertó con la segunda arcada, justo a tiempo para echarse a un lado y no ensuciar el saco de dormir. Pasó un buen rato hasta que recuperó la compostura, aunque esa noche ya no volvió a conciliar el sueño.

Cuando por fin amaneció fue un gran alivio. Se levantaron desanimados y comenzaron a recoger las cosas. Se reunieron para tomar las píldoras de desayuno y Yugo se dispuso a cumplir con la rutina diaria. *Vamos, Blanca, cuéntanos lo que has soñado esta noche.* Por suerte se mordió la lengua y terminaron de prepararse en silencio.

—Nos pondremos en marcha ahora mismo —ordenó en cuanto terminaron de prepararse.

—¿Y la máquina? —Paul lo observaba con aire derrotado, los ojos inyectados en sangre—. ¿Qué vamos a hacer con ella?

—Aprovecharemos los descansos para examinarla —aclaró Yugo con su seriedad habitual—. Si no conseguimos arreglarla antes de alcanzar la guarida de los nokens, al menos les haremos pagar por lo que han hecho. —Hizo una pausa mientras

observaba a sus amigos—. ¿De acuerdo?

Paul y Nicky asintieron. Yugo buscó el aparato de análisis de Adolf en el que estudió el plano del valle que habían capturado en el poblado de los enanos. Observó que entre el Bosque de los Gigantes y la Guarida de los Nokens había una amplia extensión de terreno que *GranSabiduríaRojaEnCuerpoPequeño* había llamado *Los Pantanos de la Desolación*.

—A lo mejor para los enanos la palabra desolación no tiene el mismo significado que para nosotros —argumentó Paul, forzando una actitud positiva muy poco natural. Sin embargo, era plenamente consciente de que ellos no habían escuchado esa palabra, sino que había sido la idea que esta representa la que había llegado a su mente.

Partieron hacia el oeste. A la vez que se alejaban del Bosque de los Gigantes se sumergían en una niebla gris, espesa y maloliente. Las formas se desdibujaban a más de quince pasos y los arbustos fueron poco a poco reemplazados por zarzas espinosas. Soplaban un fuerte viento que les castigaba sin piedad en la cara mientras que la niebla no se movía ni un ápice. Las brújulas se volvieron locas y comenzaron a girar sin cesar, sin ofrecer un rumbo fijo. De repente se encontraron completamente desorientados y sin saber por dónde seguir. Entonces Yugo recordó que Adolf disponía de un pequeño radar que les podría servir para guiarse. Tenía un alcance aproximado de un kilómetro y al menos les daría una idea de lo que había en cada dirección. Cuando lo pusieron en funcionamiento no les sirvió de mucho, ya que lo único que hallaron fueron unos cuantos árboles secos, todos muy parecidos, de ramas largas y retorcidas, como si llevaran años soportando el peor de los horrores.

Continuaron hacia el oeste o, al menos, eso creían. El terreno se volvió húmedo y aunque su calzado era impermeable, no les libró de que les calara todo el cuerpo. El aire era insoportable y les golpeaba duramente en la cara, siempre en la cara, por mucho que girasen la cabeza o trataran de cambiar la dirección del avance.

Caminaron casi toda la mañana sin mediar palabra, excepto cuando se detenían para descansar, que aprovechaban para estudiar la máquina del tiempo y discutían sobre cómo arreglarla.

Yugo se sentía muy decepcionado consigo mismo por haber perdido a dos de sus compañeros y haber permitido además que capturaran al unicornio del cuerno de oro en su presencia. Cuando estaba triste o abatido por algo solía pensar en su mujer y su hijo, que esperaban impacientes su regreso en Japón, nada menos que en el palacio Imperial de Kyoto. Le gustaba fantasear con el momento en que su hijo fuera mayor de edad y pasara a formar parte de la guardia imperial, tal y como él lo había hecho. Sin duda sería un gran guerrero, ya tenía unas manos enormes y una fuerza descomunal para su edad. Siempre recordaría el día que el emperador le pidió que le presentara a su hijo. Organizaron una ceremonia majestuosa, en la que la guardia imperial desfiló por los jardines de palacio para detenerse formando un largo pasillo, con las catanas en alto. Yugo, vestido con su uniforme de gala, recorrió el corredor

con su hijo recién nacido en brazos. El emperador lo esperaba sentado en su trono de oro y piedras preciosas, sonriendo, mientras observaba a su amigo acercarse a él. Se arrodilló, haciendo una reverencia mientras sostenía a su hijo en alto, entre los dedos largos y gruesos de sus manos callosas, que lo arropaban como si fuera una cuna.

—Aquí os presento a Akira, hijo de Yugo, nieto de Kiichi, descendiente directo del gran Toshiki, legendario cazador del dragón de piedra.

El emperador de Japón se agachó, saltándose el protocolo, para observar al niño de cerca y hacerle unas carantoñas. Antes de darse cuenta una manita juguetona se cerró sobre su larga barba y comenzó a tironear con tanta fuerza que estuvo a punto de arrancarle las lágrimas. El anciano, sorprendido y divertido, reaccionó rápidamente sujetándolo con un rápido movimiento y abriendo su mano con delicadeza.

—Tiene un puño rápido y poderoso. Será un gran guerrero.

Con aquellas palabras concluyó la ceremonia y se dio comienzo a la fiesta. Cuando Yugo se reunió con su mujer en la comida creyó que iba a reventar de orgullo. Siempre lo recordaría como uno de los mejores días de su vida, uno de esos días en los que podía pensar cuando se sentía triste para atraer una sonrisa a sus labios, que se materializaba como unas pequeñas arrugas de su cara, casi imperceptibles. Sí, era realmente gracioso recordar a su hijo tironeando la barba del emperador. Sin embargo, ahora, en aquel pantano de la desolación o de la desesperación o como demonios se llamase, estos pensamientos carecían de poder.

Yugo observó a Nicky y después a Paul. Ambos caminaban con la cabeza gacha, sin pronunciar palabra, sumidos en unos pensamientos que se dibujaban claramente en sus caras, deformándolas, convirtiéndolas en pesadas máscaras macabras. Habían perdido la esperanza de llegar a ningún sitio, de concluir con éxito aquella misión maldita. Yugo lo sabía porque él mismo se sentía así, era imposible vencer aquel malestar. *No lo conseguiremos*, se repetía sin remedio. *No seremos capaces de atravesar estos pantanos*.

## **6 de Agosto de 1062. Guarida de los nokens. Valle de los Unicornios.**

Blanca se despertó aturdida, abrió los ojos y fue como si no lo hubiera hecho pues no veía absolutamente nada. *¿Dónde estoy?* Palpó las paredes, nerviosa, y solo encontró roca lisa, húmeda y resbaladiza. Caminó a tientas, pegada a los muros, examinando cada centímetro en busca de una puerta, un mueble, algo que le sirviera de referencia. Por fin tropezó con una rendija que avivó su esperanza, describía una especie de arco que llegaba hasta el suelo. Tenía que ser una puerta. Empujó para abrirla sin conseguir que se moviera. Metió los dedos para tirar de ella con el mismo resultado. Cuando estaba a punto de desistir, de repente, se abrió sola. Blanca saltó hacia atrás, asustada, y no se atrevió a moverse atragantada con su propio corazón.

Algo la agarró por el cuello y con un brusco tirón la estrelló contra la pared. Intentó librarse, pataleó y forcejeó obteniendo como respuesta un mazazo en la cabeza que la desplomó en el suelo y casi le arrebató la consciencia. La garra áspera volvió a sujetarla por el cuello. Quiso gritar y casi se ahogó con los sonidos que no alcanzaron a ganar su boca. Otra garra mutiló su ropa, convirtiéndola en jirones que se desprendían acompañados de trozos de piel y sangre. La presión del cuello aumentó aún más y la obligaron a abrir las piernas con tanta violencia que creyó que se iba a partir por la mitad. Sus gritos y sus sollozos morían en su garganta mientras sus lágrimas resbalaban por las arrugas de su rostro contorsionado, desfigurado por el miedo y el dolor. Era como si la hubieran privado de todos sus sentidos excepto el tacto, no podía ver, oír ni oler, tan solo el dolor se clavaba en su cerebro, acaparando toda su atención. Y entonces vino una nueva oleada, un dolor mucho más intenso de lo que jamás hubiera pensado que se podía sentir, un dolor que se fraguó en su entrepierna cuando algo duro, áspero y enorme comenzó a penetrarla. Blanca sabía que era una pesadilla, no podía ser real, tan solo uno de aquellos malditos sueños que desearía no haber tenido nunca. La sangre chorreaba entre sus piernas, notaba cómo bañaba todo su cuerpo con su viscosidad templada, podía sentir cómo salpicaba el suelo y las paredes con cada embestida. Al fin, el dolor comenzó a difuminarse. La falta de oxígeno alejaba su mente, que se refugió en una nebulosa de pensamientos antes de abandonar su cuerpo. Blanca comprendió que no saldría viva de allí y lo aceptó con resignación. Al fin se reuniría con las dos personas que había amado a lo largo de su vida.

Un fiero rugido atravesó la cueva, rebotando de una pared a otra con un eco penetrante. Blanca abrió los ojos sobresaltada. Dos nokens se abalanzaron sobre ella y la agarraron por el pelo y una pierna, arrastrándola sobre el áspero suelo de roca. Intentó gritar y al contrario que en su sueño su lamento produjo un eco aterrador. Peleó para soltarse, pero lo único que consiguió fue que los monstruos le hiciesen más daño. Por fin, una lúgubre caverna se abrió ante ellos. Bajo la escasa luz de un par de antorchas los nokens la arrastraron hasta el centro de la sala. Blanca permaneció arrodillada, asustada, esperando a ver qué sucedía. Una voz cascada y retorcida surgió del fondo, donde la luz no alcanzaba para desvelar la identidad de su dueño.

—Habéis hecho un buen trabajo.

Blanca reunió valor para pronunciar unas palabras que escaparon de su boca en forma de grito.

—¡Mis amigos vienen de camino! ¡Acabarán con todos vosotros, demonios!

Otra voz ronca e inarticulada, igualmente tétrica, respondió desde las sombras.

—Llevamos mucho tiempo esperándolos. —Y la primera voz continuó—. Sí, estamos realmente impacientes.

—Pagaréis por esto —gritó Blanca, exaltada—. El Bien siempre prevalecerá.

—Seguro que sí —continuó una de las voces—. Nos veremos en el infierno.

—Llevala fuera —gruñó la otra—. Ya sabéis qué hacer con ella.

Blanca clavó los ojos en la oscuridad intentando descubrir con quién hablaba, mas fue en vano. Los nokens la arrastraron hacia la salida.

—¿Quién eres? —Preguntó con desesperación, sin saber exactamente por qué.

Nadie respondió. Entonces, algo surgió de las sombras en el fondo de la sala y se hizo visible durante un par de segundos. Blanca lo observó sin comprender lo que veía. Sus ojos se abrieron como platos y un grito de terror estalló en su garganta.

## **7 de Agosto de 1062. Pantanos de la Desolación. Valle de los Unicornios.**

El tiempo pasaba muy lentamente en aquellos pantanos. Las horas se arrastraban lastimeras, al ritmo de sus pies reblandecidos y castigados por la humedad. Desde que se habían adentrado en aquel paisaje repetitivo, habían perdido la noción del tiempo, de los días. Lo único que sabían a ciencia cierta era que al menos habían pasado una noche en aquel terreno yermo e inhóspito, sin embargo, aunque las horas avanzaban en sus relojes, los calendarios se habían congelado en el día seis de Agosto. Era como si se hubiera detenido el tiempo y el espacio, viviendo siempre el mismo día, en el mismo paisaje desgarrador que no dejaba lugar a la esperanza. Quizás fuera todo producto de sus mentes confundidas, quizás se tratara simplemente de una alucinación colectiva provocada por los nervios, el estrés y el cansancio.

La desesperación se comía su ánimo a bocados.

En cuanto oscurecía intentaban dormir en sus sacos aislantes, con la espalda apoyada en alguno de aquellos árboles secos de ramas retorcidas, mas su mente saturada y confundida era incapaz de conciliar un sueño tranquilo, tan solo Nicky conseguía descansar algo. Se pasaban el día discutiendo alguna solución para la máquina del tiempo, de hecho se había convertido en su único tema de conversación y era lo único que mantenía viva una pequeña llama de esperanza. De vez en cuando a alguno de los tres se le encendía una bombilla. *¿Y si fuera simplemente el botón principal lo que se ha roto?* Entonces se detenían, hacían unas cuantas pruebas, intentaban arreglarla dándole todas las vueltas posibles y cuando no hallaban la solución terminaban con ganas de tirarla. Al final, desanimados, casi desesperados, retomaban la marcha.

Cuando ya se habían acostumbrado al paisaje repetitivo y no creían que pudiera existir otra cosa, se dieron de bruces con un muro de zarzas espinosas. Allí el terreno era mucho más seco y duro y la niebla clareaba un poco, aunque no desapareció. Borearon el obstáculo hasta alcanzar una abertura que se adentraba como un estrecho pasillo dibujado por las finas y largas agujas que amenazaban con desgarrar la carne. Yugo preparó el radar e hizo un barrido lento para ver a dónde conducía aquel sendero. La imagen apareció en la pantalla y la capturó para que no

desapareciera.

—Mirad, parece un laberinto.

—Sí —Nicky señaló el dibujo—, y en el centro hay una explanada.

—Espero que no sea la guarida del Minotauro —Paul lo dijo en serio. Había pasado tanto tiempo sin bromear que se había olvidado de cómo se hacía.

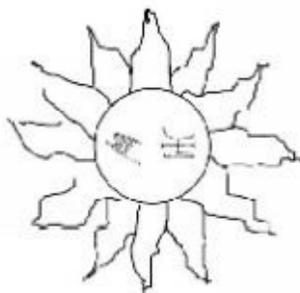
—Ojalá —declaró Nicky, apretándose las manos—. Necesito algo de acción.

—Sea lo que sea, tenemos que investigarlo —Yugo se mostró aliviado—. No podemos seguir dando tumbos sin rumbo fijo.

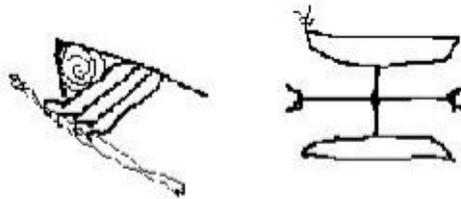
—No tenemos nada que perder —le apoyó Nicky.

—Por lo menos aquí el terreno es duro y seco —afirmó Paul—, no puede ser peor que hasta ahora.

Yugo abrió camino entre las zarzas, siguiendo el trazo que habían dibujado sobre la pantalla del radar y que los conduciría hasta el centro. Al poco, el pasadizo comenzó a estrecharse y aunque caminaban despacio y con cuidado, resultaba imposible evitar las espinas que les desgarraban la ropa y les arañaban la carne. Paul se desplomó en el suelo sin mediar palabra. No podía soportar más aquella tortura continua. Que siguieran sin él, se rendía, ya no quería seguir sufriendo. Nicky se acercó y le aplicó la crema cicatrizante en las heridas, calmando el dolor. Con una sonrisa alimentó su corazón y consiguió que se pusiera en pie y la siguiera de cerca. Al fin, el pasillo se desdibujó dando lugar a una explanada. Justo en el centro había un círculo formado por diez columnas que custodiaban en su interior una piedra plana, no muy alta, decorada con un dibujo. Se acercaron para examinarla y descubrieron la imagen de lo que parecía un sol con dos símbolos desconocidos en su interior.



Yugo y Nicky esperaban que Paul les explicara su significado y se llevaron una gran decepción cuando observaron su cara. Paul devolvió la vista a los dibujos, intentando sin éxito sacar alguna conclusión.



Al rato le interrumpió Nicky.

—Mira esto, Paul, hay más símbolos e inscripciones en las columnas de alrededor.

Paul las examinó todas con mucho interés. Descubrió que una de ellas era portadora de numerosos símbolos, entre los que se encontraban los de la piedra central. Para su sorpresa otra columna presentaba una inscripción en latín. Paul la leyó intrigado. Relataba diversos sacrificios que se habían realizado en aquel lugar. ¿Qué significaba todo aquello?

—Ya lo entiendo —exclamó de repente—. Es como la Piedra Rosetta, es la clave.

—¿Cómo? —Yugo hablaba con tono suplicante, necesitaba que cambiaran las cosas de una vez—. ¿Qué quieres decir?

—La Piedra Rosetta se encontró en un pueblo llamado Rosetta en el delta del Nilo —la cara del francés se iluminó por primera vez desde la pelea con el dragón—. Sus inscripciones en jeroglíficos, en demótico y en griego, permitieron a Champolion descifrar la escritura egipcia. Creo que las inscripciones de las diez columnas, son la clave para resolver la inscripción de la piedra central. Cada columna muestra una inscripción en un idioma distinto. A nosotros nos interesa la que está en latín, pues es un idioma conocido, y la que contiene los símbolos de la piedra. Comparándolas, deberíamos ser capaces de traducir la inscripción.

Paul estudió los dibujos y el texto y al cabo de un buen rato llegó a la conclusión de que el primer símbolo significaba *MALEFICUS* y el segundo *MISERIA*.

¿Y qué quería decir? *MAL* y *DESOLACIÓN*. ¿Por qué esas dos palabras juntas? ¿Era un aviso de que solo encontrarían maldad y desolación? Podía ser. Entonces Paul reparó en una cosa que había obviado hasta ese momento. El primero de los símbolos aparecía grabado en la roca, mientras que el segundo había sido esculpido en relieve. ¿Tendría alguna importancia? Sí, por supuesto, cualquier cambio tenía su por qué. Paul volvió a estudiar ambas columnas y observó que la mayor parte de los símbolos estaban grabados, excepto algunos que aparecían en relieve. Releyó el texto en latín, despacio, comparando cada frase con los símbolos, cada palabra. Al fin lo comprendió. Algunos símbolos se destacaban en relieve para negarlos, era la forma de poner un *NO* en aquella escritura. Ahora el mensaje contenido en el sol adquiriría un nuevo significado. *Maleficus Devito Miseria*, es decir,

## El mal evitará la desolación.

La cara de Paul palideció de nuevo.

—¿Qué sucede, Paul? —Le preguntó Nicky—. ¿Qué dice la inscripción?

Paul vaciló antes de contestar.

—La inscripción dice... bueno... dice... *Obstinatio devito miseria*, algo así como, *el persistente evitará la desolación*. —Y cuando pronunció estas palabras, plenamente consciente del engaño que contenían, le embargó una oleada de energía que le cambió el color de la cara. Inexplicablemente se sintió bien, aquella mentira le reconfortó y le dio fuerzas.

—¿Y qué significa? —apremió Yugo.

—No lo sé —Paul frunció el ceño tratando de disimular su mejoría de ánimo—. Supongo que quiere decir algo así como que si seguimos adelante, si somos persistentes y no perdemos la esperanza, saldremos de aquí.

—¿Y cuánto más tendremos que aguantar, hasta cuándo, hasta dónde? —Yugo, esperaba que Paul tuviese todas las respuestas.

*Quizás no mucho*, pensó el francés, *quizás sea más fácil de lo que creemos*. Y notó otra bocanada de alivio, como si hasta ahora hubiera estado respirando aire viciado y por fin alguien hubiera abierto la ventana.

—No lo sé. ¿Cómo quieres que lo sepa?

Yugo bajó la cabeza y permaneció en silencio.

—Ya es tarde —gruñó al rato—. Acamparemos aquí esta noche. —Al fin y al cabo no sabían cuándo podrían volver a descansar sobre suelo seco y duro—. Nos pondremos en marcha a primera hora.

Aún faltaban un par de horas para que anoheciera, así que aprovecharon para estudiar la máquina. Retiraron la carcasa y examinaron con detenimiento el interior. La circuitería de Vatrix era un bloque de plástico transparente atravesado por finos hilos blancos que se enmarañaban en su interior dando lugar a una especie de telaraña tridimensional. Su forma cambiaba en función del ángulo de visión, creando un efecto hipnótico, casi mágico. No tenían ni idea de lo que buscaban, aparentemente se encontraba todo en perfectas condiciones. La máquina se había abollado por el lado derecho, sin embargo, por suerte, el golpe no había alcanzado al Vatrix.

Abandonaron al anoecer, sin éxito, sin esperanza.

Al día siguiente Nicky se despertó cansada, hastiada ya de aquellos malditos pantanos de los que creía que nunca conseguirían escapar. Paul, sin embargo, parecía más animado, su cara se iluminaba con una nueva expresión que a Nicky le resultó inquietante. No le dio mayor importancia y comenzó a recoger sus cosas.

—¿Y el radar? —gritó Yugo de repente, girándose hacia ellos—. ¿Habéis cogido vosotros el radar?

—No —respondieron a la vez, mostrando las manos vacías.

—Lo tenías tú, como siempre —Paul miraba a Yugo desafiante.

—Ya lo sé, pero ha desaparecido. Mirad en vuestro equipo, tenemos que encontrarlo.

Cada uno buscó en sus mochilas, después examinaron el suelo, entre las columnas, alrededor de ellas y en las zarzas. Nada. Se había perdido inexplicablemente.

Al final, Yugo dio la orden de ponerse en marcha. Nicky lo observó, inquieta. Sabía que Yugo no se encontraba bien, ¿estaría perdiendo la cabeza a la vez que la esperanza? Ahora también recaía sobre él la pérdida del radar, demasiada presión para alguien que no estaba acostumbrado al fracaso. Si las cosas no mejoraban pronto, no tardaría en desmoralizarse por completo.

Por el contrario, Paul se mostraba más animado, a la vez que su cara revelaba una nueva e inquietante expresión. ¿A qué se debía? Nicky no lo sabía, aunque al menos su cambio había sido para mejor. *El persistente evitará la desolación.* ¿Habría sido esta frase la causante de su recuperación? Quizás Paul había interpretado que si tenía esperanza y continuaba luchando saldrían de aquel paraje infernal. Podía ser, en cualquier caso no les quedaba otra opción que seguir adelante.

Aunque habían perdido el radar aún conservaban el mapa que habían dibujado con él, por lo que no les costó demasiado abandonar el laberinto de espinos, regresando al paisaje repetitivo y descorazonador de los pantanos. Árboles deformes, suelo embarrado, niebla impenetrable.

Pararon a comer. Yugo se dispuso a examinar la máquina del tiempo cuando se dio cuenta de que también había desaparecido. No se lo podía creer. ¿Lo del radar había sucedido ese mismo día u otro distinto? No lo sabía, era incapaz de pensar con claridad. Le embargó la angustia, se le doblaron las rodillas y cayó al suelo con la cabeza gacha.

—¿Qué te pasa, Yugo? —Nicky se acercó a él.

—Es la máquina —sollozó el japonés—. No la encuentro.

—¡Mierda! —exclamó ella, mientras Paul se mantenía al margen—. Si te parece bien descansaremos aquí un rato.

Yugo asintió y se apoyó en un árbol para descansar. Paul y Nicky retrocedieron algunos metros rastreando el terreno, aunque no se atrevieron a alejarse mucho por miedo a perderse. Volvieron en seguida y descansaron hasta la mañana siguiente. Al amanecer Yugo no se despertó. Nicky se acercó a él, asustada, y lo zarandó con violencia.

—Yugo, ¿estás bien?

—Déjame dormir —se dio la vuelta sin abrir los ojos.

—¡Despierta, tenemos que seguir adelante!

Yugo se había rendido y Nicky no podía permitirlo. Le obligó a mirarla, le recordó qué les había llevado a aquel lugar maldito. Tenían una misión, de ellos

dependía la salvación de La Tierra. Al fin consiguió que se pusiera en pie, recogiera sus cosas y caminara a su lado, aunque no parecía dispuesto a mediar palabra. El paso era lento y cansino, Yugo se detenía cada pocos metros y Nicky tiraba de él para que siguiera adelante.

Antes de comer, para su sorpresa e indignación, tropezaron de nuevo con un muro de espinas.

—No puede ser —Nicky también comenzaba a desmoralizarse. Interrogó a Paul—. ¿Crees que hemos caminado en círculo?

El francés se encogió de hombros y miró a Yugo.

—¿Conservas el mapa del laberinto?

Yugo asintió con la cabeza y se lo entregó. Paul se dirigió a la abertura entre las zarzas.

—Solo hay una forma de averiguar si se trata del mismo lugar —y se introdujo por el pasillo seguido por sus compañeros. Pronto verificó que las indicaciones del plano coincidían perfectamente con el camino y no tardaron mucho en alcanzar el centro. Mismas columnas, misma piedra, mismas inscripciones.

*El mal evitará la desolación*, esta frase se repetía sin cesar en la cabeza de Paul, de tal manera que había llegado a ser lo único que ocupaba su mente. *El mal evitará la desolación*. Sabía que era la clave para cruzar los pantanos. Lo sabía, no había otra forma, así que había tenido que ponerla en práctica.

—Hemos vuelto al mismo sitio —reafirmó Nicky con resignación—. Nunca saldremos de este lugar.

—Deberíamos tranquilizarnos —Paul mantenía la calma—. Descansaremos aquí y mañana será un nuevo día para seguir adelante.

Examinaron la zona antes de descargar el equipo. Todo seguía igual que cuando se marcharon.

*El mal evitará la desolación*.

Paul había comprendido el mensaje, sabía lo que tenía que hacer y había llegado el momento. Esa misma noche se ocuparía de todo. Estaba impaciente.

Yugo se acurrucó junto a las columnas y no se movió en todo el día. De vez en cuando, Nicky se acercaba a él, intentando que cambiara de actitud. El japonés apenas contestaba con monosílabos.

Cuando cayó la noche Paul le sugirió a Nicky que buscara leña para hacer una hoguera. A la inglesa le pareció buena idea, el fuego les reconfortaría, así que se alejó dando un paseo, contenta de estirar las piernas. Tendría que abandonar el laberinto si quería conseguir algún tronco para hacer un fuego decente. Cualquier árbol de los que plagaban el pantano le proporcionaría un par de ramas adecuadas.

Había llegado el momento.

Paul se acercó a Yugo lentamente. La muerte de Adolf había sido la semilla de un odio enfermizo, un odio que no debería haber germinado, pudriéndose y desapareciendo sin dejar huella. Sin embargo, cuando llegaron a los pantanos, el

miedo y la desolación se convirtieron en las primeras gotas de agua que hicieron brotar unas fuertes raíces. Después encontraron la inscripción que se transformó en el fertilizante que le permitió crecer hasta apoderarse de su mente. Paul entendió que no podía oponerse, simplemente se tenía que dejar llevar. *Es la única forma*. Y cuando lo hizo se sintió aliviado, porque era mucho más sencillo que pelear contra sus propios sentimientos.

Paul lo había juzgado y condenado en silencio y Yugo había resultado culpable. Él era el jefe del grupo, el que tomaba las decisiones, el responsable de las maniobras que salían mal. Y ahora pagaría por ello.

Su odio  
(*el mal*)  
los sacaría  
(*evitará*)  
de aquellos malditos pantanos  
(*la desolación*).

Yugo se acurrucaba en su saco junto a una columna, inmóvil. El francés empuñó su látigo mientras se acercaba a él. Cambió a *ON* la posición del interruptor y, sin apartar la vista de su adversario, percibió cómo se desplegaba el cable metálico junto a sus pies.

Yugo abrió los ojos y le observó sin comprender. Paul no titubeó, elevó el látigo en el aire y lo descargó sobre el cuello del japonés, quien rodó por el suelo justo antes de que lo alcanzara. El látigo se enroscó en la columna donde había estado apoyado, lastimando la dura piedra.

—¿Qué estás haciendo? —Yugo sujetó el látigo y pegó un tirón para arrebatarlo.

—Te estoy liberando de esta pesadilla. —Paul cambió el interruptor a la posición *RED*. El color de la sangre se apoderó del fino cable. Yugo percibió el dolor en la mano y la retiró justo a tiempo de evitar el tirón que partió la columna por la mitad. Se deshizo del saco de dormir y lo lanzó a la cara de su contrincante que quedó aturdido durante unos segundos, el tiempo justo para saltar sobre él y despojarlo de su arma.

—¿Te has vuelto loco? —Yugo se había sentado sobre el pecho del que hasta ahora había considerado su amigo, inmovilizándole los brazos.

—¡Es la única forma! —Gritó Paul que consiguió liberar una mano para descargar un tremendo puñetazo. Yugo cayó de espaldas y ambos se pusieron de pie, estudiándose, intentando comprenderse.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de seguir adelante. —Los ojos del francés se habían convertido en dos bolas ensangrentadas que podían reventar en cualquier momento—. Es la única forma de salir de aquí. ¿Ves la inscripción? —Yugo asintió—. Os mentí con respecto a su significado. —Iban girando uno frente al otro, con los músculos tensos,

listos para atacar o defenderse—. Lo que realmente dice es que el mal evitará la desolación.

Paul se abalanzó sobre Yugo para pegarle una patada en el estómago, pero el japonés era mucho más alto y más fuerte. Lo sujetó por el pie, giró sobre sí mismo y con la otra mano le atrapó el cuello para elevarlo en el aire, como a un muñeco.

—¡Estás loco! —gritó antes de estamparlo contra una columna situada a varios metros de distancia. El golpe fue tremendo. Paul sintió cómo le ardía el pecho de dolor, mientras tosía y jadeaba buscando el aire que no encontraba paso para alcanzar sus pulmones. Por fin consiguió ganar una bocanada y con mucha dificultad, con todo el cuerpo dolorido, se incorporó.

Yugo permanecía en guardia, inmóvil, expectante. Había tenido tiempo de pensar en las palabras de Paul.

*(El mal evitará la desolación).*

Y había comprendido el significado de esa frase. Solo aquel que se dejara poseer por el mal atravesaría aquellos pantanos. Yugo vio la luz al fin y como jefe de la misión tomó la decisión que creyó más adecuada.

*(Paul se alejó unos pasos, apretándose el pecho con la mano izquierda, para recoger el látigo del suelo).*

Últimamente no había cumplido con su obligación. Se había rendido a la culpabilidad, a la desolación que emanaba de aquellos terrenos infernales. No había resistido la presión, no había servido de ayuda al grupo.

*(El francés elevó con rabia el látigo que brillaba con su peculiar tono sangriento).*

Había llegado el momento de ser útil, de ayudar a sus compañeros a concluir la misión con éxito.

*(La voz de Nicky retumbó a su espalda. ¿Qué estáis haciendo? Escuchó caer al suelo los troncos que traía en los brazos).*

Solo esperaba que su mujer y su hijo lo entendieran algún día. Solo esperaba...

*El grito de Nicky fue desgarrador. ¡NOOOO!*

El látigo rojo se enroscó en el cuello y su cabeza cayó junto a sus pies. Su cuerpo avanzó unos centímetros antes de desplomarse.

—¿Qué has hecho, Paul? —Nicky se mostraba incrédula. Al fin reaccionó y corrió hacia el cuerpo mutilado de su amigo.

Paul se desmoronó de rodillas en el suelo. Se encontraba cansado y dolorido, pero se sentía bien por la victoria.

—¿Qué has hecho, Paul? ¿Qué demonios ha sucedido? —Nicky se acercó a él, lo sujetó por los hombros y le golpeó la cara y el pecho. Él oía su voz como en un sueño

lejano, a muchos kilómetros de distancia.

Nicky continuaba zarandeándole en busca de una respuesta cuando de pronto notó que sus pies comenzaban a hundirse en el suelo que se había vuelto húmedo, pantanoso, como todo el que rodeaba aquel santuario. Ella se hizo a un lado buscando una zona segura mientras Paul se hundía en una especie de arenas movedizas. Lo sujetó por los brazos y tiró para rescatarlo, pero él giró el cuerpo, haciéndole perder el equilibrio y arrastrándola consigo. La inglesa forcejeó para soltarse y cuanto más peleaba más rápido se enterraban. Ya no podían escapar, estaban cubiertos hasta el cuello.

—¿Por qué, Paul? ¿Por qué lo has hecho?

Continuaban hundiéndose.

—¡Contéstame!

El barro les llenó la boca, la nariz, les cubrió los ojos y dejó a Nicky con la angustia de no entender lo que había sucedido.

## CAPÍTULO X

### EL INFIERNO EN LA TIERRA

**27 de Diciembre de 1997. 12:35 a.m. En casa de Gaia.**

—No lo puedo creer —me encontraba asombrado e indignado por el desarrollo de la historia y la sonrisa de satisfacción que aquel tipo lucía en la cara. Sus ojos brillaban más que nunca, avivados por mi enojo—. ¡Han muerto! ¡Han muerto todos!

—Aún no he acabado la historia —repitió. En ese momento tuve la sensación de que ya había vivido aquella escena. ¿Cómo lo llamaban los franceses, un de ya-no-se-qué?

—Entiendo —me tranquilicé—. Entonces, ¿aún hay posibilidades?

—Si quieres saberlo tendrás que seguir escuchando.

Asentí con la cabeza, resignado. Me acomodé en el sillón, manteniendo la esperanza de un giro inesperado que condujera a un final feliz.

**15 de Agosto de 1062. Cañón de los Demonios. Valle de los Unicornios.**

Nicky no podía respirar. Abrió los ojos como platos, se incorporó en un movimiento espasmódico y comenzó a golpearse el pecho. Cuando creía que iba a morir por la falta de oxígeno consiguió al fin liberar sus pulmones del barro negro y pegajoso que se estampó contra el suelo. Ganó una bocanada de aire que restauró el equilibrio en su cerebro.

Paul se hallaba junto a ella y no respiraba. Nicky se abalanzó sobre él y comenzó a aplicarle una reanimación cardiopulmonar, treinta compresiones, dos respiraciones. Colocó los brazos estirados, con las manos entrelazadas sobre el esternón, y presionó hasta hundir el pecho al menos un par de centímetros. Repitió la operación una y otra vez hasta alcanzar un ritmo constante, como el latido del corazón. Cuando pasó las veinte compresiones, de repente, Paul reaccionó elevando la cabeza y descargando todo el vómito sobre sí mismo. Se despertó tosiendo y agarrando el aire a mordiscos.

—¿Dónde estamos? —preguntó desorientado. Nicky no lo sabía, había tenido un despertar tan ajetreado que aún no se le había ocurrido mirar alrededor. Elevó la cabeza y reparó por primera vez en el paisaje. Al este descubrió un muro de niebla gris que solo permitía intuir la tierra encharcada de unos pantanos. Sintió alivio y angustia ante esa visión, habían estado tanto tiempo en su interior que había llegado a pensar que nunca saldrían. Pero, ¿cuánto tiempo había pasado en realidad? Interrogó a su reloj de pulsera y la respuesta le heló la sangre. Era 15 de Agosto. El día en que moriría el unicornio del cuerno de oro. El tiempo se les agotaba.

Hacia el oeste descubrió que el valle se estrechaba dando lugar a un oscuro y tétrico desfiladero que se hundía en las montañas. Se distinguían figuras negras que se movían por las paredes y volaban de un lado a otro del cañón. ¿Serían nokens?

—Hemos pasado —Nicky abrazó a Paul entusiasmada—. Estamos al otro lado de los pantanos.

Sí, habían pasado pero, ¿a qué precio? ¿Al precio de matarse los unos a los otros, de dejarse llevar por el mal, de unirse a lo que habían venido a destruir?

—Lo sabía —Paul se mostró eufórico—. ¿Lo ves? Tenía razón. Esa frase era la solución, *El mal evitará la desolación*. Era la única forma de pasar, por eso tuve que...

—Ya basta, Paul —Nicky se apartó de él con una mirada fría y distante. Así que esa era la verdadera frase. En realidad no necesitaba oírlo para entender lo que había sucedido. Paul se había dejado arrastrar por el Mal para cruzar los pantanos, seguramente llevaría escondidos en la mochila el radar y la máquina del tiempo. Todo para desmoralizar al pobre Yugo. Y después, a sangre fría, planeó su asesinato. Así culminó su maldad, la reafirmó sin lugar a dudas. Yugo también lo había entendido y se había sacrificado por ellos, si no, Paul nunca le habría vencido. Y por fin el pantano abrió sus puertas, permitiendo que el Mal, encarnado en la piel de Paul, pasara a través de él. Por suerte alguien más cruzó la puerta, arrastrada sin quererlo.

—¿Y si ya no hay vuelta atrás? —Nicky estudió con atención la mirada de Paul, tenía que averiguar si se podía fiar de él o si intentaría cortarle la cabeza a la primera oportunidad.

—¿Qué quieres decir? —el francés sonreía con una mueca extraña.

—¿Y si te has vendido al Mal y ya no hay retorno para ti?

—Vamos, no digas tonterías —sonrió intentando parecer amable—. Me siento bien. Vamos a acabar con esos cabrones.

—No te creo —Nicky retrocedió un par de pasos y sacó su cantimplora—. Vamos a beber los dos un trago de Agua del Espejo. Esto nos hará invisibles para los nokens y nos permitirá llegar sin dificultades al interior de su madriguera.

—Venga, Nicky, tú siempre estás pidiendo un poco de acción y ¿ahora te andas con estratagemas estúpidas? Déjate de tonterías y vamos a reventar a esos bichos.

Ya no había duda. Nicky avanzó con paso sereno, mientras él retrocedía estudiando sus movimientos. Alargó la mano y Paul se la apartó de un manotazo, entonces ella giró la muñeca, le atrapó el brazo y se lo retorció doblándose sobre sí misma. Le empujó y lo tiró de bruces al suelo, inmovilizándolo por completo mientras Paul gritaba como un poseído al ver que le acercaba la cantimplora a la cara.

—¿Qué estás haciendo, puta de mierda? ¡Suéltame o cuando me levante te cortaré las tetas y te las meteré por el culo! ¡Suéltame... glu... me... glu! —Entre los gritos de histeria tragó el agua y su cara se convirtió en una mueca de horror. Comenzó a temblar envuelto en tremendas convulsiones, entre gritos tan terroríficos que parecía que lo estuvieran torturando con instrumentos de la Inquisición. Nicky lo sujetó para

que no se hiciera daño. Entonces comenzó a toser y notó cómo su pecho se contraía con fuertes arcadas. Su boca profirió un eructo descomunal y maloliente y comenzó a vomitar un líquido negro y viscoso que deshizo una piedra al caer. Después, como si tuviese vida propia, se arrastró hasta una grieta y desapareció.

Nicky observó que la piel de su amigo comenzaba a reflejar el entorno. El Agua del Espejo había funcionado. Paul estaba limpio, volvía a ser el de antes.

—¿Qué ha pasado? —Sentía un fuerte dolor en el pecho y los riñones y la boca le sabía a azufre o algo peor.

—¿No lo recuerdas? —Nicky se mostró más tranquila, aunque se mantenía en guardia, por si acaso.

—No. No recuerdo nada desde que entramos en los pantanos.

—Está bien. No te preocupes —ahora su tono era conciliador—. Hemos atravesado los pantanos, pero... Yugo no lo ha conseguido.

—¿Qué? ¿Qué ha sucedido?

—Ahora no hay tiempo de explicaciones —se puso en pie, denotando autoridad—. Dio su vida para que nosotros continuáramos. No podemos permitir que lo hiciera en vano.

—Tenía madera de héroe —Paul se mostró afligido.

—No hay tiempo para lamentaciones. Mira —señaló el cañón que se adentraba en las montañas. Paul se sintió intimidado por la visión—. Hoy es quince de Agosto, el día en que morirá Dorado si no hacemos algo para evitarlo.

—Está bien —se puso en pie con decisión—. No hemos llegado hasta aquí para nada, ¿verdad?

—Verdad.

Nicky le pidió que confirmara que llevaba el radar y la máquina del tiempo. Él buscó en su mochila y le mostró ambos aparatos. Ella sintió rabia por lo que había sucedido, pero entendió que no era su amigo el que actuaba, así que intentó olvidar el asunto y se echó un buen trago de Agua del Espejo, que borró cualquier atisbo de rencor. Después buscó entre su equipo un aparato que estuvo trasteando durante unos segundos.

—¿Crees que con tres horas será suficiente?

—De sobra. Tengo unas ganas terribles de terminar con esto.

—Sabes que lo más probable es que no podamos volver, ¿verdad?

—Lo sé —Paul se encogió de hombros—. En fin, no tengo nada tan urgente que no pueda esperar a mi próxima vida.

Ella sonrió y le acarició la cara con complicidad. Paul se perdió en la hermosura de aquellos ojos verdes. *Al fin y al cabo, pensó, si he de morir, no lo podré hacer en mejor compañía.*

Preparó sus armas, en la mano derecha su látigo, en la izquierda la pistola láser. Nicky hizo lo propio con las suyas, se cargaron las mochilas y se aseguraron de llevar bien colocados los filtros de aire. Entonces emprendieron la marcha.

El Cañón de los Demonios era... como bajar al mismísimo infierno. El terreno aparecía seco y duro, yermo, sin el más mínimo rastro de vegetación. En su lugar se mostraba cubierto de numerosos excrementos negros, del tamaño de los de una vaca, plagados de gusanos rojos que los devoraban y los volvían a defecar transformándolos en un amasijo gelatinoso similar al cerebro de un cadáver. Las paredes de las montañas se habían convertido en un enorme panal, horadadas sin compasión en una infinidad de cuevas de las que surgían los monstruos volando para volver a perderse por otro agujero.

Avanzaban con precaución, sin bajar la guardia en ningún momento, aunque sabían que los nokens no los podían ver. Los gritos y rugidos de las bestias les llegaban desde el interior de sus cuevas y eran estremecedores. De pronto, tres nokens surgieron de uno de los agujeros enzarzados en una pelea y cayeron a unos diez metros de ellos, escuchándose un tremendo crujido. Dos de ellos aplastaban al tercero que permanecía inmóvil, sangrando, mientras los otros dos lo descuartizaban con sus garras y sus colmillos. Era espantoso. ¡*Raass!* La carne desgarrándose en jirones. ¡*Crunch!* ¡*Crack!* El sonido de los huesos al partirse. Las bestias masticaban y rugían, eructaban y seguían devorando. La sangre oscura del muerto saltaba por los aires a cada dentellada, rociando el paisaje con su hedor.

Ellos no se movieron. Nunca habían visto un noken tan de cerca. Nicky lo estudió con sangre fría, analizando su forma de actuar y sus posibles puntos débiles. Paul, sin embargo, se sentía intimidado. Nunca hubiera imaginado que pudiera existir algo tan horrible y repugnante, ni en sus peores pesadillas. A pesar del asco y el pánico que le producía no apartó la mirada. Era como ver una película de terror, una parte racional de ti mismo te avisa de que no merece la pena, que lo vas a pasar mal y esa noche no podrás dormir, sin embargo, una parte emocional, mucho más poderosa, no puede dejar de mirar, no puede marcharse sin descubrir el desenlace de aquel horror.

Uno de los nokens se giró hacia ellos. Paul se esforzó por estudiarlo, mirándolo directamente a lo que creía que eran sus ojos. *No puede ser verdad, solo es una pesadilla.* Su mente se revelaba, incapaz de hacer frente a aquella monstruosidad. Pero sabía que no se trataba de un sueño y al hacerse consciente de ello se mareó. ¿Estaba preparado para soportarlo? ¿No sería más fácil imaginar que todo aquello no era real? No. Lo más probable era que no saliera vivo de allí, que esta fuera su última misión y por lo tanto quería enfrentarse a ella completamente consciente de lo que sucedía. Si había de morir al menos intentaría hacerlo como un auténtico héroe.

Cerró los ojos y volvió a abrirlos para fijarlos en la bestia, que en ese momento volvía a atacar el cuerpo destrozado de su semejante. Necesitaba verlo, estudiarlo, asumir de lo que eran capaces aquellos seres para perderles el miedo. La cabeza del noken se partía por la mitad en cada mordisco, pues sus terroríficos colmillos ocupaban toda su cara, a excepción de un diminuto ojo negro, opaco como una piedra, que se situaba justo encima, sin ninguna funcionalidad aparente. Otro manojito de dientes ennegrecidos surgía directamente de su barriga asestando dentelladas más

rápidas y certeras, desde una posición inesperada. Ambas bocas carecían de labios, dando rienda suelta a aquellos colmillos deformados, decorados con restos de carne podrida que brillaban gracias a las babas pegajosas que lubricaban todo su cuerpo.

El color de su piel no se podía definir con certeza. En un primer vistazo, Paul habría dicho que era gris oscuro, aunque al cabo de un momento pensó que no tenía nada que ver en realidad. No era solo un color, sino una sensación, una ventana al horror y la desgracia que podía volverte loco si no te mantenías a distancia al observarlo. Era un color capaz de poseerte, capaz de arrastrarte a un mundo de pesadilla alejado de la luz y la razón.

Su cuerpo era fofo, como un saco de arena, y al engullir se estiraba como un pistón y se volvía a encoger en su posición habitual. Gruesos pelos como alambres cubrían su espalda arqueada, de donde surgían a su vez dos alas cartilagosas surcadas de venas que se hinchaban y deshinchaban rítmicamente. Sus brazos estaban constituidos por infinidad de articulaciones, como sendas serpientes que se movían y se doblaban sin restricción alguna para alcanzar a sus víctimas y destrozarlas con sus afiladas garras. Dos extremidades similares hacían de pies, que bien le servían para desplazarse reptando sobre ellas o para atacar a su adversario y acercarlo con más precisión a su segunda boca.

—Vamos —Nicky lo arrastró tirándole del brazo. Paul caminó a su lado dedicando todos sus sentidos a no hacer ruido, mientras se dirigían al final del cañón, donde había una especie de bosque de árboles altos y estrechos. Conforme se acercaban a él descubrieron que no eran árboles precisamente, sino estacas de dos metros y medio, decoradas con cuerpos empalados, repugnantes ofrendas al dios de la podredumbre. Desviaron la vista y se concentraron en mantener el paso para terminar con aquello cuanto antes. Alcanzaron el final del cañón, donde las paredes verticales de ambos lados confluían en una sola, cerrando el paso, dejando como única alternativa una gruta que se hundía en la montaña.

—Hemos llegado —susurró Nicky.

Se encontraban rodeados de cuerpos empalados, por lo visto, a los nokens no les gustaba esforzarse demasiado y realizaban los sacrificios lo más cerca posible de la entrada de su guarida.

—Nicky —Paul golpeó a su compañera en el hombro y se detuvo en seco.

Ella se giró y dirigió la vista en la misma dirección que él. Se trataba de un cuerpo empalado. La estaca se perdía entre sus piernas para surgir en la parte posterior de su cuello. La cabeza, o mejor dicho, el cráneo se descolgaba sobre su pecho, desprovisto de pelo y cara que seguramente habían devorado las ratas o las propias bestias. Aunque le faltaba un brazo y grandes trozos de carne que aireaban la mayor parte de su esqueleto, las ropas eran inconfundibles.

**Moctú.**

Moctú era el producto de una violación. Hacía ya diez años que tres nokens atraparon a un grupo de sínoros cerca del Río Frontera. Los violaron a todos, machos y hembras indistintamente y después comenzaron a torturarlos y devorarlos. Una de las sínoras consiguió escapar y alcanzar su poblado antes de que las bestias repararan en su ausencia. Cuando atacaron la aldea, los estaban esperando con lanzas impregnadas en sina, un veneno muy efectivo contra los nokens que les proporcionó una rápida victoria. La sínora se recuperó lentamente de sus heridas y para su desgracia descubrió que estaba embarazada. Sintió terror al imaginar el monstruo que se gestaba en sus entrañas, así que lo mantuvo en secreto, pues sabía que nadie la apoyaría en semejante trance. Cuando llegó el momento, se alejó y dio a luz a solas, en la oscuridad. Sentía tanto miedo de lo que había engendrado que no se atrevió ni a mirarlo, lo envolvió en unos harapos y lo abandonó junto al río.

Al cabo de unas horas un troll escuchó el llanto del bebé y se acercó dispuesto a darse un festín. Al descubrir el bulto apartó los harapos de un zarpazo y se lo llevó a la boca para engullirlo, sin embargo, cuando la luz alcanzó a aquel ser, al troll se le revolvieron las tripas y lo apartó rápidamente de su cara. Con todas sus fuerzas lo hizo girar en un remolino y lo lanzó tan lejos como pudo. La casualidad, o quizás el Mal, quiso que un noken pasara por allí en ese momento. Al escuchar un llanto que le resultó familiar, la bestia voló a toda velocidad y rescató al bebé justo antes de que se estrellara contra las afiladas rocas.

Moctú creció entre los nokens. Había heredado las dos características bocas de su padre y aunque carecía de alas, había sido dotado con largas piernas que le permitían caminar con normalidad. Su color era más definido, un gris azulado que denunciaba la influencia materna, gracias a la cual poseía algo de inteligencia, nada del otro mundo, pero suficiente para convertirse en el líder de las bestias. Y era esta parte sínora la que ahora le permitía ver, aunque con dificultad, los cuerpos camuflados con el Agua del Espejo.

Desde su escondite en el interior de la caverna observa al hombre que armado con una serpiente de fuego corta la estaca en la que habían ensartado a su amiga. Moctú ríe entre dientes. *Ensartar a su amiga*, cómo disfruta con aquellos jueguecitos.

La mujer saca una tela de la bolsa que lleva a la espalda y cubre el cadáver que yace ahora sobre el suelo. *Je, je, je*, ríe de nuevo. *Sí, está muerta y pronto lo estaréis todos.*

Moctú abre de par en par las mandíbulas de ambas bocas y entre sus colmillos deformes se desgañita en un grito de guerra. Los visitantes se ponen en guardia. Giran sobre sí mismos y descubren una horda de nokens que surge de las paredes del cañón y se dirige hacia ellos. Se colocan unos cristales en los ojos y a toda velocidad se introducen en la cueva. Moctú corre delante, subiendo por las paredes y el techo, escondiéndose entre las sombras, vigilándolos sin perder detalle. Avanzan por el

pasillo mientras Moctú los observa a distancia, tomando las precauciones necesarias para no ser visto. Los primeros nokens alcanzan la entrada de la guarida y se introducen volando, listos para atacar. El hombre y la mujer mueven las manos mientras corren de lado, casi de espaldas. Los artefactos que manejan arrojan luces rojas y llamaradas. Los nokens explotan en pedazos, arden en llamas o se desploman atravesados por un enorme agujero. Uno se acerca bastante pero antes de que logre alcanzarlos el hombre lo parte por la mitad con su serpiente roja. Moctú ríe entre dientes, le encantan la sangre y las vísceras aunque pertenezcan a los suyos.

Los extranjeros continúan avanzando, dejando un reguero de tripas tras ellos. Moctú alcanza la sala principal y se agazapa sobre la puerta, donde se encuentra completamente a oscuras y podrá atacar por sorpresa.

Los humanos se acercan mientras los nokens caen a su paso, pero hay más, siempre hay más. Cruzan la puerta al fin y se detienen para impedir la entrada a las fieras que se acercan. Moctú se dispone a atacar y entonces repara en que el hombre lo está mirando fijamente. *No es posible*, piensa, *aquí no puede verme*. La serpiente roja se eleva en el aire y por primera vez en su vida, quizás debido a su parte sínora, el temor invade su cuerpo. Salta sobre ellos extendiendo sus garras y abriendo sus bocas de par en par, a la vez que la serpiente roja se desploma sobre su cabeza.

## **Paul.**

Paul corre por el pasillo con el corazón desbocado, disparando a diestro y siniestro con su pistola láser mientras mantiene el látigo preparado por si algún monstruo se acerca demasiado. Las gafas de infrarrojos que se han puesto les permiten ver en la oscuridad. Al entrar a lo que parece un ensanche de la cueva observa que hay uno de aquellos monstruos agazapado sobre la puerta. No repara en su ligero color azulado, ni en las pequeñas particularidades que lo distinguen de los demás, simplemente descarga el látigo y le parte la cabeza. Un grito espeluznante estalla a su espalda y en ese momento los nokens comienzan a retroceder. Mientras Nicky vigila la entrada, Paul se gira para inspeccionar la sala. Tiene bastante profundidad y el techo es alto. Ve algo que le llama la atención. Tirado en el suelo junto a otro pasadizo hay un unicornio. Paul cree que puede ser Dorado, aunque con las gafas de infrarrojos no puede distinguir los colores. Observa que una de sus patas se mueve.

Está vivo.

Corre hacia él, pero se detiene en seco cuando aparece otro ser por el pasadizo del fondo. Entra en la sala renqueando, gruñendo a cada paso con sonidos escalofriantes. Enciende un par de antorchas y ellos se despojan de las gafas para ver mejor. Los nokens entran por los túneles que llegan a la parte superior de la caverna. Se van situando en el techo y las paredes, gruñendo y esperando algo.

Paul se queda paralizado ante la visión del nuevo monstruo. ¿Qué demonios es? ¿No han visto ya suficientes atrocidades? Le tiemblan las manos y las piernas, se siente cansado física y mentalmente. Sabe que no saldrán de allí con vida. Observa a Nicky unos segundos, respira profundamente y de pronto todo desaparece a su alrededor. Se tranquiliza, deja de percibir a los nokens que los rodean rápidamente. Ahora toda su atención se centra en el unicornio y en la nueva bestia que se ha situado a su lado. Repara en el bozal que amordaza a Dorado, seguramente impregnado de perfume para que no pueda escaparse, para que simplemente no pueda pensar. Si es así, lo primero que tiene que hacer es quitárselo.

—Os estábamos esperando —la voz lacerante del monstruo le lastima los oídos y el cerebro. Es una bestia con dos cabezas que parten del mismo cuello. Su cuerpo es el doble de ancho que el de una persona normal y dispone de cuatro brazos que se mueven en el aire con movimientos espasmódicos y amenazantes. Sus piernas son grotescas, como el resto de su cuerpo, fusionadas de dos en dos a la altura de las rodillas le impiden moverse con soltura pues chocan entre sí al andar. Una túnica sucia cubre la mayor parte de su cuerpo, dejando a la vista algunas zonas de piel arrugada y reseca, quemada. Sus cabezas han sido desprovistas de pelo y gran parte de carne, mostrando en varias zonas el hueso amarillento. A pesar de sus deformidades, a pesar su aspecto grotesco, de sus dos cabezas, sus cuatro brazos y piernas, su apariencia es básicamente humana.

—¿Qué quieres decir con que nos estabais esperando? —Nicky intenta mantener la calma, aunque deja entrever su rabia.

—Habéis tardado mucho —gruñe la otra cabeza, moviéndose hacia los lados con dificultad al hablar.

—Bueno, pues ya estamos aquí —continúa ella en tono desafiante.

Paul examina la situación. Si lo intenta ahora, ¿tendría alguna posibilidad de alcanzar al unicornio? Es muy arriesgado. Se encuentra a unos diez metros de distancia y la cueva está repleta de nokens.

—Traéis algo que nosotros necesitamos —ruge la voz, imponiendo respeto—. Os agradecemos encarecidamente que hayáis realizado un viaje tan largo solo para traernos la máquina del tiempo.

Paul se queda de piedra. ¿Quién es ese ser y cómo sabe tanto de ellos? Entonces le viene a la cabeza el sabio que les relató la historia de los unicornios. ¿Tendrá algo que ver con él?

—¿Qué sabes de la máquina del tiempo? —Nicky se adelanta.

Las dos cabezas echan a reír.

—Nosotros participamos en su diseño.

Esa respuesta sí que no la esperaba. Espera que alguien se ría y le confirme que es una broma, pero eso no sucede.

—Está bien, te daremos la máquina —la voz de Nicky lo arranca de sus pensamientos y Paul comprende su estrategia, al fin y al cabo está rota—. A cambio

queremos una explicación.

—No estáis en situación de exigir nada —la cabeza de la izquierda suelta una macabra carcajada—. Aún así, me complacerá ofreceros esa explicación antes de acabar con vosotros, hace tiempo que no hablamos con algún ser con algo de inteligencia.

Paul vuelve a concentrarse en Dorado. Está demasiado lejos, no lo conseguiría. Comienza a mover los pies disimuladamente, desplazándose poco a poco en su dirección sin que sea evidente.

—Aunque nuestro aspecto os resulte repugnante, antes éramos como vosotros, dos personas normales. Vivíamos en Alemania y formábamos parte del equipo de I+D de la empresa Alientech, donde participamos en la fabricación de la máquina del tiempo. El primer prototipo se probó con androides y animales dando excelentes resultados, así que nos emocionamos y decidimos probarlo nosotros mismos. Algo salió mal y nos despertamos en un mundo desconocido, fusionados en un solo cuerpo herido y deforme.

Paul conocía la historia, la máquina explotó y los científicos desaparecieron. *¿Serían ellos de verdad?* Ahora ya carecía de importancia. Intentó despejar su mente. Se concentró en el unicornio y continuó acercándose con disimulo.

—El dolor que sufríamos era insoportable y nuestro desconcierto aún mayor —continúa el monstruo—. Nos encontrábamos en una montaña y solo deseábamos morir, así que con mucha dificultad nos arrastramos hacia el borde del precipicio. Queríamos poner fin a nuestra agonía. Justo entonces una garra nos atrapó y nos arrastró a terreno firme. Lo que descubrimos aumentó aún más nuestra desesperación, un ser grotesco, armado con dos bocas cuajadas de colmillos que afilaría sobre nuestras carnes en cualquier momento. En vez de... de eso, aquel monstruo nos curó y nos alimentó. Cuando nos pudimos valer por nosotros mismos buscamos la máquina del tiempo y descubrimos que había quedado reducida a un amasijo deforme de Vatrix. Estábamos atrapados. Aquel día el monstruo de piel azulada nos habló por primera vez. Se presentó como Moctú y nos explicó que no habíamos llegado aquí por casualidad. Todo formaba parte de un plan divino y nuestra misión consistía en ayudarle a él y a su tribu, los nokens, a acabar con los unicornios. Si lo hacíamos seríamos recompensados volviendo a casa.

—¿Y aceptasteis el trato? —Nicky se mostraba indignada—. Habéis vendido el alma al diablo.

—Los nokens nos ayudaron cuando estábamos a punto de morir y nos ofrecieron una forma de regresar a nuestro mundo. ¿Por qué íbamos a preocuparnos por los unicornios si ellos no lo hicieron por nosotros?

—Sois unos miserables —grita Nicky con rabia—. ¿Así que vosotros los ayudasteis a fabricar el perfume?

—Exacto —las dos cabezas ríen estruendosamente—. Y ese es el motivo de que estéis aquí. Vosotros sois la otra parte del trato, ¿aún no lo habéis comprendido? Todo

este tiempo vuestro único objetivo ha sido traernos la máquina del tiempo para que volvamos a casa.

Paul se niega a creerlo. La verdad no puede ser tan dura. ¿Todo forma parte de un plan de la Fuerza del Mal para acabar con los unicornios? Tenía sentido si valoraban una posibilidad en la que hasta ahora no habían reparado, que el sabio que les contó la historia trabajara para el Mal. Habían caído en una trampa urdida por el Mal que resarcía así a aquellos científicos, traidores al Bien y a la humanidad, por haber acabado con los unicornios.

*No, no puede ser, piensa Paul. Estamos aquí para salvar a los unicornios. Además la máquina está rota, no podrán volver a su época con ella.*

Paul ha reducido la distancia a la mitad, cree que puede conseguirlo y sabe que se les agota el tiempo. Con un movimiento rápido dispara contra los científicos deformados que ríen cruelmente cuando el rayo láser se estrella en la pared. Echa a correr hacia el unicornio, eleva el látigo en el aire y lo cambia a la posición ON. Tiene una única oportunidad, así que pone toda su atención para acertar en el bozal y arrancárselo de cuajo. Descarga el látigo. Una garra le sujeta el brazo antes de alcanzar su objetivo. *NOOOO*, aterrado, perdiendo la esperanza. Un zarpazo le arranca la mano que sujeta la pistola. Sus gritos se confunden con los disparos que efectúa Nicky a su espalda. Varias garras más atenazan su cuerpo elevándolo en el aire. El dolor es insuportable. Cientos de colmillos se clavan en su carne y la desgarran en jirones que salpican de sangre las paredes y el techo.

## **Nicky.**

Nicky observa sorprendida cómo Paul dispara contra los científicos y echa a correr hacia Dorado. Los nokens caen sobre él y ella reacciona disparando, intentando quitárselos de encima, pero es imposible, son demasiados. Los monstruos sujetan a Paul antes de que consiga liberar a Dorado, le arrancan la otra mano sin compasión. Entonces caen también sobre Nicky, la sujetan con sus garras y le arrebatan las armas mientras elevan a Paul en el aire.

Nicky no lo puede evitar, no puede hacer nada por evitarlo.

Los demonios abren sus fauces y despedazan el cuerpo de su amigo.

Nicky está atrapada por brazos y piernas aunque de momento no le atacan. Los científicos se acercan renqueando a la mochila de Paul que ha caído al suelo. La registran y sacan la máquina del tiempo.

—Aquí está, al fin —gruñe una de las cabezas.

—No os servirá de nada —Nicky grita con furia, casi echa espuma por la boca—. Está rota, jamás volveréis a vuestro mundo.

—No me lo creo —ríe la otra cabeza y se ponen a examinar el aparato. Nicky intenta calmarse y espera el momento adecuado para actuar—. Tienes razón, no

funciona. Se ha estropeado la memoria *Light* primaria. Nada grave, pues todos los datos se copian de forma redundante en la secundaria. Debería haber entrado en funcionamiento automáticamente, pero parece que la rota la está bloqueando. A lo mejor, si la quitamos, conseguimos que el sistema se reinicie.

Sus manos deformadas abren la máquina y extraen lo que parece el hilo de una telaraña. Inmediatamente se enciende la luz de la pantalla. No se lo puede creer, la ha arreglado.

—Ahora cambiaremos algunos parámetros de configuración y estará lista para devolvernos a casa.

Presiona las teclas con gran habilidad a pesar de su deformación. Cuando acaba, las dos cabezas ríen, regocijándose en su victoria. Con un gruñido y un movimiento de la mano señala al unicornio. Un noken se descuelga del techo y se dirige a él, rugiendo y babeando.

—Al principio necesitaba a Moctú para comunicarme con ellos —gruñe con satisfacción una de las cabezas—. Ahora he aprendido a hacerme entender con unos pocos gestos. Vas a presenciar la muerte del rey de los unicornios.

Ha llegado el momento. Nicky estira su pierna derecha y consigue soltarse de las garras que la sujetan, eleva el pie y lo descarga sobre la cabeza del noken, aplastándole el cráneo. Asesta una patada tremenda al monstruo que le atenaza la otra pierna, que se estrella contra la pared. Nota los dientes que se clavan en su carne y girando con violencia les regala sendos codazos que hacen saltar los colmillos por los aires. Corre hacia Dorado. Una garra afilada le destroza la espalda y unos dientes le arrancan parte del cuello. Nicky cree que va a perder el conocimiento, se tambalea, está a punto de desplomarse, recupera el equilibrio y, sorprendentemente, sigue adelante. El dolor desaparece y un único pensamiento ocupa su mente, *SALVAR AL UNICORNIO*.

Es como si le hubieran colgado un cartel frente a los ojos, *SALVAR AL UNICORNIO*.

Se palpa el cuello en un acto reflejo y descubre que ha desaparecido casi toda su carne para dejar al descubierto su esqueleto, un esqueleto que no parece óseo. Las dudas la asaltan por un instante, pero el cartel parpadea con luz cegadora y capta toda su atención, *SALVAR AL UNICORNIO, SALVAR AL UNICORNIO, SALVAR AL UNICORNIO*. Más nokens se abalanzan sobre ella. Nicky los esquiva con una voltereta en el aire y los derriba de una patada. La fuerza crece en su interior. Puede conseguirlo. A pesar de la intensidad del cartel, *SALVAR AL UNICORNIO*, las dudas arremeten con fuerza mientras hunde el puño en el pecho de un monstruo y le arranca la cabeza a otro de una patada. *Sigo viva cuando debería haber muerto y tengo un esqueleto metálico debajo de la carne. No puede ser.*

*Yo no soy un robot.*

*¿Qué pasa con mi infancia? Tengo recuerdos clarísimos desde que era una niña.*

*Sí, demasiado claros, quizás.*

### *SALVAR AL UNICORNIO.*

Nicky salta con todas sus fuerzas y pisando las cabezas de dos nokens se acerca a los científicos. Cuando intenta golpearlos una garra la atrapa y la tira al suelo. Se libera con un codazo y salta sobre el noken que se dirige al unicornio. Este se revuelve, pero ella le revienta la cabeza de un puñetazo. Otra manada cae del techo y le clavan los dientes en brazos y piernas. La tumban en el suelo. Ha desaparecido casi toda la carne de su cuerpo desnudando su esqueleto metálico.

Piensa en detonar la bomba que lleva en la mochila, en acabar con aquella horda de monstruos y su jefe de un plumazo. Es una bomba nuclear. La habían programado al llegar al cañón para que explotara al cabo de tres horas, por si les sucedía algo. Ahora está sucediendo algo. ¿Debe detonarla antes de que escapen los científicos?

### *SALVAR AL UNICORNIO.*

Es verdad. Primero tiene que liberar a Dorado.

Las piernas le fallan, los monstruos se las han destrozado a base de golpes. Se las arrancan. Se encuentra solo a unos centímetros del bozal. Lleva un filtro de aire en la mano, preparado para ponérselo y que Dorado pueda escapar. Se arrastra con los brazos mientras recibe tremendos golpes y mordiscos por todo el cuerpo. La visión se vuelve borrosa. Alarga la mano. Son solo unos centímetros. Roza el bozal con su dedo índice, convertido ahora en un apéndice metálico. Observa el cuerno dorado, majestuoso, sobre la cabeza del unicornio. Una garra cae sobre su mano y la aplasta contra el suelo, mientras otra sujeta el cuerno de oro y comienza a tirar para arrancarlo. Nicky nota con impotencia los golpes descomunales que le descargan en la cabeza. Uno de sus ojos salta de la órbita y queda colgando por varios cables. A través de ese ojo percibe las imágenes del cuerno separándose de la cabeza del unicornio.

Todo ha terminado.

Por su mente pasan cientos de recuerdos. El accidente de sus padres, la infancia con su abuela, su ingreso en el ejército, las continuas menciones y condecoraciones, su reclutamiento por el servicio secreto, cada una de sus misiones... ¿Hay algo de verdad en todo ello? Nicky se resigna a creer que sea una farsa. Decide que su vida le pertenece y que se ha desarrollado tal y como la recuerda. Con esa tranquilidad se apaga su luz para siempre.

# TERCERA PARTE

## CAPÍTULO XI

### LA REVELACIÓN

**27 de Diciembre de 1997. 01:10 a.m. En casa de Gaia.**

El hombre interrumpió la historia en este punto y yo permanecí mirándolo fijamente, esperando.

—¿Qué sucede? —Su sonrisa había crecido en tamaño e intensidad.

—¿Cómo que qué sucede? —Yo por el contrario me encontraba de malhumor—. No me puedes dejar así. Estoy esperando que continúes.

—¿Que continúe con qué?

Me preguntaba si se hacía el tonto o simplemente jugaba conmigo.

—¿Cómo que con qué? —Me levanté del sillón, gesticulando con los brazos—. ¿Quieres decir que se acaba así, sin más? ¿Que al final sucede lo que me había temido todo el tiempo, mueren los buenos y ganan los malos?

—Eso fue lo que sucedió. Yo no puedo cambiar los acontecimientos.

—Ya —me dejé caer en el sillón, apoyando la cabeza en ambas manos, pensativo—. La historia está bien, me gusta, pero ese final es infumable. No pueden ganar los malos. ¿A quién le va a interesar una novela de aventuras que termina mal?

—No tienes ni idea. La gente está cansada de finales felices, de escuchar siempre las mismas historias que no aportan nada nuevo. Esta es real y ese final caerá como un jarro de agua fría que no dejará a nadie indiferente. Invitará a los lectores a reflexionar y les parecerá aún mejor cuando entiendan que aquello que llamamos el Bien rara vez sale victorioso.

—Un final así funciona en un drama, pero en una historia de aventuras ni de coña. No hay por dónde cogerlo.

Un pensamiento asaltó mi mente. *Cuando acabe la historia sabrás lo que tienes que hacer.* La historia se había acabado. ¿Y qué tenía que hacer? Ni idea.

*Cuando acabe la historia sabrás lo que tienes que hacer.*

Quizás aún no contaba con toda la información, así que me dispuse a indagar un poco más.

—Una cosa no me ha quedado clara todavía —me miró sonriendo, por supuesto, complacido de que siguiera interesado en su testimonio—. Al principio me has dicho que me ibas a contar una historia en la que tú habías participado porque querías que la escribiera para poder leerla cuando volvieras a tu tiempo.

—Correcto.

—Pues no he entendido en qué parte intervienes tú.

—Tienes razón, de hecho, creo que ni siquiera me he presentado —su sonrisa se

avivó al ofrecer aquella explicación—. Me llamo Hans Dietrich Kohl.

Hizo una pausa para estudiar mi reacción que fue nula pues aquel nombre no me decía nada.

—Soy uno de los científicos que colaboraron en la construcción de la máquina del tiempo —tomó un poco de aire con cierto nerviosismo—, uno de los dos que se ofrecieron voluntarios para probar el primer prototipo, viajando a través de la cuarta dimensión.

*Y esa prueba salió mal, pensé. La máquina explotó y él y su compañero aparecieron deformados en el Valle de los Unicornios, en la Montaña del Ídolo para ser exactos.*

Comencé a atar cabos.

*Cuando acabe la historia sabrás lo que tienes que hacer.*

Ahora esta frase adquiriría sentido. Ahora veía con claridad cómo se iba a desarrollar la siguiente escena.

—¿Así que fuiste tú? —Le devolví la sonrisa con cierta ironía—. ¿Tú ayudaste a los nokens a destruir a los unicornios? ¿Tú los dirigiste para que mataran a Adolf, Blanca, Yugo, Paul y Nicky?

—El fin justifica los medios y mi único fin era regresar a casa.

—¿Y qué pasó con tu compañero? ¿Cómo has recuperado tu aspecto normal?

—Muy sencillo. Después de morir Nicky y Dorado nos teletransportamos a nuestra época. Aún conservábamos algunos amigos incondicionales. Lo primero que hicimos fue agenciarnos una identidad falsa pues no estábamos dispuestos a dar explicaciones ni mucho menos a devolver la máquina del tiempo. Después nos sometimos a una compleja cirugía que separó nuestros cuerpos y los reconstruyó completamente, utilizando prótesis, piel y carne artificial, las mismas que se utilizan para los androides.

—El resultado es excelente —los avances de aquel mundo futurista no dejaban de sorprenderme. El tipo asintió complacido.

*Cuando acabe la historia sabrás lo que tienes que hacer.*

Sí, había llegado el momento de actuar.

—Me gustaría que vieras algo —me puse en pie—. Vuelvo en seguida.

Me dirigí a la habitación de mi padre. De pie sobre un taburete levanté el falso techo y giré la ruleta de la caja fuerte, 6, 15, 3, 30. Se abrió sin oponer resistencia y saqué una pistola. *No es un juguete, Gaia. La tengo solo para casos de emergencia. Nunca se sabe lo que puede pasar.* Esta era una emergencia. Comprobé el cargador. Estaba lleno. Tiré del percutor para invitar la primera bala a descansar en la recámara y retiré el seguro. Me la guardé en el bolsillo, cogí una caja de zapatos y regresé a la sala de estar. Coloqué la caja sobre la mesa, alimentando su curiosidad.

—¿Qué es eso? —Alargó las manos para abrirla.

—Espera —la aparté para que no pudiera alcanzarla—. ¿Y si te dijera que estoy dispuesto a escribir la historia, pero con otro final?

—No —la sonrisa murió entre sus labios—. Quiero leerla tal y como sucedió.

—Aunque la escriba no podrás leerla si no se edita —rebatí—. Yo podría inventarme un final más comercial, que conecte mejor con el lector y los editores.

—Tonterías —se mostraba cada vez más molesto—. No puede haber un final mejor, más impactante.

—A ver qué te parece este —se recostó en el sofá, resignado, dispuesto a escucharme a pesar de todo—. Supongamos que ahora yo te dijera que justo antes de aparecer tú, he tenido una visión, tirado aquí mismo, con la tele encendida.

—¿Una visión? —su expresión rezumaba enfado e impaciencia, era evidente que no soportaba que le llevaran la contraria.

—Vi un ángel. Apareció rodeado de una luz cegadora, con su traje blanco inmaculado y sus resplandecientes alas. *Vendrá alguien a visitarte*, me anunció con tono misterioso. *Solo necesitas una fecha, una hora y unas coordenadas*. Sin que las llegara a pronunciar quedaron grabadas en mi memoria como por arte de magia. *Cuando acabe la historia sabrás lo que tienes que hacer*, concluyó.

—Tuviste un sueño, ¿y qué? —Hans se sentía cada vez más incómodo. Sus manos se movieron debajo de su capa mientras yo introducía la mía en el bolsillo del pantalón.

—Al principio no le di mayor importancia, pero entonces llegas tú. Me cuentas esta historia increíble. Me hablas de una guerra entre las fuerzas del Bien y del Mal, de cómo el Mal ha movido sus fichas para destruir a los unicornios. ¿Y no te has olvidado de una cosa?

—¿De qué? —La duda y el temor asaltó su rostro.

—De que el Bien también juega la partida.

Sus manos surgieron rápidamente empuñando una pistola con la que me apuntó a la cabeza. Yo tardé mucho menos en apretar el gatillo. Le acerté en el pecho y de una patada le arrebaté su arma. Comenzó a sangrar por la boca mientras intentaba pronunciar unas palabras que yo no tenía el más mínimo interés en escuchar. Antes de que pudiera hacerlo decoré la pared con sus sesos.

No sentí ningún temor ni remordimiento, al fin y al cabo aquel tipo había terminado con los unicornios, poniéndole fecha de caducidad al planeta. Me encontraba en una misión divina, una auténtica cruzada.

Cambié mi pistola por la suya que parecía mucho más potente. La probé contra la pared, donde un rayo láser dejó un agujero considerable. *Increíble*, pensé. Me sentía como Hank Solo en el Halcón Milenario.

—Vamos, Chui —grité emocionado—. Tenemos una misión que cumplir.

Me hice con el traductor universal y la máquina del tiempo e introduje la fecha, la hora y las coordenadas que me había proporcionado el ángel.

*Un momento*. Me detuve. *¿Y si los nokens llevan encima el perfume y me quedo paralizado nada más llegar?* Sí, sería un auténtico problema. *¿Cómo solucionarlo?* Pensándolo bien no creo que lo lleven, ya que si no Hans y su compañero se habrían

quedado igualmente bloqueados. Siempre y cuando no usen algún tipo de antídoto, claro. No podía correr el riesgo y se me ocurrió una solución. Me dirigí a la habitación de juegos, donde guardábamos todas las figuras míticas que mi padre y yo coleccionábamos. En la pared, junto a otros objetos antiguos, colgaba una máscara de gas de la Segunda Guerra Mundial. Era perfecta. Me la puse y me observé en un espejo. Parecía un extraterrestre que viniera a salvar la humanidad. Regresé a la sala de estar, me escaneé de nuevo y verifiqué las coordenadas y la fecha. Empuñé con decisión la pistola en una mano y la máquina en la otra.

*¿Qué estás haciendo, Gaia?* Me asaltaron las dudas, de repente tenía la sensación de haberme vuelto loco. *¿Seguro que sabes lo que estás haciendo?* No, no lo sabía pero ya no había vuelta atrás. *¿Qué diría mi padre cuando volviera a casa y se encontrara un tipo muerto en el sofá, asesinado a sangre fría con su propia pistola?*

Respiré profundamente mientras presionaba el botón gordo de la máquina.

**15 de Agosto de 1062. 15:25 p.m. Cañón de los Demonios. Valle de los Unicornios.**

**Gaia.**

Dolor punzante en la cabeza. Oscuridad. Ausencia de sensaciones. De nuevo dolor. Consciencia del cuerpo. *¿Qué ha sucedido?* Mi mente se aclara poco a poco percibiendo las nuevas imágenes que atraviesan mis ojos y los nuevos sonidos que alcanzan mis oídos. Unos rugidos escalofriantes me confirman que ya no estoy en casa, sino en el siglo XI. Nunca me había interesado la historia hasta que comencé a aficionarme a la lectura. Allí descubrí lo que era la Edad Media, un mundo de caballeros y princesas, de señores y vasallos, de héroes y bárbaros. Un mundo regido por el miedo y la superstición, por el poder de la Iglesia y la Nobleza. Sin embargo, el mundo que se presenta ante mis ojos no se parece a nada que haya leído. Veo una figura, un ser deforme, con dos cabezas que parten del mismo cuello. Yo he aparecido justo a su espalda. Entonces veo un ángel, una cara perfecta, de ojos verdes y melena rojiza recogida en una cola. Su cuerpo, sin embargo, parece destrozado, su esqueleto metálico brilla a la luz de las antorchas, acompañado por algunos cables que escapan de la carne. Es Nicky y es... una auténtica belleza. Eleva la pierna para golpear al ser bicéfalo, pero algo la agarra y cae al suelo. El monstruo se escanea a sí mismo, preparándose para escapar. Yo lo imito con mi máquina y la dejo a falta de presionar el botón gordo. Por primera vez reparo en la presencia de los nokens. Se reparten por toda la sala cubriendo las paredes y el techo. De momento no se han percatado de mi presencia, permanezco oculto detrás de los científicos, acurrucado en la abertura por la que ellos han debido de acceder a la sala. Nicky se acerca a Dorado y de un

puñetazo revienta la cabeza del monstruo que se dirigía a él. Ocho o diez más se desploman sobre ella, la tiran al suelo, devoran su cuerpo, arrancando la hermosura con cada trozo de carne. La golpean, le muerden, la golpean y le muerden. Le arrancan ambas piernas. Su mano se encuentra solo a unos centímetros del bozal que mantiene a Dorado prisionero. Un noken sujeta el cuerno de oro y comienza a tirar para arrancárselo. Otro aplasta la mano de Nicky, mientras el resto descarga tremendos zarpazos sobre su cabeza. Mi mano toma vida propia y dispara al que le pisa la mano. El rayo láser atraviesa el racimo de dientes que surgen de su barriga, esparciendo un montón de tripas por el suelo. Otro disparo revienta al que intenta arrancar el cuerno de oro. Los rayos láser vuelan a diestro y siniestro, abriendo a las bestias en canal, esparciendo vísceras por toda la estancia. Observo el espectáculo como un mero espectador, sin comprender que soy yo el que aprieta el gatillo. Nicky aprovecha para alcanzar el bozal, se lo arranca con un movimiento rápido y le coloca el filtro de aire en la nariz. Los científicos deformes se han girado hacia mí y me observan sin comprender. La adrenalina alimenta mi cuerpo que reacciona instintivamente disparando contra una de las cabezas cuyos restos ensucian mi máscara y mi ropa. Dos de los cuatro brazos caen lacios y el monstruo se tambalea, tropezando con las piernas que se descuelgan inertes. Dorado se pone en pie. Varios nokens saltan sobre él y caen destripados por el cuerno de oro, que ahora brilla envuelto en un halo mágico. El científico que queda ha recuperado el equilibrio y se dispone a apretar el botón de la máquina que lo devolverá a su época. Disparo. Su cuerpo doblemente decapitado se desploma en el suelo, bañando toda la sala con la sangre que brota a chorro de ambos cuellos. Dorado despedaza a los nokens, se abre paso entre ellos sin dificultad. Es increíble. Nicky saca de su mochila una especie de interruptor. De pronto, el unicornio se abalanza sobre mí, parece que me va a embestir. Sin embargo, me libra de un noken que está a punto de atraparme. Percibo el roce de su suave pelo negro y la alegría y el buen humor invaden mi cuerpo. Sé que ha concluido mi misión aquí, que lo único que puedo conseguir es poner en peligro al unicornio por intentar salvarme. Presiono el botón de mi máquina. De nuevo un agudo pinchazo en la cabeza, seguido de unos instantes de desconcierto.

## **Dorado.**

Se despierta en un lugar oscuro, completamente rodeado de nokens. Su primer impulso es teletransportarse para salir de allí. Se detiene al descubrir a su lado el cuerpo destrozado de una mujer. Es Nicky, una de las componentes del grupo que aseguraban venir a salvarlo. Y sigue viva. Dorado sabe que es cierto, que ella lo ha rescatado. Se defiende de los nokens que le atacan, destrozándolos con su cuerno. Entonces repara en la presencia de un muchacho con una máscara, que también dispara a los monstruos. Dorado salta sobre él para librarlo de uno que le ataca por la

espalda. Después el muchacho desaparece. Se concentra en su cuerno que comienza a brillar con una intensidad cegadora. Los nokens tropiezan unos con otros, se amontonan y atacan al azar. Dorado se acerca a la chica, se agacha para que coja sus crines y se monte en su lomo. Los monstruos no se lo permiten, les atacan por todas partes y le obligan a defenderse. Sabe que no conseguirá salir de allí con ella, así que se introduce en su cabeza para pedirle un último favor. *Haz explotar la bomba*. Nicky asiente, orgullosa de haber cumplido su misión. Dorado se sorprende al descubrir cómo se aferra a sus recuerdos, anécdotas inventadas que ella se obstina en creer legítimas. Los nokens se ciernen sobre ellos. Nicky aprieta el interruptor a la vez que Dorado desaparece de la cueva. La bomba explota, las paredes se derriten, los monstruos se reducen a cenizas que se funden con la tierra y las rocas.

# EPÍLOGO

## Extractos del diario de Gaia Sanmartín

**27-12-1997 - SÁBADO.**

Aún no me puedo creer lo que está sucediendo, demasiadas cosas para asimilarlas de golpe. Acabo de regresar del Valle de los Unicornios y el mundo que yo conocía se ha transformado completamente. Mi casa no tiene nada que ver con el lugar donde he vivido desde que era un niño. Hans ha desaparecido también, quizás porque acabé con él en el pasado, no lo sé. Lo primero que he hecho ha sido comprobar si mi diario existía aún, para mí habría sido la peor de las pérdidas. Es muy extraño, a pesar de que no reconozco esta casa, he identificado rápidamente la que debe de ser mi habitación y el cajón donde lo guardaba. Mi diario no ha cambiado. Contiene todos mis recuerdos tal y como los escribí en su momento.

¡Increíble!

**11-01-1998 - DOMINGO.**

¡Lo he conseguido! Soy rico, he ganado tanto dinero que no creo que nunca vuelva a trabajar. Los viajes en el tiempo te dan acceso a información muy valiosa para enriquecerte rápidamente. Ahora me toca a mí vivir la vida.

No he perdido el tiempo en averiguar si mi padre y mi hermana existen tal y como yo los conocía. Me da igual. Quiero comenzar desde cero y puedo hacerlo. Puedo hacer lo que quiera, de hecho.

Voy a disfrutar de ello.

**27-01-1998 - MARTES.**

Me siento feliz. El mundo que yo conocía ha cambiado y ahora parece mucho mejor. Las personas se muestran más comprometidas con los demás, apenas hay delincuencia y la naturaleza conquista los espacios artificiales, escapando de los parques para cubrir edificios y mobiliario urbano, convirtiendo las ciudades en auténticos seres vivos. Por desgracia, siguen ocurriendo cosas terribles, aún existe gente despiadada que disfruta con el dolor ajeno, aunque la proporción es mucho menor que antes. También ha desaparecido el Convento Maldito que llegó a ser la gran obsesión de mi infancia.

Por contra, yo me siento fuera de juego, sigo sin encajar en esta sociedad

idealizada que expulsa sin compasión al que se sale de contexto. He encontrado consuelo en los coches caros y las caricias de alquiler, me he convertido al hedonismo.

De momento me ha funcionado. La vida es bella.

### **10-08-1998 - LUNES.**

He sufrido numerosas crisis de identidad, ahora creo en Dios, ahora dejo de creer; creo en los monstruos o en los extraterrestres, ahora ya no; la vida es maravillosa, me quiero morir e irme a la mierda.

Supongo que todos tenemos rachas mejores y peores.

No he podido evitar calentarme la cabeza de nuevo. ¿Cuál es el sentido de la vida? Ahora sé que absolutamente ninguno. Somos simples peones en un gran tablero de juego donde dos fuerzas superiores realizan sus movimientos. Yo fui uno de sus peones y logré que el Bien ganara una batalla. Pero, ¿qué sucederá mañana? Le toca mover al Mal, ¿intentará vengarse de mí por lo que he hecho?

Soy incapaz de comprender las reglas de la Vida, un juego absurdo que escapa a nuestro entendimiento.

### **02-09-1998 - MIÉRCOLES.**

La verdad es que soy un desastre, mi vida deja mucho que desear, sin embargo, hay pequeñas cosas que de vez en cuando me ayudan a creer que merece la pena.

Ella es una de esas cosas.

Si no fuera por ella quizás ahora no estaría aquí, escribiendo. Quizás simplemente me habría volado los sesos.

Creo que no debería escribir sobre ella. Las mujeres nunca han salido bien paradas en este diario. Quizás traiga mala suerte si lo hago.

### **10-09-1998 - JUEVES.**

Nada puede salir mal. Nicky es distinta a cualquier otra mujer que haya conocido.

El día que apareció yo me sentía desmoralizado, hastiado de todo. Cuando la descubrí ante mí, pensé que me había dormido o muerto. Ella me explicó que Dorado se había enfrentado a los nokens para salvarla, cómo la ayudó a recuperar su cuerpo, convirtiéndose en una persona de carne y hueso, una persona adorable.

Me encanta experimentar con ella, despertar sensaciones que su cuerpo robótico no podía proporcionarle.

¡Es fantástica!

No sé por qué Dorado le facilitó esa fecha y esas coordenadas. Nicky dice que simplemente escuchó en su mente, *Vive tu vida. Allí podrás encontrarla.*

Quizás el unicornio quería que estuviéramos juntos por alguna razón. Quizás fue una especie de recompensa por haberlo salvado. No lo sé. Solo sé que Nicky es lo mejor que me ha pasado.

### **05-10-1998 - LUNES.**

Hemos empezado a recopilar la historia de la cruzada. Nicky me cuenta los hechos desde su punto de vista mientras yo completo la información con la que Hans me facilitó. Creo que se puede convertir en un relato interesante.

### **13-03-1999 - SÁBADO.**

Sí, me he dedicado a la escritura durante cuatro meses y el resultado ha sido una novela. La tengo casi terminada, a falta del capítulo final. La he llamado *El unicornio del cuerno de oro*. Es un título provisional, veremos si se me ocurre algo mejor mientras la termino.

No sé muy bien por qué la he escrito. Quizás porque quería compartir esa experiencia con Nicky, al fin y al cabo, es la historia que ha unido nuestras vidas.

Creo que en parte me siento en deuda con Hans. Al fin y al cabo él vino a verme para que contara su historia y yo, a cambio, le quité la vida.

Me gustaría que este libro sirviera como una especie de disculpa.

### **29-04-1999 - JUEVES.**

Lo sabía. Sabía que no tenía que mencionarla en este diario. ¡Trae mala suerte!

Sí, hemos roto. Nicky dice que soy insoportable. Me acusa de egoísta, de no pensar en nadie más que en mí mismo. Eso no es del todo cierto, yo me preocupo por ella, para mí es muy importante. Desde que comencé a escribir la novela no he tenido mucho tiempo libre y ahora que he recibido una oferta de una editorial trabajo contrarreloj para terminar la revisión. Nicky entiende que le dedique menos tiempo, lo que aún no ha aceptado es que no haya buscado a mi padre y mi hermana, que haya renunciado a mi familia y mi pasado dejándome llevar por los placeres mundanos.

No tiene ni idea, ella desconoce cómo era mi vida anterior y no tiene derecho a exigirme recuperarla. Si quiere desaparecer de mi vida, está en su derecho, ya estoy más que acostumbrado a que las relaciones terminen mal.

Es más, si quiere desaparecer tendrá que hacerlo por completo. Voy a cambiar el final del libro. Nicky morirá en la Guarida de los Nokens. No importa que no sea

verdad, al fin y al cabo es una novela, no un relato periodístico.

Guardaré aquí el final original por si algún día cambio de opinión, que no creo.

## **Dorado.**

Se despierta en un lugar oscuro, completamente rodeado de nokens. Su primer impulso es teletransportarse para salir de allí. Se detiene al descubrir a su lado el cuerpo destrozado de una mujer. Es Nicky, una de las componentes del grupo que aseguraban venir a salvarlo. Y sigue viva. Dorado sabe que es cierto, que ella lo ha rescatado. Se defiende de los nokens que le atacan, destrozándolos con su cuerno. Entonces repara en la presencia de un muchacho con una máscara, que también dispara a los monstruos. Dorado salta sobre él para librarlo de un noken que le ataca por la espalda. Después el muchacho desaparece. Se concentra en su cuerno, que comienza a brillar con una intensidad cegadora. Los nokens tropiezan unos con otros, se amontonan y atacan al azar. Dorado se acerca a la chica, se agacha para que coja sus crines y se monte en su lomo. Ella alarga las manos, se sujeta a su cuello y el unicornio se la carga encima mientras destroza con sendas coces a dos bestias que les atacan por la espalda. Dorado se introduce en la cabeza de Nicky, que no puede ver nada debido a la intensidad con que brilla su cuerno. *Coge la máquina*, le ordena. *Cuando yo te lo indique alargue la mano para cogerla.*

Echa a correr, su pensamiento se transforma en una orden que se materializa en la mente de la inglesa, *A hora*. Ella estira el brazo, guiada por las imágenes que Dorado le proporciona. Acierta a recoger el aparato que sujeta con todas sus fuerzas, al fin y al cabo, la vida le va en ello, es su única salida. Dorado galopa por los túneles derrochando seguridad, sembrando el terror entre las bestias que caen destrozadas al interponerse en su camino. Por fin abandonan la gruta y no se detiene, sus patas se mueven tan rápido que desaparecen a la vista, como si su cuerpo levitara. *Hazla explotar ahora*, le ordena a Nicky mientras dejan atrás el Cañón de los Demonios. Ella obedece presionando el interruptor. La explosión levanta las montañas del suelo, las cavernas se funden y se sellan para siempre, convirtiéndose en tumba de los monstruos que las habitaron.

Se detiene a las puertas de los pantanos. Descarga a Nicky y examina su cuerpo destrozado. Se sorprende al descubrir una vida tan diferente en su interior, una vida artificial. Acerca su cuerno y la carne comienza a regenerarse allí donde había desaparecido. Mientras se cierran las últimas heridas, observa cómo el esqueleto de metal se transforma en huesos humanos. La vida vuelve al cuerpo y lo ocupa como nunca antes lo había hecho.

Nicky se pone en pie sin asimilar aún lo que ha sucedido, examinando su cuerpo desconcertada. Dorado se siente feliz al ver el agradecimiento en su cara. Ella le acaricia el hocico, las palabras no son necesarias.

Entonces Dorado le facilita una fecha y unas coordenadas. *Vive tu vida*, le dice. *Allí podrás encontrarla.*

Nicky las introduce en la máquina del tiempo. Le regala una última mirada cargada de gratitud infinita. Aprieta el botón gordo y ambos desaparecen a la vez, teletransportados a destinos muy diferentes.

### **10-10-1999 - DOMINGO.**

He hablado con Nicky. Los ánimos están más calmados, aunque no sé si volveremos como pareja. A mí me gustaría, aunque ella no lo tiene tan claro.

Le he propuesto viajar por el tiempo, hacer un poco de turismo histórico. Ha aceptado aunque me ha dejado claro que no es la propuesta que esperaba de mí.

Mañana empezaremos.

### **11-10-1999 - LUNES.**

Hemos confirmado que Marilyn Monroe murió asesinada, ¿te lo puedes creer? Era uno de esos misterios que siempre me había intrigado. Yo quería salvarla, pero Nicky me ha disuadido. Y tiene razón, las consecuencias de modificar el pasado son impredecibles.

Hay otro misterio mucho más interesante y peligroso, la causa de la extinción de los dinosaurios. Así que lo he propuesto como objetivo de nuestro siguiente viaje. Le ha encantado la idea aunque me ha recordado que antes tengo un asunto pendiente. Lo he meditado en profundidad y he aceptado retrasar el viaje al Mesozoico. Mañana, finalmente, intentaré contactar con mi padre y mi hermana. Nicky tiene razón, siempre tiene razón. No puedo dar la espalda a mi pasado, a mi familia, a mis recuerdos. Si no sabes quién eres, de dónde vienes, es imposible trazar un camino. Lo más probable es que te pierdas en el intento, sin rumbo fijo.

Ahora me arrepiento de haberla matado en la novela. Al fin y al cabo, ella es la verdadera protagonista.



ANA BALLABRIGA, Candasnos (Huesca) 1977. Escritora y Psicóloga y DAVID ZAPLANA, Cartagena (Murcia) 1975. Escritor e Ingeniero de Telecomunicaciones.

Montaron juntos la empresa ADN Visual, dedicada a la producción y realización de contenidos audiovisuales para Internet, cine y TV. Han realizado numerosos cortometrajes, algunos premiados en diferentes concursos y certámenes. Entre ellos: *Modern Life*: guión ganador del concurso de guiones Exprésate Sony. *Águeda*: segundo premio del concurso Murcine. *La Decadencia del Club*: mención especial del jurado en el Festival de Cine en Murcia.

Han sido premiados en: 2003 y 2005, Relatos ganadores del Concurso de Relatos Eróticos de la Concejalía de la Juventud de Cartagena en ambas ediciones. 2004, Relato Finalista del Concurso de Relatos Eróticos de la Concejalía de la Juventud de Cartagena. 2006, Segundo premio con la obra de Teatro *El Traje Nuevo del Jugador* en el I Concurso de Dramaturgia de la Cartagena, siendo representada.

Tienen publicadas las novelas: *Morbo Gótico* (2010) y *Tras el Sol de Cartagena* (2007).